

Aventuras del Barón de Münchhausen
Gottfried August Bürger



El protagonista de «Las Aventuras del Barón de Münchhausen» no es una figura inventada sino un personaje histórico de la Baja Sajonia que, tras retirarse a la vida privada en 1750, solía entretener a sus amistades con la fabulación de sus supuestas hazañas. Gottfried August Bürger (1747-1794) fue el autor de la versión más difundida y popular de estos «viajes prodigiosos por tierras y mares, campañas y aventuras festivas del barón de Münchhausen, tal como él suele contarlas en su tertulia junto a una botella». Las adaptaciones infantiles de este divertido libro suprimen habitualmente las alusiones a la Iglesia, el sexo o a la bebida, borran el contexto histórico de las anécdotas y estiran o encogen las historias a su entero capricho. Miguel Sáenz —traductor, prologuista y anotador de esta edición castellana, basada en la segunda reimpresión alemana de 1788— señala que esas versiones para niños transforman a un genial embustero en un pobre idiota y laminan el lenguaje vivo, directo y enormemente expresivo con que fueron narradas las disparatadas historias. «La mentira es simplemente la forma más pura de la narrativa, la imaginación instalada en el poder. El barón de Münchhausen lo sabía y nunca tuvo la pretensión de ser creído; le bastaba con hacer pasar un buen rato a sus oyentes.

Lectulandia

Gottfried August Bürger

Aventuras del Barón de Münchhausen

ePub r1.0
helike 16.02.14

Título original: *Münchhausen*
Gottfried August Bürger, 1786
Traducción: Miguel Sáenz
Ilustraciones: Gustave Doré
Diseño de portada: GONZALEZ

Editor digital: helike
Escaneo: Basabel y TaliZorah
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

**Gottfried August Bürger:
Viajes prodigiosos por tierras y mares, campañas y
aventuras festivas del Barón de Münchhausen, tal como
él suele contarlas en su tertulia junto a una botella**

Con los grabados de Gustavo Doré

Traducción, prólogo y notas de Miguel Sáenz



Prólogo

Lo bueno del caso es que el Barón de Münchhausen existió realmente. Nacido en Bodenwerder, en 1720, de una ilustre familia de la Baja Sajonia, Karl Friedrich Hieronymus von Münchhausen pasó once años de su vida a las órdenes de Su Alteza Imperial el Gran Príncipe de Riga, intrigando en la corte rusa o guerreando contra el Turco. Después de retirarse en 1750, solía entretener a sus amistades todas las noches, ante un buen vaso de vino, con el relato de sus hazañas. Parece ser que la publicación de sus aventuras (él nunca escribió una sola línea) le sentó muy mal e hizo que pusiera fin a su tertulia... O quizá fueran las preocupaciones que le causó su segundo matrimonio con la casquivana Bernardine von Brunn, más conocida por Bährne Brunn. Murió en 1797 y se conserva de él un retrato, en vistoso uniforme de coracero ruso.

La historia de sus aventuras escritas es más complicada. Tradicionalmente se atribuye la autoría a Rudolf Erich Raspe, un personaje casi tan rocambolesco como el propio Münchhausen. Escribano en la biblioteca de Gotinga, secretario en la de Hanóver, profesor y bibliotecario en Basilea, consiguió un excelente empleo como cuidador del museo de medallas y monedas del Landgrave de Hesse-Cásel, pero sus muchas deudas le indujeron a ir poniendo en venta la colección, lo que hizo que tuviera que emigrar un tanto apresuradamente. En Inglaterra rehizo su vida (era un experto en volcanes y en poesía osiánica, lo que confirma su veta macaneadora) y llegó a ingresar por méritos científicos en la Royal Society, de donde fue expulsado al conocerse sus actividades poco ortodoxas en Alemania. Su mayor éxito lo obtuvo, inesperadamente, con la (anónima) publicación de una *Baron Münchhausen's Narrative of his Marvellous Travels and Campaigns in Russia* (Oxford, 1785), de la que se conserva un único ejemplar en el British Museum. Una segunda edición, ampliada con las «aventuras marinas», apareció en 1786 con el subtítulo «Gulliver revived», y fue la que sirvió de base para la versión de G. A. Bürger, que convirtió el Münchhausen en libro popular alemán.

Sin embargo, investigaciones detalladas han revelado que la historia es más compleja. En 1781 había aparecido en Alemania un *Vade Mecum für lustige Leute*, de August Mylius, en cuya octava parte se encontraban ya unas transparentes historias de «M-h-s-n». Lo que hizo Raspe fue traducir al inglés esas historias, ambientarlas y añadir otras nuevas... Para acabar de complicar las cosas, las ediciones inglesas se sucedieron y la séptima (1793) llevaba otros muchos relatos, de escasa calidad literaria, directamente encaminados a ridiculizar los viajes abisinios del explorador Bruce^[1].

Sea como fuere, corresponde a Gottfried August Bürger (1747-1794) la gloria de haber dado al Münchhausen (aunque también anónimamente) su forma más perfecta y definitiva. Bürger tradujo a Raspe (como tradujo el *Macbeth*) por razones puramente crematísticas, y hasta después de su muerte no se descubrió su paternidad. Pero, aunque él mismo se considerase sólo como traductor y adaptador, consiguió elaborar ese algo indefinible que es un libro auténticamente popular.

Bürger, excelente poeta (su importancia en la creación de la balada alemana no podría exagerarse: véase «Lenore») fue toda su vida un pobre hombre, profesor de estilo y filosofía kantiana, y capitidismuido además, no sólo por la tuberculosis que lo llevó a la tumba, sino también por un segundo matrimonio tan desafortunado como el del propio Münchhausen. Muchas de las mejores historias del libro (la cabalgada sobre la bala de cañón, la caza de patos con tocino, la coleta salvadora, el brazo golpeador) son suyas, pero, sobre todo, supo dar al Münchhausen —con una traducción «que no se aferraba temerosamente a las palabras»— un lenguaje vivo, directo y enormemente expresivo. Es indudable que a Bürger (sólo hay que recordar su poema en que un honrado campesino apostrofa a Su Alteza el Tirano^[2]) no le caía nada bien todo lo que Münchhausen representaba; sin embargo, su personaje puede más que él y resulta francamente simpático. Casi siempre, toda la agresividad latente de Bürger se desvanece ante la alegría pura de contar las más descabelladas mentiras.

Las fuentes e influencias del Münchhausen son infinitas^[3]. Se ha hablado de la *Vera Historia* de Lucano, del zapatero Hans Sachs, del mendaz *Finkenritter* atribuido a Fritz von Lauterbach, de leyendas españolas, irlandesas o galesas, de colecciones de cuentos alemanes de los siglos xv y xvi, de Rabelais, Cervantes, Swift, las Mil y una noches... Yo tengo, por cierto, una antigua versión inglesa, publicada (sin fecha) por John W. Lowell Company, de Nueva York, que lleva un certificado firmado por Gulliver, Simbad y Aladino en que se garantiza la veracidad de las historias «in whatever country they may lie»^[4].

Por otra parte, las secuelas del Münchhausen han sido también incontables. Además de las ya citadas aventuras africanas (y americanas, con la aparición de Gog, Magog, Hermes Trismegisto, Don Quijote y hasta el presidente de los Estados Unidos), Heinrich T. L. Schnorr, en 1789, ofreció una nueva versión, notable sólo por su carga erótica. Ludwig von Alvensleben (que utilizó el seudónimo de Gustav Sellen) escribió en 1833 unas aventuras de Münchhausen Junior, «Emperador de la Mentira», ambientándolas en pleno Biedermeier y añadiéndoles dinamita social. Karl Leberecht Immermann, indeciso entre Romanticismo y Realismo, deja luego una buena novela con *Münchhausen, eine Geschichte in Arabesken* (1838)... y hasta Hugo Gernsback, el «padre de la ciencia-ficción», publicará entre 1915 y 1916 toda una serie de aventuras científicas e interplanetarias en las que Münchhausen desempeña el papel principal. Las influencias indirectas son asimismo numerosas y,

sin ir más lejos, es fácil ver que muchas aventuras de Karl May «por tierras del Profeta» deben al Münchhausen más de un par de ideas.

Mucho más temibles son los innumerables «adaptadores». Münchhausen (como Gulliver, como Alicia, como Robinson) ha sido considerado «libro para niños», lo que parece autorizar cualquier fechoría. No sólo se hace desaparecer meticulosamente toda alusión a la iglesia, el sexo o la bebida, sino que las historias se estiran o encogen a capricho, su contexto histórico se borra, su sentido mismo se olvida y Münchhausen deja de ser un genial embustero para transformarse en un pobre idiota. Y no hay que olvidar las variantes nacionales: el gálico Barón de Crac o el celtibérico Barón de la Castaña que, en la versión española más popular, se lía a estacazos con los sarracenos, ganándose a pulso su nombre.

Habría que hablar igualmente del cine: desde los inevitables Emile Cohl (1908) y Méliès (1911) o el melifluo Hans Albers, con todos los esplendores de la UFA y el Agfacolor (Joseph von Baky, 1943), hasta el imaginativo Barón Fantástico (*Baron Prasil*) de Zeman (1961) o el decepcionante *Genosse Münchhausen* de Neuss, estrenado ese mismo año. Y algo se podría decir del *comic* y un olvidado Barón de Bolavá...

Por último, sería injusto silenciar a los muchos y excelentes ilustradores del Münchhausen. Rowlandson, Cruikshank, Kubin, Hofemann y Hegenbarth, entre otros, han hecho interpretaciones memorables. Sin embargo, todas me parecen inferiores a los espléndidos grabados de Doré (sobre la traducción hecha en 1853 por Théophile Gautier): habiéndolos visto alguna vez, resulta casi imposible imaginarse a Münchhausen de otro modo.

La presente traducción española se basa en la segunda edición de la de G. A. Bürger (J. Ch. Dieterich, Gotinga 1788; falso pie de imprenta: Londres), que es, sin duda alguna, el mejor de los Münchhausen. He utilizado como texto el publicado por Insel Verlag en 1976, en el que sólo falta el prólogo de Bürger (sin ningún interés actual) y la cita que encabezaba sus páginas, tomada (con ligera alteración) de la *Titanomachie* (1775) de Wieland: «Glaubt's nur, ihr gravitatischen Herren! / Gescheidte Leute Narriren gern», lo que quiere decir algo así como «¡Creedlo, sesudos varones! / A las personas sensatas les gusta hacer de bufones». Aunque enemigo natural de las notas de pie de página, no he vacilado en emplearlas profusamente en esta ocasión, porque el entorno histórico me parecía importante para la exacta valoración de las aventuras. Encontrar el justo límite no es fácil, y pido disculpas a quien se sienta ofendido porque se le explique que Bucéfalo era el caballo de Alejandro Magno o Falstaff un personaje de Shakespeare.

Hubiera querido hacer aún alguna disquisición sobre el tema de la mentira, citar la *Iliada*, a los escolásticos y a Oscar Wilde, y adornarme con alguna referencia de Schopenhauer (gran conocedor del Münchhausen), pero, pensándolo bien, me parece

superfluo. La mentira es simplemente la forma más pura de la narrativa, la imaginación instalada en el poder. El Barón de Münchhausen lo sabía y nunca tuvo la pretensión de ser creído; le bastaba con hacer pasar un buen rato a sus oyentes. Hora es ya de dejarle hablar.

Señores, el Barón de Münchhausen...

MIGUEL SÁENZ



CAPÍTULO I

Viaje a Rusia y San Petersburgo

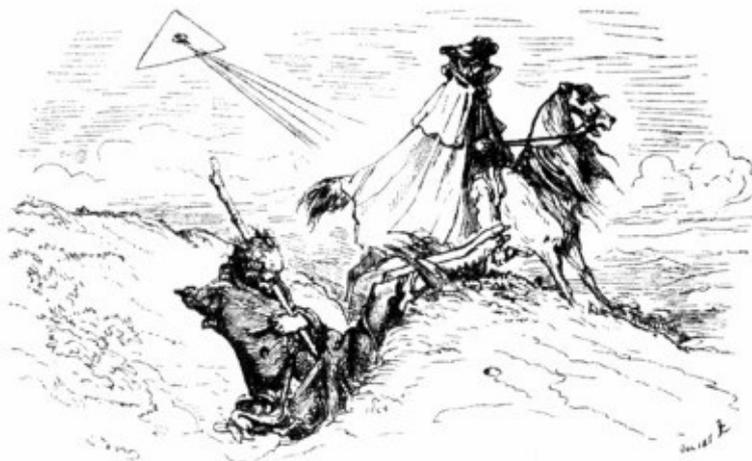
Emprendí mi viaje a Rusia a mediados de invierno, porque supuse con razón que, en fin de cuentas, las heladas y nieves mejorarían los caminos de las regiones septentrionales de Alemania, Polonia, Curlandia y Livonia —los cuales, según las descripciones de todos los viajeros, son más deplorables aún que los que conducen al templo de la virtud— sin gastos extraordinarios para los gloriosos y benefactores gobiernos de esos Estados. Viajaba a caballo, lo que, cuando jamelgo y jinete son buenos, es la forma más cómoda de viajar. Así no se corre el peligro de tener un *affaire d'honneur* con algún cortés^[5] funcionario de correos alemán, ni de verse arrastrado de taberna en taberna por un postillón sediento. Iba vestido sólo ligeramente, lo que encontré bastante molesto a medida que avanzaba hacia el nordeste.

Es fácil imaginarse cómo debía sentirse, con tiempo tan inclemente y clima tan áspero, un pobre anciano que, en Polonia, en un desolado terreno azotado por el viento, se hallaba echado, desvalido y tiritando, sin tener apenas con qué cubrir sus vergüenzas.

Aquel pobre diablo me llegó al alma. Aunque a mí también se me helaba el corazón en el pecho, eché sobre el hombre mi capote de viaje. De pronto retumbó una

voz en los cielos que, tras enaltecer mi obra de caridad, dijo: «¡Que el diablo me lleve, hijo mío, si no recibes tu recompensa!».

Lo dejé estar y seguí adelante, hasta que la noche y la oscuridad cayeron sobre mí. Por ninguna parte se oía ni veía pueblo alguno. El país entero estaba cubierto de nieve, y yo no conocía mi rumbo ni mi camino.



Cansado de cabalgar, desmonté finalmente y até mi caballo a una especie de tocón puntiagudo que sobresalía de la nieve. Por razones de seguridad me puse las pistolas bajo el brazo; me eché en el suelo no lejos de allí y concilié un sueñecito tan reparador que no abrí los ojos de nuevo hasta que fue día claro. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando vi que me encontraba en medio de un pueblo, en el cementerio de la iglesia! Al principio no pude ver a mi caballo por parte alguna; sin embargo, poco después oí relinchar por encima de mi cabeza. Cuando levanté los ojos me di cuenta de que mi caballo estaba atado a la veleta de la torre de la iglesia y colgaba de ella. Entonces comprendí lo que había pasado. Durante la noche, la nieve había cubierto el pueblo; el tiempo había cambiado de improviso y yo, dormido, me había ido hundiendo suavemente a medida que la nieve se fundía; lo que en la oscuridad había tomado por el tronco de un árbol en la nieve, atando a él mi caballo, había sido la cruz o veleta de la torre.



Sin pensármelo mucho, cogí una de mis pistolas, disparé contra la brida, recuperando así felizmente mi caballo, y proseguí mi viaje.

Después de eso todo fue bien, hasta que llegué a Rusia, donde no está precisamente de moda viajar a caballo en invierno. Como mi divisa es siempre el famoso «dondequiera que fueres, haz lo que vieres», tomé un pequeño trineo de un solo caballo y me encaminé alegremente a San Petersburgo. Ya no me acuerdo bien de si ocurrió en Estonia o en Ingria, pero recuerdo que, en medio de un siniestro

bosque, vi que un terrible lobo, con toda la velocidad que le daba su voraz hambre invernal, comenzaba a perseguirme. Pronto me dio alcance y me fue materialmente imposible escapar. Mecánicamente me tendí en el fondo del trineo, dejando que el caballo hiciera sólo lo que fuera mejor para ambos. Y sucedió lo que había imaginado, pero apenas me había atrevido a desear o esperar. El lobo no se ocupó para nada de mi insignificancia, sino que, saltando por encima de mí, cayó furioso sobre el caballo, lo desgarró con sus dientes y devoró de un golpe toda la parte trasera del pobre animal que, por miedo y dolor, corrió aún más aprisa. Habiendo yo pasado de esa forma inadvertido y salido tan bien del paso, levanté furtivamente la cabeza y comprobé con horror que el lobo se había zampado casi todo el caballo. No obstante, apenas se había puesto el lobo a su gusto, aproveché la ocasión y dejé caer con tino sobre su piel la punta de mi látigo. Aquel ataque inesperado por los lomos le causó espanto no pequeño; se lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas, el cadáver del caballo cayó al suelo y hete aquí que, en su lugar, queda atrapado en el arnés el lobo. Por mi parte, no dejé de azotarlo y, a todo galope, llegamos sanos y salvos a San Petersburgo, muy en contra de lo que ambos habíamos esperado y con asombro no escaso de todos los que nos veían.



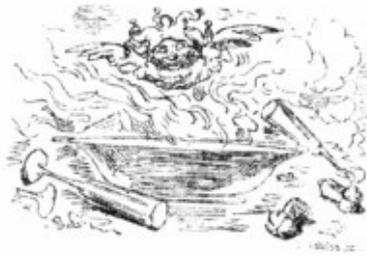
No quiero aburriros, señores, con charlatanería sobre la Constitución, las artes, las ciencias y otras cosas notables de la espléndida capital de Rusia, ni mucho menos importunaros con todos mis enredos y aventuras alegres en los círculos de *bon ton*, donde la dueña de la casa suele acoger a los invitados con aguardiente y un beso en la frente. Me ocuparé, más bien, de temas más importantes y dignos de vuestra atención, como son los caballos y los perros, de los que siempre he sido gran amigo; y luego,

de zorros, lobos y osos, de los que —lo mismo que de otras especies venatorias— Rusia tiene mayor abundancia que cualquier otro país del mundo. Pasé muchas noches jugando y muchas entre el chocar de las copas. La frialdad del país y las costumbres de la nación han dado a la botella en Rusia, en las reuniones sociales, un papel mucho más destacado que en nuestra sobria Alemania, y por eso encontré allí, con frecuencia, personas que, en el noble arte de beber, podían considerarse auténticos virtuosos. Todos eran, sin embargo, miserables aficionados en comparación con un general de barba gris y tez del color del cobre, que comía con nosotros en la mesa común. Aquel anciano caballero, que en combate con los turcos había perdido la mitad superior del cráneo —y por ello, siempre que se nos unía algún forastero, se disculpaba con la más cortés llaneza por tener que conservar en la mesa el sombrero puesto—, acostumbraba vaciar durante la comida algunas botellas de coñac, terminando luego normalmente —o, según los casos, recomenzando— con una botella de arrak^[6]; y, sin embargo, ni una sola vez pude observar en él el más leve signo de embriaguez... La cosa os resulta difícil de creer y no os culpo, señores, porque también rebasaba mi comprensión. Durante mucho tiempo no pude explicármelo, hasta que, por pura casualidad, descubrí el secreto... El general solía levantarse de cuando en cuando el sombrero ligeramente.



Yo lo había visto a menudo sin sospechar nada. Era lógico que tuviese calor en la frente y no lo era menos que se airease la cabeza. Sin embargo, por fin me fijé en que, al mismo tiempo que el sombrero, levantaba una placa de plata fijada a él que le servía de cráneo y, entonces, todos los vapores de las bebidas espirituosas que había ingerido se elevaban por el aire en una leve nube. El enigma estaba resuelto. Se lo dije a algunos buenos amigos y, como era precisamente de noche cuando hice el descubrimiento, ofrecí verificar su exactitud mediante una demostración. En efecto, me situé con mi pipa detrás del general y, en el momento en que volvió a ponerse el

sombrero, encendí con un trozo de papel los ascendentes vapores; entonces pudimos presenciar un espectáculo tan nuevo como hermoso. En un instante, yo había transformado la columna de nubes que se elevaba de la cabeza de nuestro héroe en una columna de fuego, y los vapores que quedaban entre las pelusas de su sombrero formaban, con su hermosísima llama azul, una aureola más resplandeciente que la que haya iluminado nunca la cabeza del mayor santo. No fue posible ocultar mi experimento al general; sin embargo, le molestó tan poco que nos permitió repetir muchas veces aquella operación que le daba aspecto tan sublime.





CAPÍTULO II

Historias de caza

Pasaré por alto muchos incidentes festivos que nos ocurrieron en la misma ocasión, porque me propongo contaros diversas historias de caza que me parecen más curiosas y entretenidas. Como podéis figuraros fácilmente, señores, siempre tuve buenos compañeros, sobre todo entre quienes eran capaces de apreciar como es debido un coto de caza abierto y sin restricciones. Tanto la variedad de formas de pasar el tiempo que ello me ofreció como la extraordinaria fortuna que me acompañó en todas mis empresas me traen aún los más agradables recuerdos.

Una mañana vi desde la ventana de mi alcoba que un gran lago que había no muy lejos estaba, por decirlo así, cubierto de patos salvajes. Inmediatamente cogí mi escopeta del rincón y corrí escaleras abajo, tan atropelladamente que, por falta de atención, me di de boca con la jamba de la puerta. Eché rayos y centellas por los ojos, pero aquello no me detuvo ni un instante. Pronto estuve a tiro; sin embargo, al apuntar me di cuenta, con gran disgusto, de que por el fuerte golpe recibido había saltado el pedernal del gatillo de la carabina. ¿Qué hacer? No había que perder tiempo. Afortunadamente, recordé lo que me acababa de pasar en los ojos. Levanté la cazoleta del fusil, apunté a los patos salvajes y me di un puñetazo en un ojo. Con la fuerza del golpe eché otra vez chispas suficientes, salió la bala y acerté a cinco parejas de patos, cuatro gansos de cuello rojo y un par de cercetas. La presencia de ánimo es madre de esforzados hechos. Si, gracias a ella, los soldados y marinos salen bien librados con frecuencia, el cazador le debe no pocas veces su buena fortuna.



Así, en un lago junto al que llegué durante una cacería ecuestre, nadaban unas docenas de patos salvajes demasiado dispersos como para poder cobrar más de uno de un disparo; y quiso la fortuna que sólo me quedase en la escopeta un último tiro. No obstante, me hubiera gustado cazarlos a todos, porque tenía la intención de agasajar en mi casa, poco después, a gran número de buenos amigos y conocidos. Entonces me acordé de un pedacito de tocino que me había quedado en el morral de mis provisiones de boca. Sujeté el pedazo a una trailla bastante larga, que destrencé haciéndola así por lo menos cuatro veces mayor. Luego me escondí entre los cañaverales de la orilla, arrojé mi trozo de tocino y tuve el placer de ver cómo el pato más próximo se acercaba nadando con presteza y se lo tragaba. A ese primero

siguieron pronto todos los demás, porque como el escurridizo trozo atado a la cuerda volvía a salirles muy pronto por detrás sin digerir, se lo tragaba el siguiente y así iban pasando uno tras otro. En pocas palabras, el trozo recorrió absolutamente todos los patos sin soltarse de la cuerda. De ese modo todos quedaron ensartados en ella como perlas de un collar. Los saqué a tierra tirando delicadamente, me enrollé el cordel media docena de veces en torno a los hombros y el tronco, y tomé el camino de casa. Como todavía estaba bastante lejos y el peso de una cantidad tan grande de patos me resultaba fatigoso, casi sentí haber capturado tantos. Entonces me ocurrió un extraño suceso que, al principio, me sumió en confusión no pequeña. En efecto, los patos estaban aún vivos y, cuando se repusieron de la primera sorpresa, comenzaron a batir vigorosamente las alas, elevándose conmigo en el aire. Muchos no hubieran sabido qué hacer en un caso así. Yo, sin embargo, aproveché la ocasión lo mejor que pude y, con los faldones de la casaca, dirigí su rumbo por el aire hacia las proximidades de mi mansión. Cuando estuve exactamente sobre la vivienda y se trató de descender sin daño, les fui retorciendo el cuello a los patos, uno tras otro, y bajé de esa forma muy suave y paulatinamente, precisamente por la chimenea de mi casa, en mitad de la cocina —en la que, por suerte, no estaba el fuego encendido—, con espanto y asombro no escasos del cocinero.



Un caso análogo me ocurrió una vez con una bandada de perdices. Había salido a probar una nueva escopeta y había gastado totalmente mi pequeña reserva de perdigones cuando, inesperadamente, se levantó a mis pies una bandada de perdices. El deseo de ver algunas de ellas en mi mesa aquella noche hizo que se me ocurriera algo de lo que, señores —os doy mi palabra—, podríais servir en caso de necesidad. En cuanto vi dónde se habían posado las perdices, cargué prontamente la escopeta introduciendo, en lugar de la mostacilla, la baqueta, que agucé a toda prisa un tanto, lo mejor que pude, por su extremo anterior.



Entonces me acerqué a las perdices, apreté el gatillo en cuanto echaron a volar y tuve el placer de ver cómo mi baqueta caía lentamente, a cierta distancia, con siete piezas que, sin duda, debieron extrañarse de verse reunidas tan pronto en el espetón... Como os decía, en este mundo hay que saber arreglárselas.



En otra ocasión me tropecé en un hermoso bosque ruso con un maravilloso zorro negro. Hubiera sido una verdadera lástima agujerear su preciosa piel con un disparo de bala o de perdigón. Maese Raposo estaba junto a un árbol. Al instante, saqué la bala del cañón, metí, en cambio, en la escopeta un fuerte clavo de carpintero, hice fuego y acerté tan hábilmente que dejé clavada la cola del zorro en el árbol. Entonces me aproximé tranquilamente, saqué mi cuchillo de monte, le hice al zorro un corte en cruz en la cara, cogí mi látigo y, a latigazos, hice que saliera de su hermosa piel tan delicadamente, que verla resultaba un placer y una auténtica maravilla.



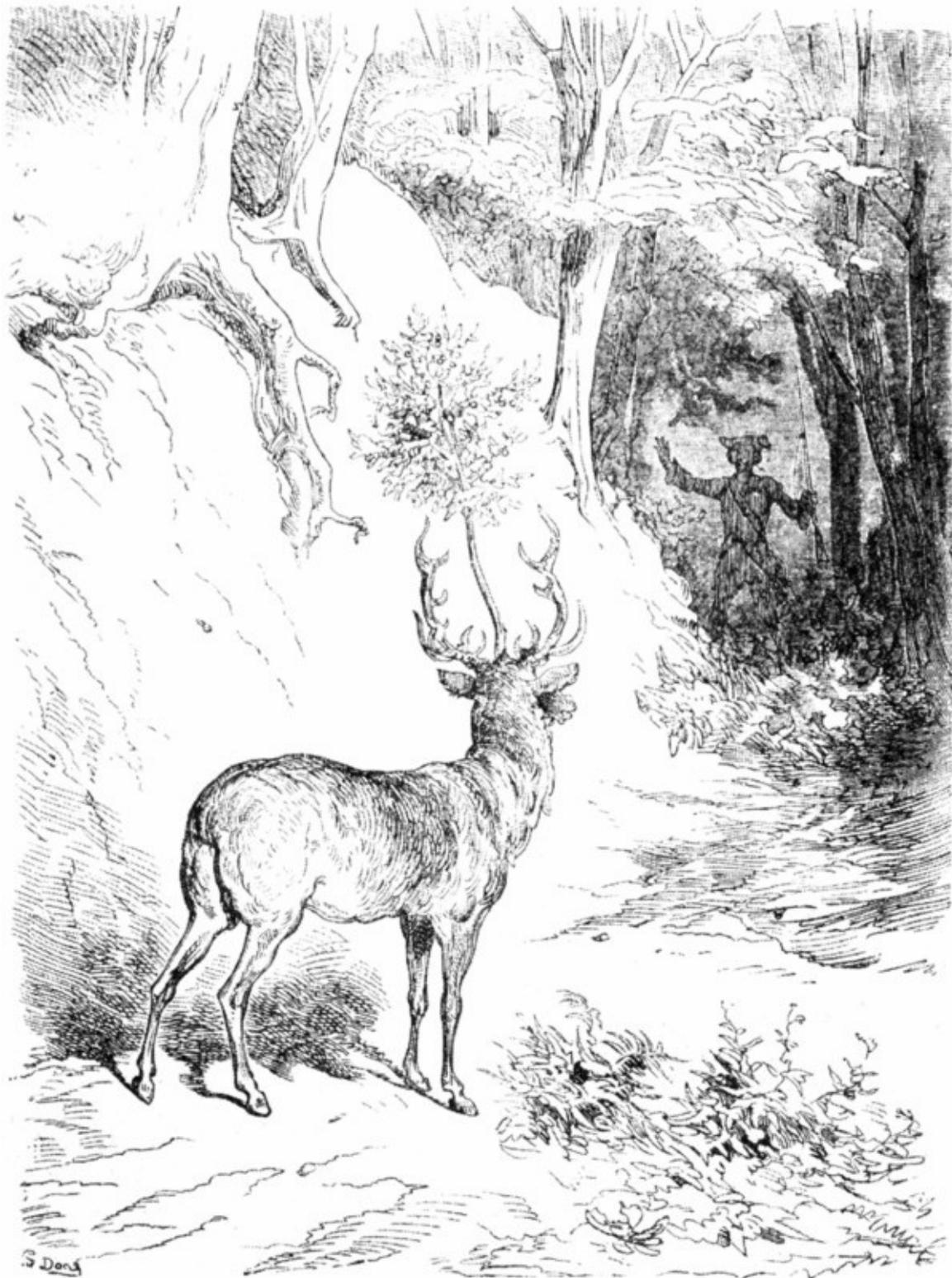
La casualidad y la buena suerte remedian a menudo muchos errores. De esto tuve poco después la prueba cuando, en medio de lo más espeso de un bosque, vi avanzar un jabato al que seguía inmediatamente una jabalina. Mi disparo había fallado. Sin embargo, el jabato que iba delante huyó corriendo mientras que la jabalina se quedaba quieta, sin moverse, como clavada en el suelo. Cuando investigué más de cerca, me di cuenta de que se trataba de una jabalina ciega, que cogía con la boca el rabo de su jabato para que éste le mostrase filialmente el camino. Como mi bala había pasado entre los dos, había roto aquella especie de rienda, de la que la jabalina seguía mordiendo un extremo. Su lazarillo no tiraba ya de ella y por eso se había quedado quieta. Yo cogí el otro extremo del rabo del jabato y conduje de él hasta mi casa, sin esfuerzo ni resistencia, aquel viejo animal desvalido.

Por muy fieras que sean las jabalinas, los jabalíes son mucho más feroces y peligrosos. Una vez tropecé con uno en el bosque cuando, desgraciadamente, yo no estaba preparado para el ataque ni la defensa. A duras penas pude esconderme detrás de un árbol cuando la furiosa bestia, con todas sus fuerzas, me lanzó un golpe de flanco. Al hacerlo, sus colmillos penetraron tanto en el árbol que no pudo sacarlos ni repetir el golpe... «¡Ajajá! —pensé— ¡Ya te tengo!»... En un abrir y cerrar de ojos cogí una piedra y golpeé con ella a conciencia los colmillos, remachándolos de forma que de ningún modo pudiera soltarse el jabalí. De manera que tuvo que resignarse hasta que traje del pueblo más próximo una carreta y cuerdas para llevarlo sano y salvo hasta casa, lo que pude hacer sin ningún tropiezo.



Sin duda alguna, señores, habréis oído hablar de San Humberto, santo y patrón de cazadores y tiradores, y no menos del magnífico ciervo que una vez encontró en el bosque y que tenía la santa cruz entre los cuernos. A ese santo le he llevado yo mis ofrendas todos los años en buena compañía y he visto al ciervo miles de veces, pintado en iglesias o en las insignias de sus caballeros, de forma que —palabra de

honor de buen cazador— no sé decir si en otros tiempos no había esos ciervos con cruces o si los sigue habiendo todavía. Pero permitidme que os cuente lo que he visto con mis propios ojos. Una vez, cuando había disparado todos mis plomos, se me apareció, contra toda previsión, el más espléndido ciervo del mundo. Me miró de hito en hito, como si supiera perfectamente que yo tenía la bolsa vacía. Al instante, cargué con pólvora mi escopeta y añadí un buen puñado de huesos de cereza, de los que, tan aprisa como pude, chupé la carne, y le solté toda la carga en plena frente, entre los dos cuernos. El tiro lo aturdió desde luego —se tambaleó—, pero puso pies en polvorosa. Uno o dos años más tarde estaba cazando en el mismo bosque, y hete aquí que se me apareció un espléndido ciervo con un cerezo crecido, de más de diez pies, entre los cuernos. Recordé enseguida mi antigua aventura; consideré al ciervo como propiedad legítimamente adquirida hacía tiempo y lo derribé de un disparo, con lo que tuve a la vez asado y confitura de cerezas, porque el árbol estaba cuajado de la fruta más delicada que había probado en mi vida. ¿Quién podría decir si algún santo cazador apasionado, un abad o un obispo amante de la caza no plantó de igual modo la cruz, de un disparo, entre los cuernos del ciervo de San Humberto? Porque esos señores, desde siempre, fueron y son hasta hoy famosos por su habilidad en plantar cruces y cuernos. En caso de necesidad y cuando se trata de todo o nada —lo que se plantea no pocas veces a un cazador honesto—, uno recurre a lo que sea y lo intenta todo antes de dejar escapar la oportunidad. Yo mismo me he encontrado en muchas buenas ocasiones en una de esas situaciones difíciles.



¿Qué diríais, por ejemplo, del siguiente caso?... Una vez, en un bosque polaco, se me habían acabado la luz del día y la pólvora. Cuando me dirigía a casa, se interpuso en mi camino un terrible oso con las fauces abiertas, dispuesto a devorarme. En vano busqué en todos mis bolsillos pólvora y plomo. No encontré más que dos pedernales de éstos que suelen llevarse para un caso de apuro. Arrojé uno de ellos con todas mis fuerzas a las abiertas fauces del monstruo, muy dentro de su garganta. Como no pareció gustarle mucho, el oso dio media vuelta a la izquierda, lo que me permitió

deslizarle el otro pedernal por la puerta trasera. Todo salió maravillosa y perfectamente. La piedra no sólo penetró, sino que chocó también con la otra de tal forma que brotaron chispas y el oso saltó en pedazos con un tremendo estallido. Se dice que una piedra así aplicada *a posteriori*, especialmente cuando se encuentra con otra bien aplicada *a priori*, ha hecho ya saltar por los aires a muchos fastidiosos sabios y filósofos... Aunque en aquella ocasión salvé el pellejo, no quisiera, sin embargo, repetir la hazaña ni enfrentarme otra vez con un oso sin más medios de defensa.

Con todo, era hasta cierto punto mi destino el que las bestias más salvajes y peligrosas me atacasen, precisamente, cuando yo no estaba en condiciones de afrontarlas, como si su instinto les revelase mi indefensión. Así, una vez acababa de desatornillar el pedernal de mi carabina para afilarlo un poco, cuando de repente un oso monstruoso me atacó gruñendo. Lo único que pude hacer fue subirme a toda prisa a un árbol y aprestarme allí a la defensa. Desgraciadamente, durante la ascensión se me cayó el cuchillo que acababa de utilizar, y no tenía nada para atornillar el tornillo que, de todos modos, estaba muy duro.



El oso se encontraba bajo el árbol y yo esperaba que en cualquier momento subiría a por mí. Sacarme chispas de los ojos, como había hecho en otro tiempo, no tenía ganas de probarlo, porque otras circunstancias, que no son del caso, me habían

producido con aquel experimento fuertes dolores de ojos todavía no desaparecidos por completo.



Yo miraba con nostalgia mi cuchillo, que estaba allí abajo, vertical sobre la nieve; pero las miradas más nostálgicas no mejoraban la cosa en nada. Finalmente, se me ocurrió algo, tan insólito como feliz. Dirigí el chorro de líquido del que, cuando se tiene mucho miedo, se dispone siempre en abundancia, de forma que cayese

precisamente sobre el mango de mi cuchillo.



El terrible frío reinante hizo que el agua se helase inmediatamente y, en pocos instantes, se formó sobre el cuchillo una prolongación de hielo que llegaba hasta las ramas más bajas del árbol. Agarré aquel mango prolongado y tiré del cuchillo hacia mí, sin gran esfuerzo pero con la mayor precaución. Apenas había terminado de atornillar con él mi pedernal cuando Maese Martín comenzó a trepar. Verdaderamente, pensé, hay que ser listo como un oso para calcular tan bien el momento, y recibí al Señor Pardo con una andanada de plomo tan cordial que se olvidó de trepar a los árboles para siempre.



De igual modo, otra vez me encontré con un terrible lobo tan de cerca, que no me

quedó otro remedio que, siguiendo un instinto mecánico, meterle el puño en las abiertas fauces. Simplemente para mi seguridad, empujé cada vez más, introduciendo el brazo casi hasta el hombro. ¿Qué podía hacer?... No puedo decir que aquella situación desesperada me gustase demasiado... ¡Imaginaos! ¡Cara a cara con un lobo! Nos mirábamos de una forma que no era, precisamente, amistosa. Si hubiese sacado el brazo, aquella bestia me hubiera saltado encima con furia redoblada. Eso se podía leer lisa y llanamente en sus llameantes ojos. En pocas palabras: lo agarré por las entrañas, lo volví del revés como si fuera un guante, lo tiré contra el suelo y allí lo dejé.



Ese número no lo hubiera intentado, sin embargo, con un perro rabioso que, poco después, me tropecé en una estrecha callejuela de San Petersburgo. «¡Pies para qué os quiero!», pensé. Para correr más, arrojé el gabán, y pude refugiarme a toda velocidad en casa. Más tarde hice que mis criados recogieran el abrigo y lo colgasen con mis otros trajes en el armario. Al día siguiente, un grito de mi Johann me dio un buen susto: «¡Dios santo, Señor Barón, su gabán está rabioso!». Acudí rápidamente y encontré todos mis trajes dispersos y hechos jirones. El mozo había tenido toda la razón al decir que el gabán estaba rabioso. Llegué, precisamente, cuando caía sobre un precioso traje de gala nuevo, y lo sacudía y destrozaba sin misericordia.





CAPÍTULO III

De los perros y caballos del Barón

En todos esos casos, señores, de los que siempre salí bien librado pero siempre a duras penas, me ayudó el azar que, gracias a mi valor y presencia de ánimo, pude inclinar a mi favor. Todo eso reunido es lo que, como cualquiera sabe, hace la fortuna de un cazador, un marino o un soldado. Sin embargo, sería muy imprudente el montero, almirante o general que confiara siempre en el azar o en su buena estrella, sin preocuparse de adquirir las necesarias habilidades ni de procurarse los medios que aseguran el éxito. Tal reproche no puede hacerseme. Porque siempre he sido conocido tanto por la excelencia de mis caballos, perros y armas como por mi especial maña en servirme de ellos, de forma que puedo vanagloriarme de haber dejado memoria de mi nombre por montes, valles y collados. No quiero entrar en detalles sobre mis cuadras, jaurías y panoplias, como suelen hacer los hidalgos que poseen caballos, perros o armas, pero dos de mis perros sobresalieron tanto en mi servicio que no puedo olvidarlos y, en esta ocasión, quiero referirme brevemente a ellos.



Uno era un perdiguero, tan incansable, alerta y cauteloso, que todos los que lo veían me lo envidiaban. Podía utilizarlo de día y de noche: si de noche, le colgaba una linterna del rabo y podía cazar tan bien como en pleno día o mejor... Una vez (poco después de haberme casado), mi esposa manifestó deseos de salir de caza.



Yo cabalgué delante para levantar alguna pieza, y no pasó mucho tiempo sin que mi perro se encontrase ante una bandada de unos centenares de perdices. Esperé y esperé a mi esposa, que con mi teniente y un palafrenero habían salido a caballo inmediatamente después de mí; sin embargo, no se veía ni oía a nadie. Por fin me intranquicé, volví grupas y, hacia la mitad del camino, oí una especie de lloriqueo

sumamente quejumbroso. Me pareció que estaba bastante cerca y, sin embargo, no había un alma a la redonda. Me apeé, apliqué el oído al suelo y no sólo pude darme cuenta de que el lamento venía de abajo, sino que reconocí también, muy claramente, la voz de mi mujer, de mi teniente y de mi palafrenero. Al mismo tiempo, veo también que no lejos de mí se encontraba la entrada de una mina de carbón y ya no me cupo duda de que, por desgracia, mi pobre mujer y sus acompañantes se habían precipitado en ella. Fui a todo correr hasta el pueblo más próximo para buscar a los mineros que, finalmente, tras largos y muy fatigosos esfuerzos, sacaron a la luz a los accidentados de una galería a noventa brazas de profundidad.



Primero extrajeron al palafrenero, luego a su caballo, luego al teniente, luego a su caballo, luego a mi esposa y, por último, a su rocín turco. Lo más curioso es que, si se exceptúan algunas magulladuras, ni personas ni caballos habían sufrido apenas daño en aquella formidable caída; en cambio, habían sentido un miedo indescriptible. Como podéis imaginaros fácilmente, no se podía ya pensar en la caza; y como sospecho que os habéis olvidado de mi perro durante este relato, sabréis disculpar el que yo tampoco pensara en él. El deber me obligó a emprender un viaje a la mañana siguiente, del que no volví hasta catorce días más tarde. Apenas llevaba unas horas en

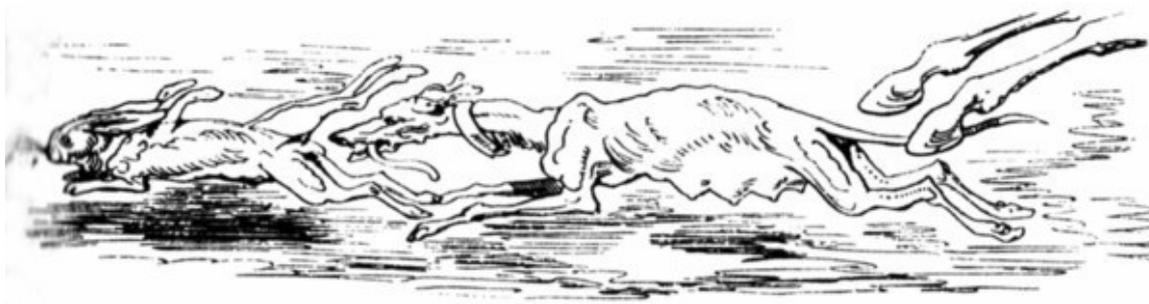
casa, eché en falta a mi Diana. Nadie se había ocupado de ella; todos mis criados habían pensado que estaba conmigo, y ahora, con gran pesar por mi parte, no aparecía por parte alguna... Por fin se me ocurrió una idea: ¿no estaría la perra aún donde las perdices? La esperanza y el temor me hicieron correr inmediatamente al lugar y hete aquí que, con indecible alegría, vi que mi perra estaba aún en el mismo sitio en que la había dejado catorce días antes. «¡Vamos!», grité; inmediatamente saltó, y yo pude cobrar de un solo disparo veinticinco perdices.



La pobre perra, sin embargo, apenas pudo arrastrarse hasta mi, de hambrienta y agotada que estaba. Para llevarla a casa tuve que subirla a mi caballo, y podéis imaginaros fácilmente que acepté con la mayor satisfacción esa incomodidad. Tras unos buenos cuidados durante unos días, estuvo otra vez tan fresca y vivaracha como antes, y unas semanas después me permitió resolver un enigma que, sin ella, hubiera permanecido probablemente sin solución para siempre.

Durante dos días enteros había perseguido a una liebre. Mi perra la levantaba una y otra vez, pero yo nunca conseguía tenerla a tiro... No he sido dado a creer en hechicerías, porque para eso me han ocurrido demasiadas cosas extraordinarias, pero aquello excedía de lo que podían comprender mis cinco sentidos. Por fin la liebre se me acercó tanto que pude alcanzarla de un disparo. Rodó por tierra y ¿qué creéis que descubrí? Mi liebre tenía cuatro patas bajo el vientre y otras cuatro en la espalda. Cuando se le cansaban los dos pares inferiores, se daba la vuelta como un nadador hábil que nada de vientre y de espaldas y volvía a correr, con velocidad renovada, utilizando los dos pares de patas de refresco. Nunca más he vuelto a encontrar una liebre así y tampoco ésa la habría cazado si no hubiera tenido una perra de perfección

tan inusitada.



Aquel can era tan superior a todos los de su especie, que no tendría reparo alguno en calificarlo de único, si no le disputase ese honor un galgo que tuve. El animalito era menos notable por su estampa que por su extraordinaria velocidad. Si lo hubierais visto, señores, sin duda lo habríais admirado y no os hubiera asombrado que yo lo quisiera tanto y cazase con él tan a menudo. Corrió tanto, tantas veces y tanto tiempo a mi servicio, que se le desgastaron las patas hasta muy cerca del vientre y, en sus últimos tiempos, sólo podía utilizarlo como tejonero, en calidad de lo cual me sirvió aún muchos años.



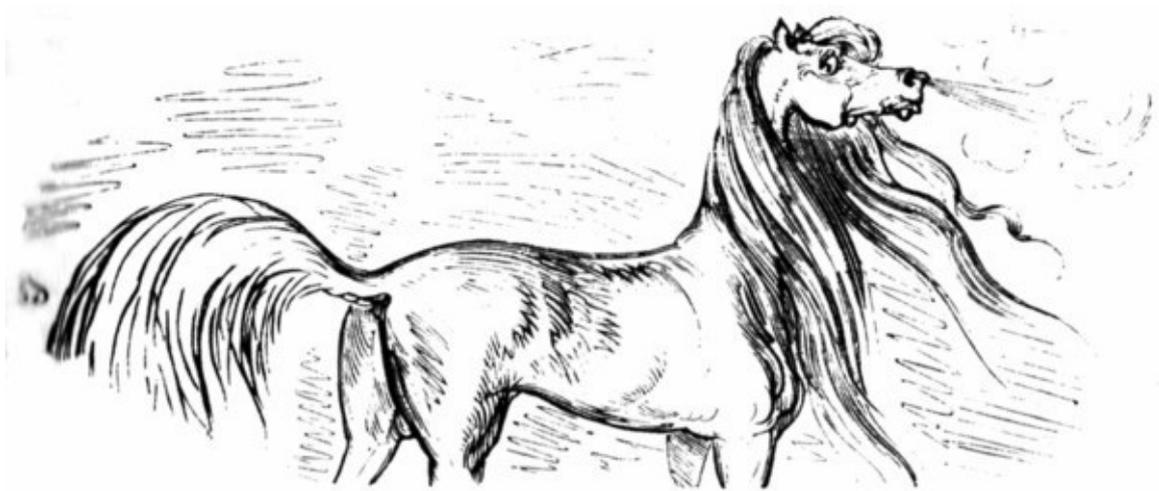
Una vez, siendo el perro todavía galgo —por cierto, era también una perra—, perseguía yo una liebre que me pareció desusadamente grande. Me daba pena mi pobre perra, que estaba preñada y, sin embargo, corría tan aprisa como siempre. Sólo a gran distancia podía seguirla yo a caballo. De repente oí muchos ladridos, como de toda una jauría, pero tan débiles y suaves que no supe qué pensar. Al acercarme vi un

milagro del cielo. La liebre había parido mientras corría y mi perra dado a luz, y la primera había tenido tantos lebratillos como cachorros la segunda. Por instinto, aquéllos habían huido y éstos no sólo los habían perseguido, sino también capturado. Así, al terminar la caza, me encontré con seis liebres y seis perros, cuando al comenzarla sólo había tenido un perro.



Recuerdo a aquella perra maravillosa con el mismo placer que a un soberbio caballo lituano que no hubiera podido pagarse con dinero. Lo conseguí por una casualidad que me dio ocasión de mostrar mis habilidades de jinete, lo que me granjeó fama no pequeña. Me encontraba una vez en la magnífica residencia veraniega del conde Przobofsky en Lituania, y estaba en el salón con las señoras, tomando el té, mientras los caballeros habían bajado al patio para admirar a un joven purasangre que acababa de llegar de la yeguada. De pronto oímos un grito de socorro... Me apresuré a bajar la escalera y me encontré con un caballo tan salvaje e indomable que nadie se atrevía a acercarse a él o a montarlo. Los más decididos jinetes estaban desconcertados y confusos; el miedo y la preocupación se pintaron en todos los semblantes cuando yo, de un salto, caí sobre el caballo y, habiéndolo así sorprendido, no sólo lo atemoriqué sino que, utilizando mi mejor arte ecuestre, lo tranquilicé por completo forzándolo a obedecer. Para que las damas pudieran apreciarlo mejor y evitarles preocupaciones inútiles, obligué al corcel a saltar conmigo por una de las abiertas ventanas del salón. Allí di varias vueltas a la estancia, al paso, al trote y al galope, subí por fin a la mesa y realicé en miniatura, de forma sumamente delicada, todos los ejercicios de alta escuela, lo que divirtió a las señoras extraordinariamente. Mi pequeño corcel lo hizo todo con tan maravillosa habilidad que no rompió ni una jarra ni una taza. El hecho me conquistó el afecto de las damas y del conde hasta tal punto, que éste, con su habitual cortesía, me rogó que aceptara como regalo el potro y cabalgase en él hacia victorias y honores en la campaña contra el Turco que en breve comenzaría, a las órdenes del conde Münnich^[7].





CAPÍTULO IV

Aventura del Barón de Münchhausen en la guerra contra los turcos

Hubiera sido difícil hacerme un regalo que me fuera más grato, especialmente porque me presagiaba grandes venturas en una campaña en que iba a ejercitar por primera vez mis armas de soldado. Un caballo tan dócil, tan valiente y fogoso —cordero y Bucéfalo^[8] a un tiempo— debía recordarme en todo momento los deberes de un buen soldado y las asombrosas hazañas del joven Alejandro en el campo de batalla.

Al parecer fuimos a la guerra, entre otras razones, para salvar el honor de los ejércitos rusos, que había quedado un tanto maltrecho en la campaña del zar Pedro, a orillas del Prut^[9]. Lo conseguimos plenamente en varias campañas, duras sin duda pero también gloriosas, bajo el mando del gran general que anteriormente he mencionado.

La modestia prohíbe a los subalternos arrogarse las grandes hazañas y victorias, cuya fama se atribuye por lo común a los jefes, sin tener en cuenta la vulgaridad de sus cualidades, y hasta, muy equivocadamente, a reyes y reinas que nunca han olido otra pólvora que la de las salvas, ni han visto otros campos que los de sus quintas de recreo ni otros ejércitos en orden de batalla que los de sus desfiles.



Por ello, no reivindicaré especialmente la gloria de nuestros encuentros con el enemigo. Todos cumplimos nuestro deber, lo que en el lenguaje del patriota, del soldado y, en suma, del hombre de bien, es palabra que dice mucho, de contenido y alcance muy importantes, aunque para el montón de politicastos de café tenga sólo un significado mezquino y pobre. Como entretanto tenía bajo mi mando a un batallón de húsares, participé en varias expediciones en que la actuación estuvo confiada a mi propia inteligencia y valentía. Su éxito, creo, puedo atribuirlo con justicia a mí mismo y a aquellos bravos compañeros a los que llevé a la conquista y la victoria.

Una vez, cuando avanzábamos contra los turcos en Oczakow, las cosas se pusieron candentes en vanguardia. Mi fogoso lituano casi me metió en un buen lío. Yo ocupaba un puesto bastante avanzado y vi cómo el enemigo venía hacia mí en medio de una nube de polvo, con lo que me quedé sumido en la incertidumbre acerca de su verdadero número y sus intenciones. Rodearme de una nube de polvo semejante hubiera sido, sin duda, un viejo truco, pero no me hubiera hecho mucho honor, al no favorecer en nada el propósito con que se me había enviado. Por ello, hice que las tropas de mis flancos se dispersaran a izquierda y derecha en ambas alas, levantando todo el polvo que pudieran. Yo, sin embargo, me dirigí en línea recta al enemigo, para observarlo más de cerca. Tuve éxito. Porque sólo resistió y combatió hasta que el miedo a mis flancos lo hizo retroceder en desorden. Era tiempo de caer valientemente sobre él. Lo dispersamos por completo, le infligimos una gran derrota y no sólo le obligamos a refugiarse en su fortaleza, sino también a retroceder más y más aún, mucho más allá de lo esperado y en contra de todo lo previsto.

Ahora bien, como mi lituano era tan extraordinariamente rápido, yo fui el primero

en la persecución, y cuando vi que el enemigo huía bonitamente por la puerta opuesta, consideré prudente detenerme en la plaza del mercado y tocar llamada. Me detuve, pero imaginaos, señores, mi asombro cuando no vi a mi lado al trompeta ni a uno solo de mis húsares. «¿Estarán cargando contra el enemigo por otras calles? ¿O qué habrá sido de ellos?», pensé. De todos modos, a buen seguro no podían andar lejos y me alcanzarían pronto. Mientras esperaba, llevé a mi jadeante lituano a una fuente de la plaza del mercado y le dejé que bebiera. Lo hizo inmoderadamente y con una sed tan ardorosa que no parecía posible aplacarla. Pero era natural. Porque, cuando volví la cabeza buscando a mi gente, ¿qué diréis, señores, que vi?... Toda la parte trasera del pobre animal, grupa y cuartos, había desaparecido, como cortada de un limpio tajo.



Por eso, el agua le salía a mi corcel por detrás como le entraba por delante, sin aprovecharle ni refrescarlo. Cómo podía haber ocurrido aquello fue para mí un completo misterio hasta que, por fin, llegó desalado mi palafrenero desde el lado opuesto y, en medio de un torrente de sinceras felicitaciones y sonoros juramentos, me hizo saber lo que sigue. Cuando yo, mezclado con el enemigo en fuga, estaba entrando en la ciudad, habían dejado caer de pronto el rastrillo, que había segado limpiamente la parte trasera de mi caballo.

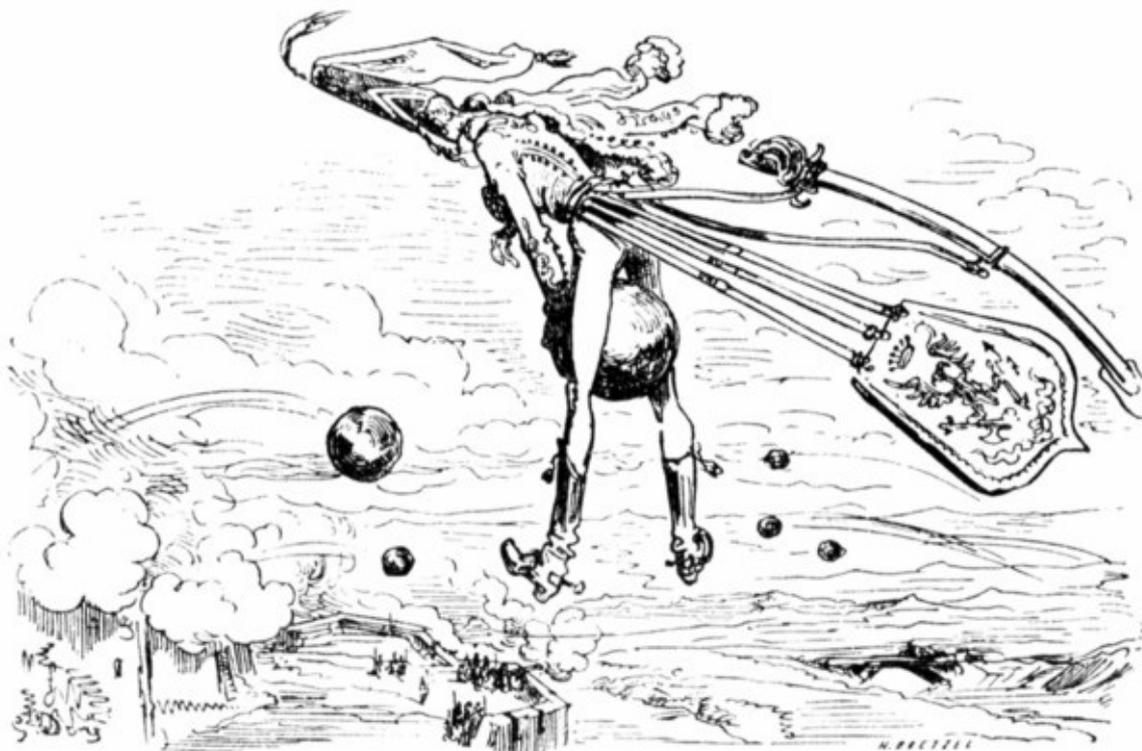


Al principio, la citada parte había causado los más terribles estragos entre los enemigos —que, ciegos y sordos, se precipitaban contra la puerta—, mediante sus continuas coces, y luego, vencedora, se había dirigido a un prado que había cerca, donde probablemente la encontraría aún. Inmediatamente di la vuelta y, con un galope increíblemente rápido, la mitad del caballo que me había quedado me llevó al prado. Con gran alegría por mi parte encontré allí a la otra mitad, y con mayor admiración aún vi que se entretenía en actividades tan bien elegidas que, hasta ahora, ningún maestro de diversiones, con todo su ingenio, ha conseguido inventar entretenimiento más apropiado para alguien sin cabeza. En pocas palabras, la parte trasera de mi maravilloso caballo había trabado ya conocimiento muy íntimo, en aquellos escasos momentos, con las yeguas que correteaban por el prado, y parecía haber olvidado, entre los placeres de su harén, todos los infortunios sufridos. En ello, evidentemente, intervenía tan poco la cabeza, que hasta los potros que debieron su ser a tal esparcimiento fueron luego engendros inservibles, a los que también faltaba lo que se echaba de menos en el padre que los engendró.

Ante pruebas tan irrefutables de que las dos mitades de mi caballo estaban vivas, hice llamar inmediatamente a nuestro herrador. Éste, sin pensárselo mucho, cosió las dos mitades con unos brotes de laurel que había a mano. La herida se cerró bien; y ocurrió algo que sólo podía pasar con un caballo tan glorioso. En efecto, los brotes echaron raíces en su cuerpo, crecieron y tejieron una bóveda sobre mí, de forma que, en lo sucesivo, cabalgué muchas veces honrosamente a la sombra de mis propios laureles y de los de mi caballo.

Quiero referirme de pasada a otra pequeña incomodidad relacionada con este

asunto. Yo había combatido al enemigo tan violentamente, tanto tiempo y de modo tan incansable que, debido a ello, mi brazo había conservado un movimiento involuntario de golpeo cuando el enemigo había desaparecido hacía ya mucho. Para no golpearme a mí mismo o a los que se me acercaban, sin motivo alguno, me vi obligado a llevar el brazo en cabestrillo durante ocho días, lo mismo que si me lo hubieran cortado por la mitad.



A un hombre, señores, capaz de cabalgar un corcel como mi lituano, podréis creerle sin duda otros ejercicios ecuestres y de volteo que, por lo demás, quizá suenen un tanto fantásticos. En efecto, estábamos sitiando no sé qué ciudad y, sorprendentemente, el mariscal de campo concedía gran importancia a saber con exactitud lo que ocurría en la plaza. Parecía sumamente difícil, casi imposible llegar hasta ella a través de todos los puestos avanzados, centinelas y fortificaciones, y tampoco había ninguna persona dispuesta de la que cupiera esperar que llevase a cabo una misión así. Precipitándome tal vez un poco, movido por mi valor y mi celo, me situé junto a uno de los mayores cañones que, en aquellos momentos, eran disparados contra la plaza y salté en un santiamén sobre una bala con la intención de dejarme llevar hasta la fortaleza. Sin embargo, a mitad de mi cabalgada por el aire me asaltaron escrúpulos nada insignificantes. «Hum —pensé— sin duda vas a entrar, pero no sé cómo vas a salir. ¿Y qué va a ocurrirte en la fortaleza? Te identificarán inmediatamente como espía y te colgarán de la horca más próxima. La verdad es que renunciaría con gusto a tal honor». Tras éstas y otras consideraciones análogas, me decidí rápidamente, aproveché la afortunada coincidencia de que una bala de cañón de la fortaleza pasaba volando a unos pasos de mí hacia nuestro campamento, salté a

ella desde la mía y llegué de nuevo a nuestras filas, sin haber logrado lo que pretendía, pero sano y salvo.



Tan ágil y dispuesto como yo para el salto era mi caballo. Ni fosos ni cercados me impidieron nunca cabalgar por el camino más recto. Una vez perseguía a una liebre, que atravesó corriendo una ruta principal. Un carruaje con dos hermosas damas que iba por el camino se interpuso entre yo y la liebre. Mi corcel saltó por el centro del carruaje, cuyas ventanas estaban abiertas, con tanta rapidez y decisión, que apenas tuve tiempo de quitarme el sombrero y pedir humildemente perdón a las damas por aquella libertad.



Otra vez quise saltar un pantano que, en un principio, no me pareció tan ancho como lo encontré cuando estaba a mitad del salto. Por ello, estando ya en el aire, me volví al sitio de donde había venido para tomar más impulso. También la segunda vez salté demasiado corto y me hundí hasta el cuello en el pantano, no lejos de la otra orilla. Allí hubiera acabado irremisiblemente si la fortaleza de mi brazo no me

hubiera sacado tirando de mi propia coleta, juntamente con mi caballo, al que sujeté firmemente entre mis piernas.





CAPÍTULO V

Aventuras del Barón de Münchhausen durante su cautiverio entre los turcos. Su regreso al hogar

A pesar de todo mi valor e inteligencia, a pesar de mi destreza y mi fuerza y de las de mi caballo, no todo me salió a pedir de boca en la guerra contra el Turco. Hasta tuve la desgracia de ser vencido por el número y caer prisionero de guerra. Y, lo que todavía fue peor aunque sea habitual entre los turcos, fui vendido como esclavo. En esa situación humillante, mi trabajo diario no era tan difícil y fatigoso como, sobre todo, extraño y molesto.

Tenía que llevar todas las mañanas a los prados a las abejas del Sultán, cuidarlas durante el día y, al atardecer, conducir las de nuevo a sus colmenas. Una tarde eché en falta una abeja, pero me di cuenta enseguida de que dos osos la habían atacado y querían despedazarla para conseguir su miel. Como yo no tenía nada más parecido a un arma que la hachuela de plata que es el distintivo de los jardineros y campesinos del Sultán, la lancé contra los dos ladrones, con la esperanza de asustarlos. Así conseguí, efectivamente, poner en libertad a la pobre abeja; sin embargo, por el movimiento desafortunado y demasiado enérgico de mi brazo, la hachuela voló hacia lo alto, sin dejar de subir hasta que alcanzó la luna. ¿Cómo recuperarla? ¿Con qué escalera podría cogerla? Entonces recordé que las habichuelas turcas crecen muy rápidamente, hasta alcanzar una altura extraordinaria. Inmediatamente, planté una de esas judías, que en efecto creció, enredándose por sí sola en uno de los cuernos de la Luna. Trepé sin miedo hasta ésta, llegando felizmente. Encontrar mi hacha de plata en un lugar donde todas las cosas brillaban como la plata fue un trabajito bastante difícil. Sin embargo, por fin la hallé en un montón de paja y de heno. Quise regresar pero, ay, el calor del sol había secado entretanto mi planta, de forma que, decididamente, no podía bajar por ella. ¿Qué hacer?... Tejé una cuerda de paja, tan larga como pude. La até a uno de los cuernos de la Luna y me deslicé por ella. Con la mano derecha me sujetaba mientras sostenía con la izquierda la hachuela. En cuanto había descendido un trecho, cortaba el pedazo de cuerda que sobraba y lo ataba debajo, con lo que conseguí descender bastante. Todo ese cortar y atar no hizo ningún bien a la cuerda, que me había situado ya exactamente sobre las posesiones del Sultán. Debía de estar aún a unas millas sobre las nubes cuando se partió de repente y yo caí con tanta fuerza a esta tierra de Dios, que quedé totalmente aturdido. Con el peso de mi cuerpo al caer desde tanta altura hice un agujero en el suelo de, por lo menos, nueve brazas de profundidad.



Por fin me recuperé, pero no sabía cómo salir de allí. Sin embargo, ¿qué no sería capaz de inventar la necesidad? Con las uñas, que tenía entonces largas de cuarenta años, excavé una especie de escalera y, de esa forma, volví a la luz del día.

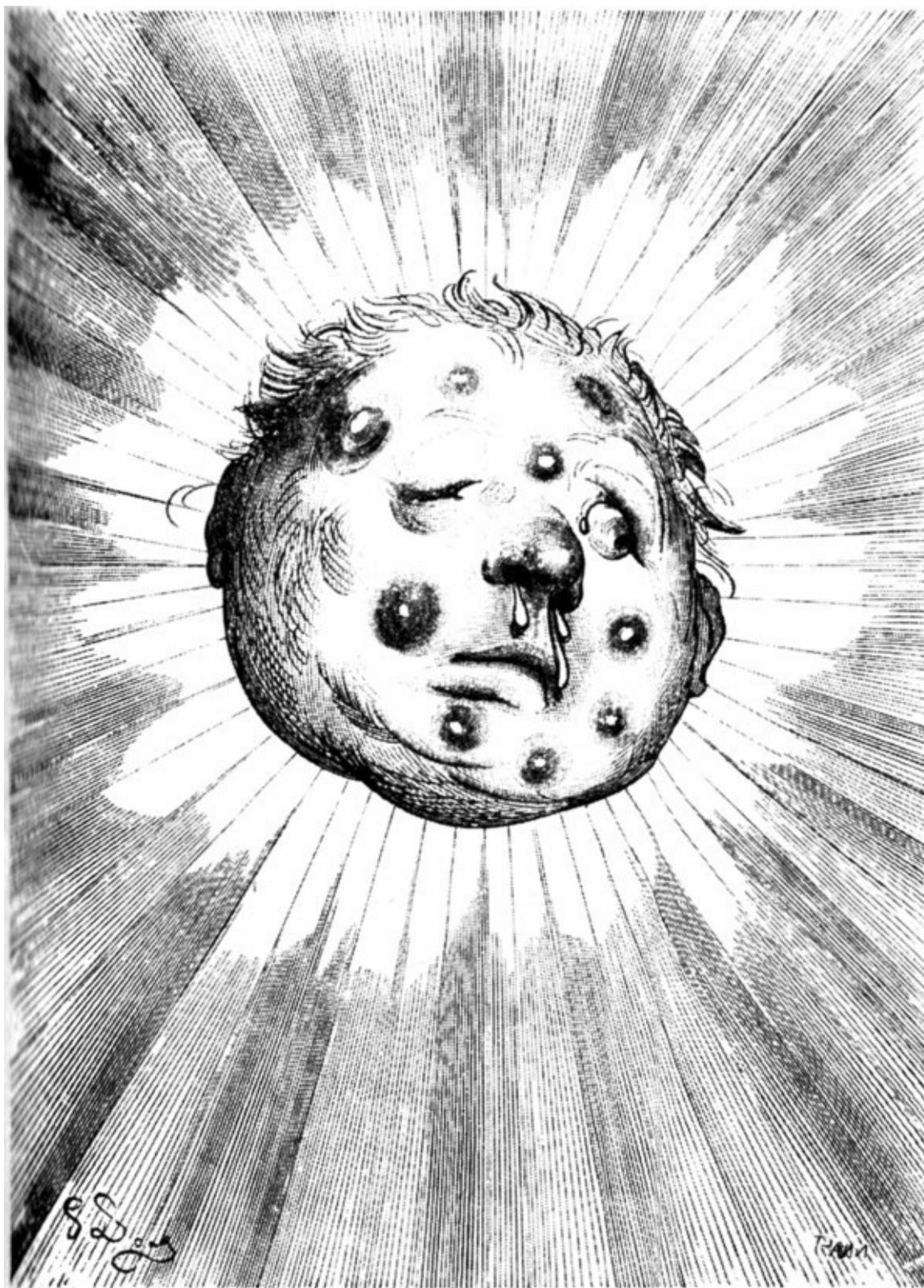


Habiendo aprendido la lección con esa penosa experiencia, comencé entonces a desembarazarme mejor de los osos a los que tanto gustaba atacar a mis abejas y sus colmenas. Unté con miel la lanza de un carro y me quedé al acecho no lejos de allí durante la noche. Sucedió lo que había previsto. Un enorme oso, atraído por el olor de la miel, se acercó y comenzó a lamer el extremo de la lanza tan ávidamente, que se tragó todo el palo, el cual le atravesó gástrico, estómago y vientre hasta salirle por detrás. Cuando estaba así tan ricamente sobre el palo que había lamido, fui hacia él, metí por el agujero delantero de la lanza una estaquilla, cortándole de esa forma al goloso la retirada, y lo dejé allí hasta la mañana siguiente. Esta hazaña casi hizo morir de risa al Gran Sultán, que acertó a pasar por casualidad.



No mucho después, los rusos hicieron las paces con los turcos y yo, con otros prisioneros de guerra, fui devuelto a San Petersburgo. No obstante, me despedí y dejé Rusia en la época de la Gran Revolución^[10], hace unos cuarenta años, pues el Emperador en pañales, con su madre y su padre, el duque de Braunschweig, el mariscal de campo von Münnich y muchos otros fueron enviados a Siberia. Hizo entonces en toda Europa un invierno tan extraordinariamente riguroso, que el sol sufrió al parecer una especie de congelación, que viene padeciendo desde entonces

hasta nuestros días. Por ello, durante el regreso a mi Patria, soporté penalidades muchos mayores que las que había sufrido en mi viaje de ida a Rusia.

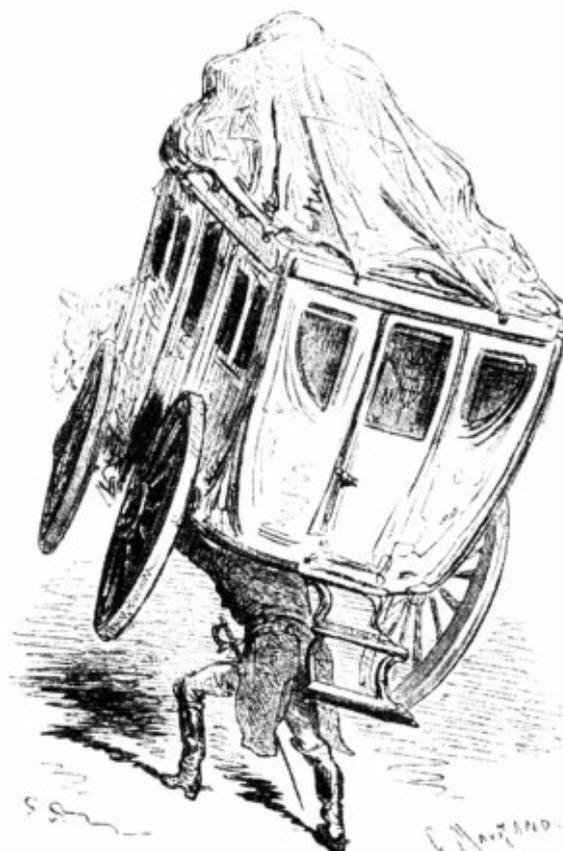


Mi lituano se había quedado en Turquía y tuve que viajar en silla de postas. Como llegásemos a un camino profundo y estrecho entre altos zarzales, le recordé al postillón que tocara su cuerno, a fin de que, en paso tan angosto, no chocáramos con algún otro carruaje que viniera en dirección contraria. El hombre se puso a la faena y

sopló con todas sus fuerzas, pero todos sus intentos fueron vanos.



Ni un solo sonido salió del cuerno, lo que fue para nosotros un misterio y, en realidad, una verdadera desgracia, porque pronto nos encontramos con otro coche que venía en dirección contraria, y resultó absolutamente imposible continuar. Sin embargo, salté del coche y desenganché ante todo los caballos. Luego cogí el carruaje con sus cuatro ruedas y todo el equipaje sobre mis hombros y salté con él el lindero y el seto, de unos nueve pies de altura, hasta el campo situado al otro lado, lo que, teniendo en cuenta el peso del carruaje, no fue ninguna nadería. Mediante un nuevo salto volví al camino, pasando por encima del otro coche.



Luego me apresuré a acudir a donde estaban nuestros caballos, cogí uno bajo cada brazo y los trasladé de la misma forma que antes, es decir, mediante un doble salto

adelante y atrás, los enganché de nuevo y llegué felizmente al final de mi etapa al parador.



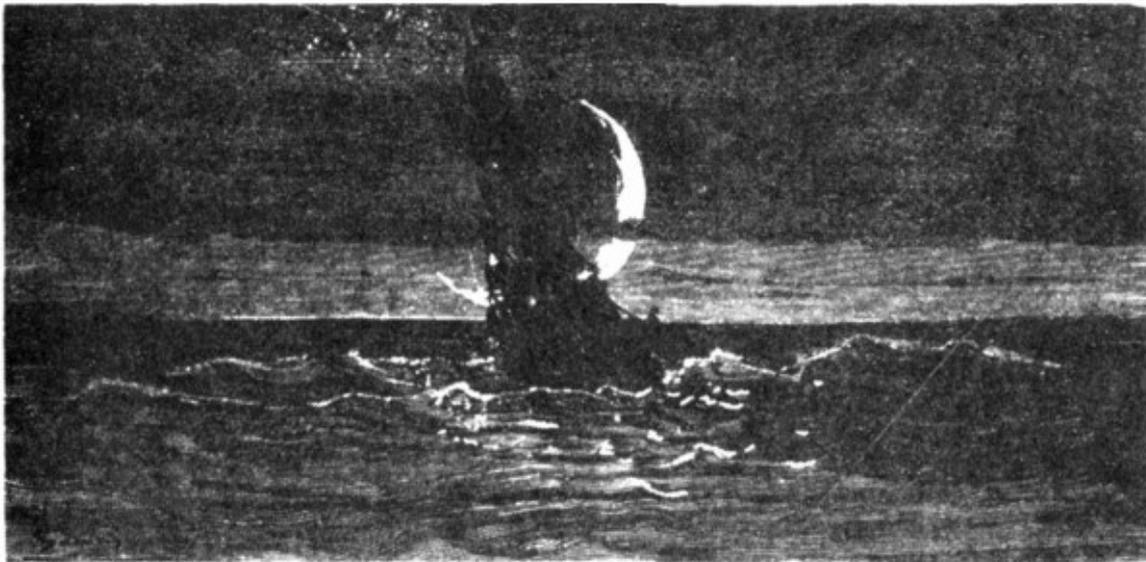
Hubiera tenido que añadir que uno de los caballos, que era fogoso y no había cumplido los cuatro años, quiso organizar jaleo. Cuando di el segundo salto sobre los zarzales, dio a entender, con sus resoplidos y coces, que no le agradaba todo aquel ejercicio violento. No obstante, pronto lo reduje, metiéndole las patas traseras en los bolsillos de mi casaca. En el parador descansamos de nuestra aventura. El postillón colgó su cuerno de un clavo, junto al hogar, y yo me senté enfrente.

¡Escuchad, señores, lo que sucedió! De repente se oyó: ¡Tararí! ¡Tararí! ¡Ti! ¡Ti! Abrimos mucho los ojos y entonces descubrimos la razón de que el postillón no hubiese podido hacer sonar su instrumento. Las notas se habían helado dentro del

cuerno y ahora, a medida que se deshelaban, salían limpias y claras, haciendo honor no pequeño al conductor. De forma que aquel buen hombre nos entretuvo largo rato con las variaciones, más deliciosas, sin llevarse el cuerno a la boca. Pudimos escuchar la Marcha Prusiana... «Sin amor y sin vino»^[11]... «Cuando yo, en mi colada»^[12]... «Ayer noche estuvo el primo Miguel»^[13]... y otras muchas piezas, incluida la crepuscular «Ya callan los bosques»^[14]... Con esta última canción terminó aquel esparcimiento descongelado, lo mismo que yo acabo aquí la historia de mi viaje a Rusia.

Muchos viajeros afirman a veces más cosas de las que, en rigor, son verdaderas. Por eso no es de extrañar que lectores u oyentes se sientan un tanto inclinados al escepticismo. No obstante, si alguno de los presentes dudase de mi veracidad, tendría que compadecerlo sinceramente por su poca fe y rogarle que nos dejara antes de que comience mis aventuras marineras, que son casi más asombrosas aunque no menos auténticas.





CAPÍTULO VI

Primera aventura marina

Ya el primer viaje que hice en mi vida, bastante antes de mi viaje a Rusia del que acabo de narrar algunas cosas notables, fue por mar.

Yo estaba todavía, como solía decirme con voz retumbante mi tío, el coronel de húsares de barba más negra que jamás he visto, en competencia con los gansos y no se había podido decidir aún si la pelusilla rubia de mi barbilla eran brotes de plumón o de una barba, cuando ya el viajar era mi único deseo e ilusión. Como mi padre, por su parte, había pasado muchos de sus años de juventud viajando y, por otra, había amenizado muchas de sus noches de invierno con el relato sincero y escueto de sus aventuras —de las cuales quizá cuente más adelante algunas—, esa tendencia mía puede considerarse con igual razón como innata o como aprendida. En suma, aprovechaba todas las ocasiones que se ofrecían o no se ofrecían para satisfacer, con ruegos y pataletas, mi invencible deseo de ver mundo; por desgracia, inútilmente. Si alguna vez conseguía abrir una pequeña brecha en mi padre, mi madre y mi tía oponían una resistencia tanto más viva y, en pocos minutos, se perdía de nuevo lo que había conseguido con los ataques mejor planeados. Por fin ocurrió que vino a visitarnos uno de nuestros parientes maternos. Pronto me convertí en su favorito: a menudo me decía que yo era un muchacho bueno y despierto, y que haría lo que fuera para ayudarme a satisfacer mi deseo más querido. Su elocuencia fue más eficaz que la mía, y después de objeciones y contraobjeciones, argumentos y refutaciones, se decidió por fin, con indecible alegría por mi parte, que lo acompañaría en su viaje a Ceilán, en donde su tío era gobernador desde hacía muchos años.



Nos hicimos a la vela en Amsterdam con importantes encargos de Su Prepotencia de los Estados de Holanda. Nuestro viaje no tuvo nada de especial, si prescindo de una extraordinaria tormenta. Sin embargo, debo decir algo de ella, por sus maravillosas consecuencias. Se levantó, precisamente, cuando estábamos anclados en una isla para repostar de agua y leña, y se desencadenó con tal violencia, que desarraigó gran número de árboles de enorme espesor y altura y se los llevó por los aires.



A pesar de que algunos de esos árboles pesaban varios centenares de quintales, a causa de la enorme altura —pues estaban por lo menos a cinco millas del suelo— no parecían mayores que las plumitas de pájaro que a veces vuelan por la atmósfera. Con todo, en cuanto el huracán se calmó, cada árbol cayó perpendicularmente en su sitio y echó inmediatamente raíces, de forma que apenas podía apreciarse señal alguna de las devastaciones. Sólo el mayor de ellos fue una excepción. Cuando, por la repentina violencia de la tormenta, fue arrancado a la tierra, un hombre y su mujer se

encontraban en las ramas cogiendo pepinos, que en esa parte del mundo crecen en los árboles.



El matrimonio realizó el viaje aéreo tan tranquilamente como el carnero de Blanchard^[15], pero con su peso hizo que el árbol se desviara en su caída del antiguo lugar y descendiera además en posición horizontal. Ahora bien, como la mayoría de los habitantes de la isla, su benignísimo cacique había abandonado su vivienda a causa de la tormenta, por temor a verse sepultado entre los escombros, e iba a regresar, precisamente, a través del huerto, cuando el árbol cayó vertiginosamente sobre él y, por fortuna, lo dejó muerto en el acto.

—¿Por fortuna?

Sí, sí, por fortuna. Porque, señores, el cacique era, con perdón, el más repugnante de los tiranos, y los habitantes de la isla, incluidas sus favoritas y amantes, las criaturas más desgraciadas que hay bajo la Luna. En sus almacenes se pudrían los víveres, mientras sus súbditos, a quienes había expoliado, se morían de hambre. Su isla no tenía enemigos exteriores que temer; a pesar de ello, el cacique reclutaba a todos los jóvenes, los azotaba con sus propias manos hasta convertirlos en héroes, y vendía de vez en cuando su colección al mejor postor entre los príncipes vecinos, para añadir más millones a los millones de conchas que había heredado de su padre... Nos dijeron que aquellos increíbles principios los había traído de un viaje que hizo al norte, afirmación que, con independencia de todo patriotismo, no podíamos discutir, porque para aquellos isleños un viaje al norte significa tanto una excursión a las Islas Canarias como un paseo hasta Groenlandia; y, por diversas razones, no quisimos pedir una explicación más concreta.



En agradecimiento al gran servicio que, aunque fuera casualmente, había prestado la pareja recolectora de pepinos a sus conciudadanos, éstos la colocaron en el trono vacante. Es verdad que aquellas buenas gentes, en su viaje aéreo, habían llegado tan cerca de la gran luz del mundo que habían perdido la luz de sus ojos y, además, una pequeña parte de su luz interior; a pesar de ello, gobernaron tan laudablemente que, como supimos más tarde, nadie comía pepinos sin decir antes: «Dios guarde a nuestros caciques».



Después de reparar nuestro barco, que había sufrido no poco con aquella tormenta, y de habernos despedido del nuevo monarca y de su consorte, nos hicimos a la vela con viento bastante fuerte y, al cabo de seis semanas, llegamos a Ceilán.

Habían pasado unos quince días desde nuestra llegada, cuando el hijo mayor del Gobernador me hizo la propuesta, que acepté de buen grado, de ir a cazar con él. Mi amigo era un hombre alto y fuerte, acostumbrado a los calores de aquel clima; yo, en cambio, en poco tiempo y con el ejercicio más moderado, me sentí tan exhausto que,

para cuando llegamos a la selva, me había quedado muy atrás.

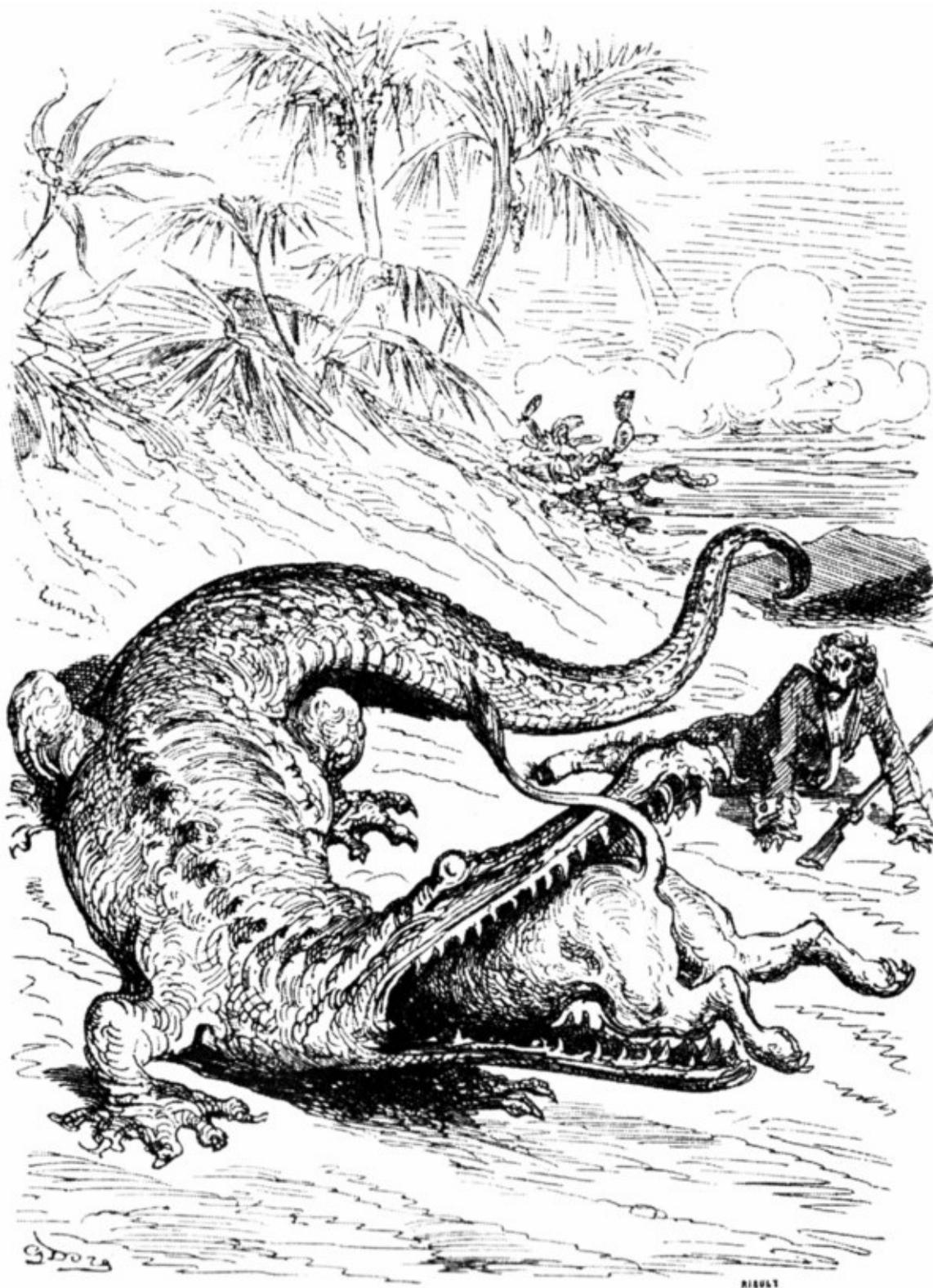


Me disponía a sentarme a orillas de un río caudaloso que había atraído mi atención hacía tiempo, para descansar un poco, cuando de repente, en el camino por el que había venido, escuché un ruido. Miré hacia atrás y me quedé casi petrificado cuando vi un enorme león que se dirigía en línea recta hacia mí, dándome a entender con claridad que iba a dignarse convertir mi pobre cadáver en desayuno, sin pedir siquiera mi consentimiento. Mi escopeta estaba cargada sólo con perdigón para conejos. Ni el tiempo disponible ni mi turbación me dejaron meditar mucho. Sin embargo, me decidí a disparar contra la fiera, con la esperanza de asustarla o de herirla quizá. Pero como, por miedo, no esperé siquiera a tener el león a tiro, éste se enfureció y se lanzó hacia mí con todo su ímpetu. Más por instinto que por reflexión sensata, intenté algo imposible... huir. Me volví y —todavía siento, cuando pienso en ello, un escalofrío en todo el cuerpo— a pocos pasos de mí había un horrible cocodrilo, abriendo ya espantosamente sus mandíbulas para tragárame.



¡Imaginaos, señores, lo terrible de mi situación! Detrás de mí un león, delante un cocodrilo, a mi izquierda un río caudaloso, a mi derecha un precipicio en el que, como luego supe, habitaban las serpientes más venenosas...

Aturdido —lo que no hubiera podido reprocharse ni a un Hércules en tal aprieto — caí al suelo. Los únicos pensamientos que ocupaban mi mente eran la terrible espera de sentir los dientes o las garras de la fiera o caer en las fauces del cocodrilo. Sin embargo, a los pocos segundos oí un ruido fuerte, pero muy extraño. Me atrevo por fin a levantar la cabeza y mirar y —¿qué pensáis?— con indecible alegría veo que el león, por la furia con que se abalanzó en el momento mismo en que yo caía, había saltado sobre mí para ir a parar a las fauces del cocodrilo. La cabeza del uno estaba ahora dentro del gáznate del otro y los dos se esforzaban cuanto podían por soltarse. Inmediatamente me puse en pie de un salto, cogí mi cuchillo de monte y, de un solo tajo, corté la cabeza del león, cuyo tronco cayó estremeciéndose a mis pies. Luego, con la culata de mi fusil, metí su cabeza aún más en el gáznate del cocodrilo, de forma que éste se ahogó lastimosamente.



Poco después de haber logrado esta victoria total sobre dos terribles enemigos, volvió mi amigo para averiguar la causa de mi demora.



Tras mutuas felicitaciones, medimos el cocodrilo y vimos que tenía exactamente cuarenta pies (parisienses^[16]) y siete pulgadas.

En cuanto le contamos al Gobernador aquella extraordinaria aventura, envió un coche con algunas personas e hizo llevar a su palacio a los dos animales. Con la piel del león me hice una bolsa de tabaco repujada, que regalé a unos amigos de Ceilán. Con el resto hice un regalo a nuestro regreso a Holanda al burgomaestre, el cual quiso regalarme a cambio mil ducados, que sólo con esfuerzo pude rehusar.

La piel del cocodrilo fue disecada de la forma habitual y constituye hoy una de las mayores curiosidades del Museo de Amsterdam, donde el guía relata toda la historia a los visitantes. Al hacerlo, desde luego, añade algunos detalles, que en parte atentan gravemente contra la verdad y la verosimilitud. Así suele decir, por ejemplo, que el león saltó a través del cocodrilo y quiso salir por la puerta trasera, cuando Monsieur, el famoso Barón —como le gusta llamarme— le cortó la cabeza que asomaba y, con la cabeza, tres pies de cola al cocodrilo. Éste, agrega a veces el sujeto, no se quedó indiferente ante la pérdida de su cola, se revolvió, arrebató a Monsieur de la mano el cuchillo de caza y se lo tragó con tanta furia que Monsieur pasó a través del corazón

del monstruo, el cual, inmediatamente, cayó muerto.



No necesito deciros, señores, qué desagradable me resulta la desvergüenza de ese bergante. Ante tan evidentes mentiras, las personas que no me conocen se sienten fácilmente inclinadas, en esta escéptica época nuestra, a dudar también de la realidad de mis auténticas hazañas, lo que ofende e insulta a un caballero en alto grado.



CAPÍTULO VII

Segunda aventura marina

En 1776 me embarqué en Portsmouth en un buque de guerra inglés de primera clase, con cien cañones y cuatrocientos hombres, rumbo a América del Norte. Desde luego, podría relatar antes todo lo que me ocurrió en Inglaterra, pero lo guardaré para otra ocasión. Con todo, referiré de pasada algo que me resultó sumamente agradable. Tuve el placer de ver al rey dirigirse con gran pompa al Parlamento en su carroza oficial. Un cochero, con unas barbas extraordinariamente respetables en las que estaba limpiamente recortado el escudo inglés, se sentaba con solemnidad en el pescante y, con su látigo, trazaba en el aire otro emblema tan claro como artístico^[17].



En lo que a nuestro viaje se refiere, no nos ocurrió nada de particular hasta que estuvimos a unas trescientas millas del río San Lorenzo. El buque chocó entonces con fuerza asombrosa contra algo que nos pareció un escollo. Sin embargo, cuando echamos la sonda, no pudimos tocar fondo aún a las quinientas brazas. Lo que hacía el hecho más extraño todavía y casi incomprensible era que perdimos el timón, el bauprés se nos partió en dos, todos nuestros mástiles se abrieron de arriba abajo y dos de ellos cayeron por la borda. Un pobre diablo, que estaba arriba, precisamente, amainando la vela mayor, salió volando por lo menos tres millas de distancia antes de

caer al agua.



Sólo pudo salvar felizmente la vida porque, mientras iba por el aire, se cogió de la cola de un ganso rojo, lo que no sólo suavizó su caída al agua, sino que le permitió también nadar sobre la espalda del ganso o, mejor dicho, entre su cuello y sus alas, hasta que, finalmente, pudo subir a bordo.

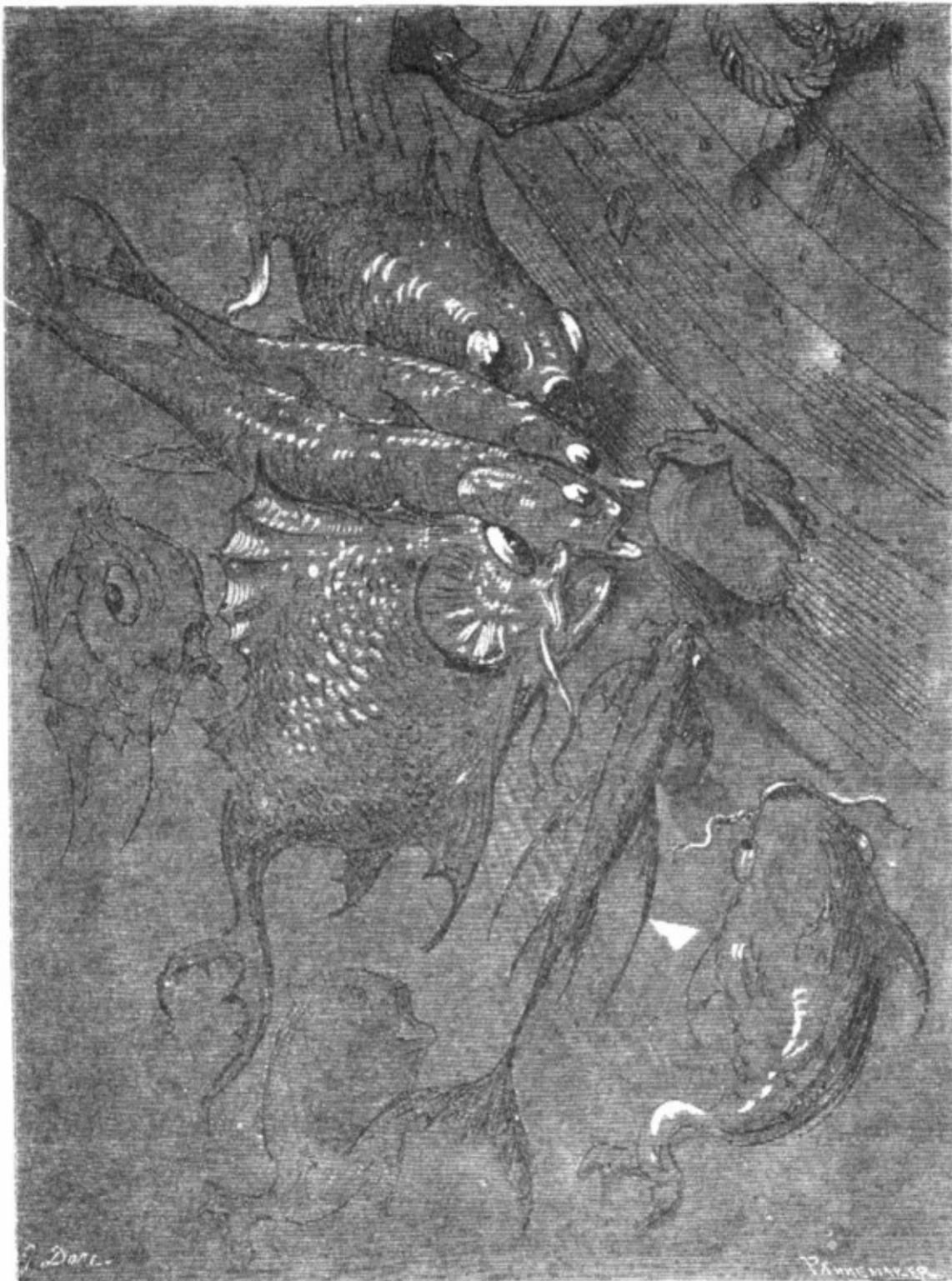


Otra prueba de la violencia del golpe fue que todos los que estaban entre dos puentes se vieron lanzados contra el superior. A mí se me metió así totalmente la cabeza en el estómago, y pasaron muchos meses antes de que mi cabeza recobrase su posición normal. Estábamos además en un estado de asombro y desconcierto general indescriptible, cuando de pronto se aclaró todo por la aparición de una gran ballena, que se había dormido en la superficie del agua mientras tomaba el sol. El monstruo se alegró tan poco de que lo hubiéramos molestado con nuestro barco, que no sólo nos hundió de un coletazo la galería y parte del alcázar, sino que aferró también con sus dientes el ancla principal que, como siempre, estaba atada al timón y remolcó a nuestra nave por lo menos setenta millas, a unas seis millas por hora. Dios sabe hasta dónde hubiéramos sido arrastrados si, afortunadamente, el cable del ancla no se hubiera roto, con lo que la ballena perdió nuestro barco y nosotros nuestra ancla. Sin

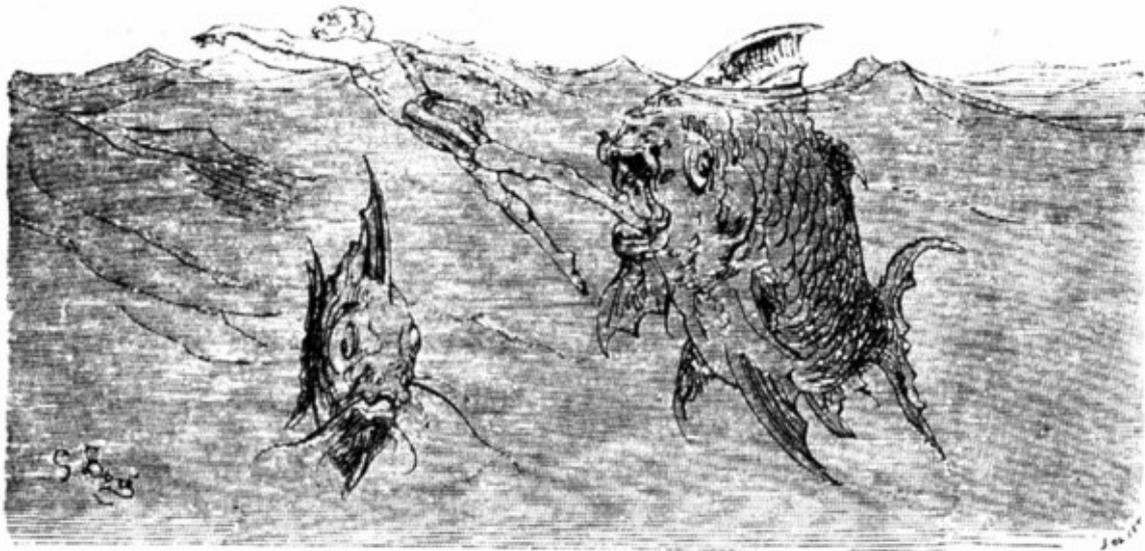
embargo, cuando seis meses más tarde navegábamos hacia Europa, encontramos a la misma ballena, a una distancia de pocas millas del mismo lugar, flotando muerta sobre el agua y, sin mentir, medía por lo menos media milla. Como de un animal tan monstruoso sólo podíamos subir a bordo una pequeña parte, arriamos nuestros botes, le cortamos con grandes dificultades la cabeza y, con gran alegría por nuestra parte, no sólo encontramos nuestra ancla, sino también más de cuarenta brazas de cable que estaban en el lado izquierdo de su boca, en un diente cariado. Esto fue lo único curioso que nos ocurrió en ese viaje. Sin embargo, ¡un momento!



Casi me olvidaba de un contratiempo. En efecto, cuando la primera vez se fue la ballena llevándose al barco, se hizo en éste una grieta y el agua penetró por ella tan violentamente que todas nuestras bombas no hubieran podido mantenernos a flote más de media hora. Por suerte fui yo quien descubrió el daño. Era un gran agujero, de un pie aproximadamente de diámetro. Intenté taponarlo por todos los medios, pero vanamente. Finalmente, salvé a aquel noble buque y a su numerosa dotación gracias a la ocurrencia más feliz del mundo.



Aunque el agujero era tan grande, pude tapanlo con mis partes más sensibles, sin quitarme los calzones; y la verdad es que hubiera podido hacerlo aunque la abertura hubiera sido mucho mayor. No os asombraréis de ello, señores, si os digo que, por ambas líneas, procedo de antepasados holandeses o, cuando menos, westfalenses. Mi situación, mientras me sentaba en la tabla, fue desde luego un poco fresca, pero pronto me vi liberado por la habilidad del carpintero.



CAPÍTULO VIII

Tercera aventura marina

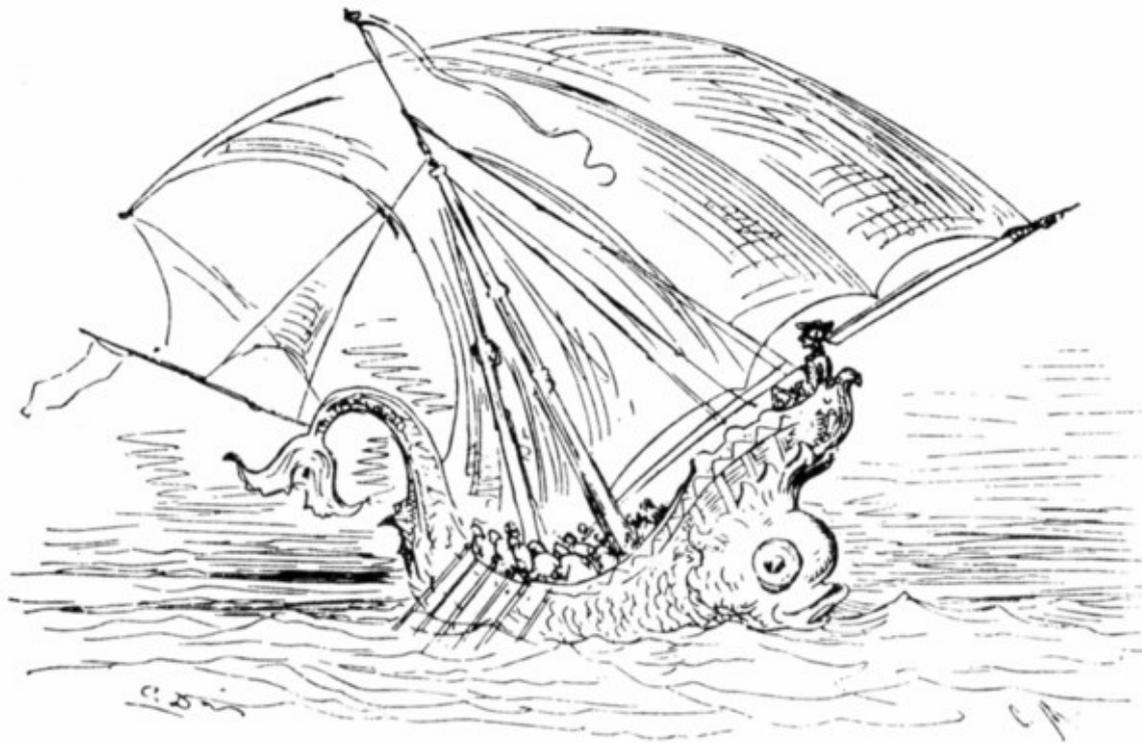
Una vez estuve en grave peligro de morir en el Mediterráneo. Me estaba bañando una tarde de verano no lejos de Marsella en el placentero mar, cuando vi a un gran pez dirigirse hacia mí a gran velocidad con las fauces abiertas. No había tiempo que perder y tampoco podía huir del pez. Inmediatamente, me encogí cuanto pude, recogiendo las piernas y apretando los brazos contra el cuerpo. En esa postura pasé entre las mandíbulas del pez hasta llegar a su estómago. Allí, como puede imaginarse fácilmente, estuve algún tiempo en oscuridad total pero, sin embargo, con un calorcito nada desagradable. El pez iba sintiendo poco a poco pesadez de estómago, y se hubiera librado de mí de buena gana. Como no me faltaba espacio, le gasté algunas jugarretas dando paseos y zancadas, saltos y volteretas. Sin embargo, nada parecía inquietarlo tanto como el rápido movimiento de mis pies cuando intentaba bailar una danza escocesa. Bramaba terriblemente y sacaba del agua verticalmente casi la mitad del cuerpo. Mientras lo hacía fue descubierto por la tripulación de un mercante italiano que pasaba y, en pocos minutos, fue muerto a arponazos. En cuanto lo izaron a bordo, oí a la tripulación deliberar sobre cómo debían cortarlo para obtener la mayor cantidad posible de grasa. Como entendía italiano, me entró un miedo horrible de que sus cuchillos pudieran cortarme a mí también. Por eso me situé en la medida de lo posible en el centro del estómago, donde había sitio suficiente para más de una docena de hombres, porque podía imaginarme que empezarían por los extremos. Mi miedo se disipó pronto cuando comenzaron a abrir el bajo vientre. En cuanto vislumbré un rayo de luz, les grité a todo pulmón lo agradable que me era verlos y ser liberado por ellos de una situación en que casi me había sofocado. No es posible

describir con suficiente viveza el asombro que se pintó en todos los rostros cuando oyeron una voz de hombre salir de un pez. Ese asombro creció, naturalmente, cuando vieron a un hombre desnudo, hecho y derecho, saltar afuera. En pocas palabras, señores, les conté todo lo ocurrido lo mismo que os lo he contado a vosotros ahora, con lo que se quedaron admiradísimos.



Después de tomar algún refrigerio y de meterme en el mar para lavarme, nadé hasta donde estaba mi ropa, que encontré en la orilla tal como la había dejado. En la

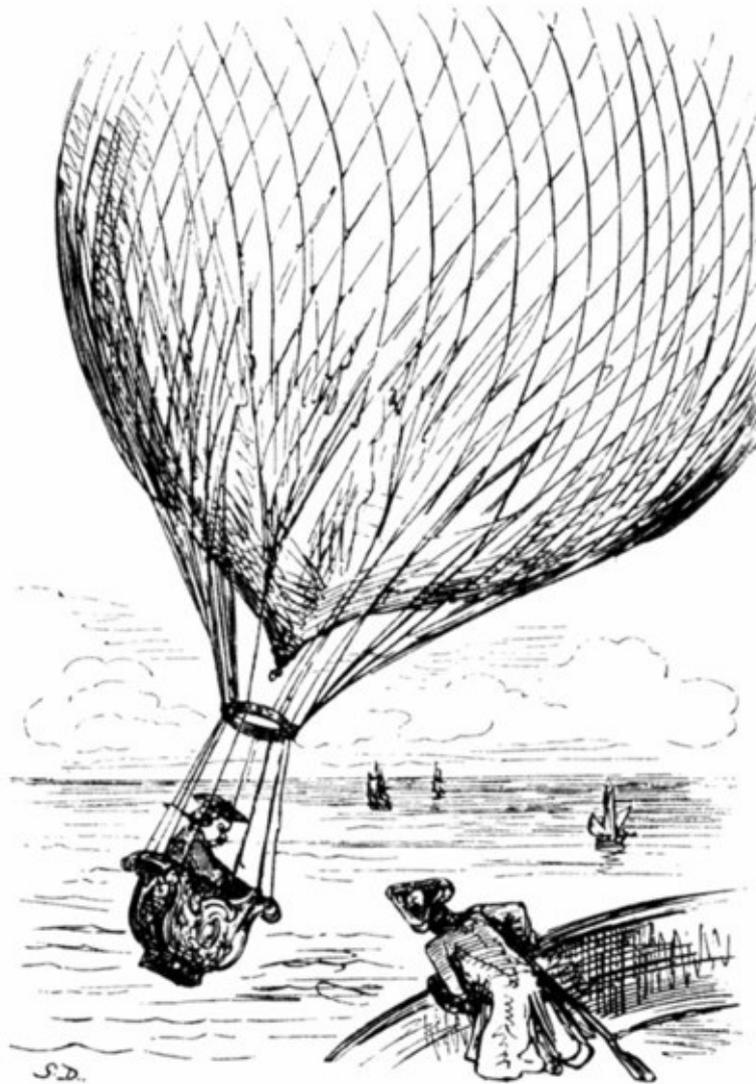
medida en que puedo calcularlo, estuve unas tres horas y media encerrado en el estómago de aquella bestia.



CAPÍTULO IX

Cuarta aventura marina

Cuando estaba todavía al servicio de los turcos, navegaba a menudo en una embarcación de recreo por el mar de Mármara, desde donde se disfruta de una magnífica vista de toda Constantinopla, incluido el Serrallo del Gran Sultán. Una mañana, mientras contemplaba la belleza y serenidad del cielo, descubrí un objeto redondo, aproximadamente del tamaño de una bola de billar, del que colgaba otra cosa. Cogí enseguida mi escopeta más larga y mejor, sin la cual, si puedo evitarlo, jamás salgo de casa ni emprendo un viaje, la cargué con bala y disparé contra aquel objeto redondo; fue en vano. Repetí el disparo con dos balas, pero no conseguí nada. Sólo el tercer disparo, con cuatro o cinco balas, le hizo un agujero en un lado, obligando a descender al objeto. Imaginaos mi sorpresa cuando una barquilla bellamente dorada, colgada de un globo enorme, de mayores proporciones que la mayor de las cúpulas, cayó a unas dos brazas de mi embarcación. En la barquilla había un hombre y media oveja, al parecer asada. En cuanto me repuse del primer asombro, rodeé de cerca con mis gentes a aquel extraño grupo.



De los bolsillos del hombre, que parecía francés y lo era, colgaban magníficas cadenas de reloj con dijes, en los que, según me pareció, estaban pintados importantes caballeros y damas. De cada ojal le colgaba una medalla de oro, por lo menos de cien ducados, y en cada uno de sus dedos llevaba un costoso anillo de brillantes. Los bolsillos de su casaca estaban llenos de bolsas repletas de oro, que casi le hacían perder el equilibrio. Dios santo, pensé, ese hombre debe de haber prestado a la especie humana servicios extraordinariamente importantes, para que esos grandes caballeros y damas, en contra de su natural tacaño hoy tan común, lo hayan cargado así con lo que parecen regalos^[18].



Con todo, él se encontraba tan afectado por lo ocurrido, que apenas podía articular palabra. Transcurrido algún tiempo se tranquilizó y me hizo el siguiente relato. «Ese vehículo aéreo no tengo yo inteligencia ni conocimientos para inventarlo, pero sí el atrevimiento suficiente, de gimnasta y equilibrista, para subirme a él y viajar repetidas veces por los aires. Hará unos siete u ocho días —porque he perdido la cuenta— ascendí con él por el aire en la punta de Cornualles, en Inglaterra, llevando conmigo una oveja para hacer experiencias ante los ojos de muchos miles de mirones. Desgraciadamente, el viento giró diez minutos después de mi ascensión y, en lugar de empujarme hacia Exeter, donde tenía la intención de aterrizar, me vi arrastrado hacia el mar, sobre el que seguramente he estado flotando desde entonces a una altura inconmensurable.



»Fue una suerte que no hubiera realizado mis experimentos con la oveja. Porque al tercer día de mi expedición aérea tenía tanta hambre que me vi obligado a sacrificar al animal. Como estaba infinitamente por encima de la Luna y, después de otras dieciséis horas de viaje, llegué, finalmente, tan cerca del sol que me chamusqué las cejas, puse a la oveja muerta, tras haberla desollado, en el lugar de la barquilla en que el sol era más fuerte o, en otras palabras, donde el globo no arrojaba sombra alguna, con lo que aproximadamente en un cuarto de hora estuvo totalmente asada. De ese asado he vivido hasta ahora».

Entonces el hombre calló y pareció sumergirse en la contemplación de las cosas que le rodeaban. Cuando le dije que los edificios que había enfrente eran el Serrallo del Gran Señor de Constantinopla, pareció extraordinariamente desconcertado, porque creía encontrarse en un lugar muy distinto. «La causa de mi largo viaje — añadió por fin— fue que se me rompió un cable sujeto a una válvula del globo que servía para dejar salir el aire inflamable. Si no hubierais disparado contra el globo, desgarrándolo, habría flotado como Mahoma^[19] hasta el Día del Juicio, entre el cielo y la tierra». La barquilla se la regaló generosamente a uno de mis marineros que estaba al timón. La oveja asada la tiró al mar. En cuanto al globo, se había hecho pedazos al caer, por los destrozos que yo le había causado.



CAPÍTULO X

Quinta aventura marina

Como todavía tenemos tiempo, señores, para acabar una nueva botella, quiero contaros otro suceso muy extraño que me ocurrió pocos meses antes de mi último regreso a Europa. El Gran Señor, al que había sido presentado por los embajadores romano, ruso, imperial y francés, se sirvió de mí para un asunto de gran importancia en El Cairo, que era preciso resolver de forma que quedara secreto para siempre jamás.

Salí con mucho boato y una numerosa escolta hacia el país. En el camino, tuve oportunidad de aumentar mi servidumbre con algunos sujetos muy útiles. Porque apenas me había alejado unas millas de Constantinopla vi a un hombrecillo pequeño y enjuto correr a gran velocidad campo a través, llevando en cada pierna un peso de plomo de unas cincuenta libras. Lleno de asombro, lo llamé y le pregunté: «¿A dónde vas tan aprisa, amigo? ¿Y por qué entorpeces tu carrera con esos pesos?»... «Vengo corriendo desde hace media hora de Viena —repuso el corredor—, donde hasta ahora estaba al servicio de un distinguido señor, del que hoy me he despedido. Tengo la intención de ir a Constantinopla para dedicarme a lo mismo. Con los pesos de mis piernas pretendo reducir un tanto mi velocidad, que no me es necesaria ahora. Porque, como solía decir en otro tiempo mi preceptor, “*moderata durant*”»... Aquel Azael^[20] no me disgustó; le pregunté si quería entrar a mi servicio y se mostró dispuesto a ello. Seguimos adelante, a través de muchas ciudades y muchas tierras.



No lejos del camino, en una hermosa pradera, había un hombre echado e inmóvil como si durmiera. Pero no dormía. Antes bien, apoyaba la oreja contra el suelo con tanta atención como si hubiera querido escuchar a los habitantes del último infierno... «¿Qué escuchas, amigo?»... «Oigo, para matar el tiempo, a la hierba escuchando cómo crece»... «¿Puedes hacer eso?»... «¡Eso no es nada!»... «Entra a mi servicio, amigo, ¡quién sabe lo que habrá que oír alguna vez!»... El hombre se puso en pie de un salto y me siguió. No lejos de allí, sobre una colina, había un cazador, que apuntó con su escopeta y disparó contra el cielo azul y limpio... «¡Buena suerte, buena suerte, señor cazador! Pero ¿contra qué disparas? No veo otra cosa que un cielo azul y limpio»... «Oh, sólo estoy probando esta nueva Kuchenreuter^[21]. Ahí en la punta de la catedral de Estrasburgo, había un gorrión, que acabo de derribar». Quien conozca mi pasión por el noble arte de la caza y la fusilería no se maravillará de que, inmediatamente, abrazase a aquel insuperable tirador. No hace falta decir que tampoco escatimé esfuerzos para tomarlo a mi servicio. Proseguimos después a través de muchas ciudades y muchas tierras, y finalmente llegamos al monte Líbano.



Allí, junto a un gran bosque de cedros, había un hombre vigoroso y corpulento que tiraba de una cuerda anudada en torno al bosque entero. «¿Qué estás haciendo, amigo?», le pregunté al tipo... «Oh, tengo que cortar madera y me he olvidado el hacha en casa. De manera que he de arreglármelas como pueda». Y diciendo esto, de un solo tirón, arrancó ante mis ojos todo el bosque de una milla cuadrada, como si se tratase de un haz de juncos. Es fácil adivinar lo que hice. No habría dejado marchar a aquel mozo aunque me hubiese costado todo mi sueldo de embajador.



Cuando continué el camino y puse el pie por fin en suelo egipcio, se desencadenó una tormenta tan formidable que, con todos mis carruajes, caballos y escolta, temí verme barrido y arrastrado por los aires. A la izquierda del camino había siete

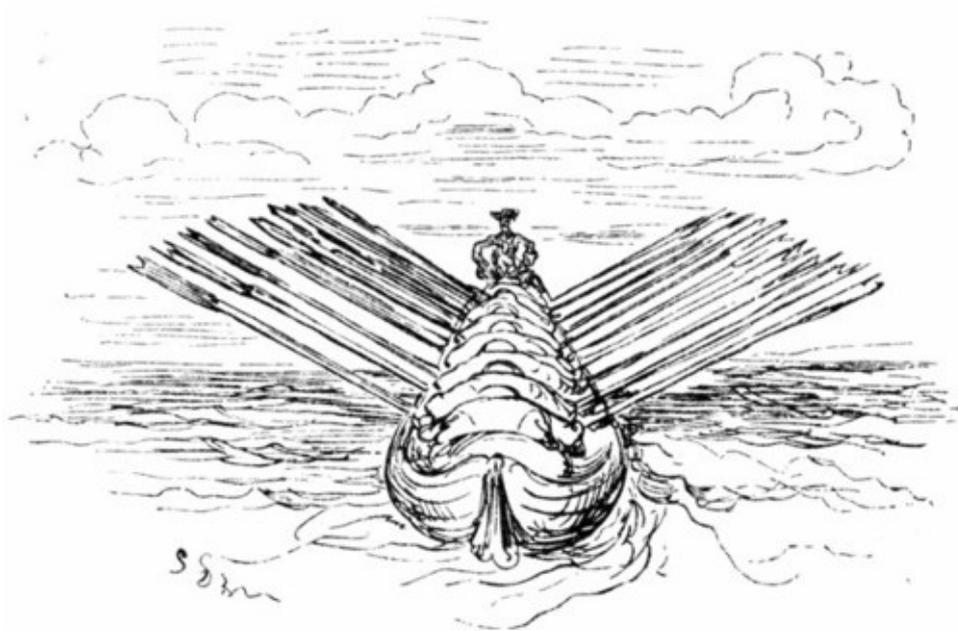
molinos de viento en hilera, cuyas aspas daban vueltas alrededor de su eje tan rápidamente como la rueca de la hilandera más veloz. No lejos de allí, a la derecha, había un tipo de la corpulencia de Sir John Falstaff^[22], que se tapaba con el índice el agujero derecho de la nariz. Tan pronto como se dio cuenta de nuestro apuro y nos vio agitarnos penosamente en aquel huracán, se dio media vuelta, nos dio cara y se quitó el sombrero respetuosamente, como un mosquetero ante su señor. Inmediatamente dejó de soplar el viento y los siete molinos quedaron de pronto inmóviles. Asombrado por aquello, que no parecía natural, le grité al monstruo: «Muchacho, ¿qué es esto? ¿Tienes el diablo en el cuerpo o eres el diablo en persona?»... «¡Mil perdones, Excelencia! —respondió el hombre—. Sólo estoy dando un poco de viento al molinero, mi señor. Para no hacer volar por los aires los siete molinos, tengo que taparme una ventana de la nariz»...



¡Admirable sujeto!, pensé para mis adentros. Este hombre te puede ser útil cuando un día vuelvas a casa y te falte resuello para contar todas las cosas extraordinarias que has encontrado en tus viajes por tierras y mares. El soplador dejó sus molinos y me siguió.



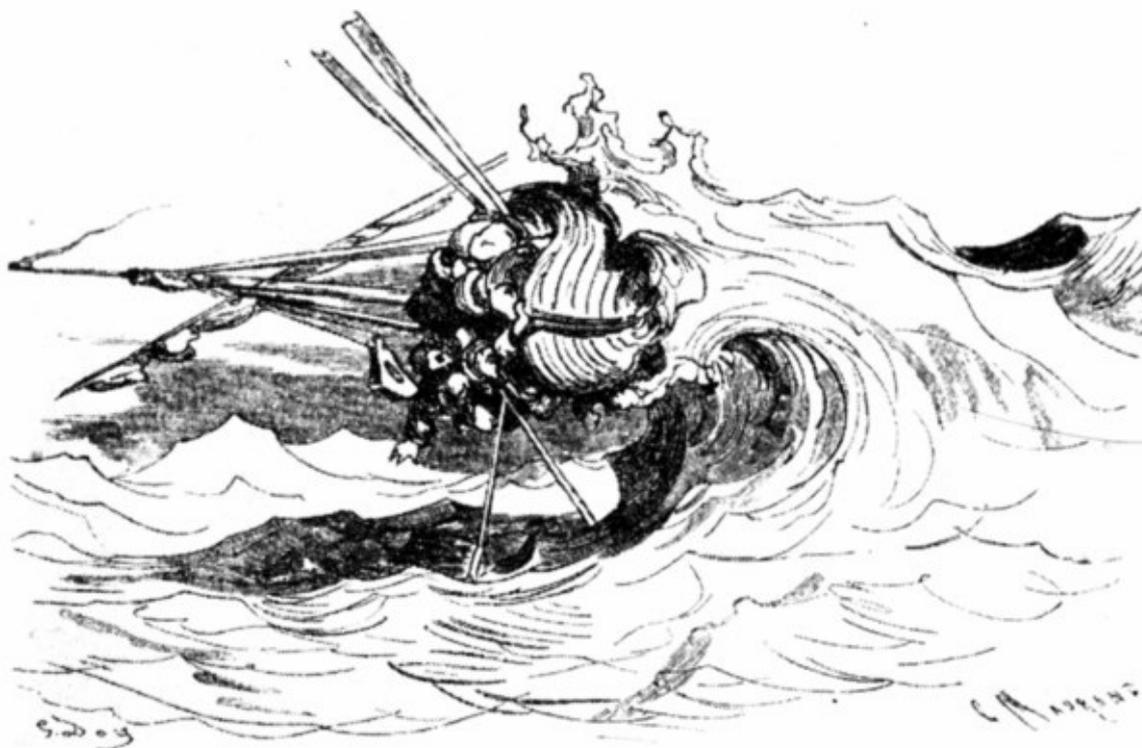
Entretanto llegó el momento de llegar a El Cairo. En cuanto hube cumplido allí mi misión, quise despedir a todo mi inútil séquito de funcionarios, con excepción de los útiles servidores que acababa de adquirir, y regresar con éstos como simple particular.



Como el tiempo era espléndido y el famoso río Nilo tan atrayente que desafiaba cualquier descripción, sentí la tentación de alquilar una embarcación y dirigirme a Alejandría por agua. Seguramente, señores, habréis oído hablar más de una vez de las inundaciones anuales del Nilo.

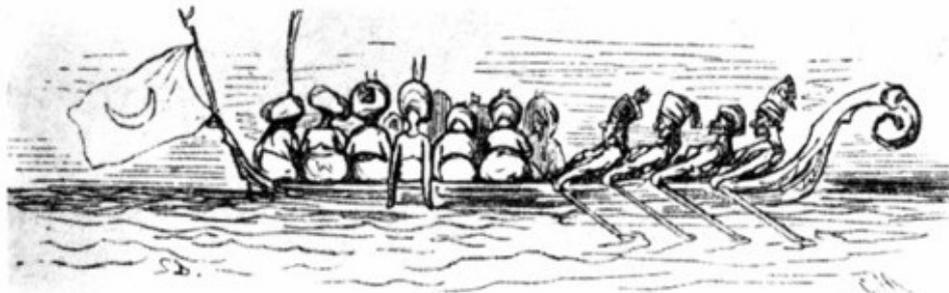


Al tercer día, efectivamente, comenzó a subir de una forma desaforada y, al día siguiente, todo el país estaba inundado a derecha e izquierda, en una distancia de muchas millas a lo largo y a lo ancho. Al quinto día, después de la puesta de sol, mi embarcación se enredó de pronto en algo que tomé por ramas y arbustos. Sin embargo, en cuanto amaneció al día siguiente, me encontré rodeado por todas partes de almendras, perfectamente maduras y excelentes. Cuando echamos la sonda, resultó que estábamos flotando por lo menos a sesenta pies sobre el suelo, sin poder avanzar ni retroceder.



Aproximadamente a las ocho o las nueve, en la medida en que podía juzgarlo por la altura del sol, se levantó un viento repentino que volcó nuestra embarcación. Ésta comenzó a hacer agua, se hundió y, en mucho tiempo, no volví a oír ni ver nada de ella, como pronto sabréis. Por fortuna, todos —ocho hombres y dos muchachos— nos salvamos agarrándonos a los árboles, cuyas ramas podían soportarnos pero no

soportar el peso de nuestra barca.



En esa situación pasamos tres semanas y tres días, viviendo sólo de almendras. No hace falta decir que el agua no nos faltaba. Al vigésimo primer día de nuestra desgracia las aguas bajaron tan aprisa como habían subido, y al vigésimo sexto pudimos poner otra vez el pie en *terra firma*.



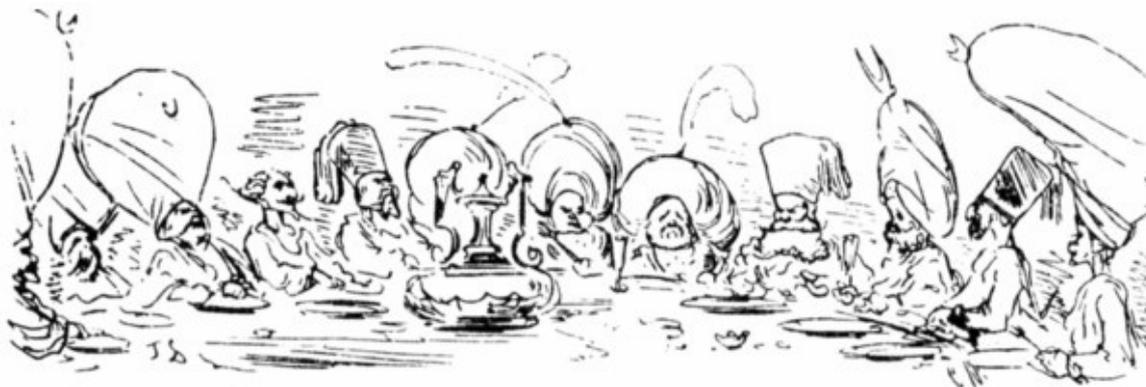
Nuestra embarcación fue la primera cosa agradable que divisamos. Estaba a unas doscientas brazas del lugar en que se había hundido. Cuando hubimos secado al sol todo lo que nos podía ser útil o necesario, nos abastecimos de lo imprescindible con las provisiones de nuestro barco y nos dispusimos a reanudar el camino perdido. Tras hacer los cálculos más exactos posibles, resultó que habíamos sido arrastrados unas ciento cincuenta millas sobre tapias de huertas y toda clase de vallados. En siete días llegamos al río, que corría nuevamente por su lecho, y le contamos nuestra aventura a un bey. Éste, caritativamente, atendió a todas nuestras necesidades y nos hizo proseguir el viaje en una de sus propias embarcaciones. En unos seis días más llegamos a Alejandría, en donde nos embarcamos hacia Constantinopla. Fui muy afablemente acogido por el Gran Señor y tuve el honor de visitar su harén, donde Su

Alteza tuvo a bien introducirme y ofrecerme tantas damas, incluidas sus propias esposas, como quisiera elegir para mi placer.



No quiero fanfarronear con mis aventuras amorosas, por lo que os deseo a todos, señores, un agradable descanso.





CAPÍTULO XI

Sexta aventura marina

Después de terminar la historia del viaje a Egipto, el Barón quiso levantarse e irse a la cama, precisamente cuando la atención relajada de sus oyentes se había puesto otra vez en tensión, al oír mencionar el harén del Gran Señor. Hubieran escuchado con mucho agrado algo más sobre tal harén. Sin embargo, como el Barón no quería dejarse arrastrar a ello y, al mismo tiempo, tampoco quería negarse del todo al despierto auditorio que lo acosaba, contó algunas historias sobre su notable servidumbre, continuando así su relato:

Desde mi viaje a Egipto, yo lo era todo para el Gran Sultán. Su Alteza no podía vivir sin mí y me rogaba que comiese y cenase con él a diario. Tengo que reconocer, señores, que el Emperador turco es, entre todos los potentados de la Tierra, el de mesa más delicada. Sin embargo, esto se aplica a la comida mas no a la bebida, ya que, como sabéis, la ley de Mahoma prohíbe el vino a sus seguidores. Por ello, en público, hay que renunciar a un buen vaso de vino en una mesa turca. Ahora bien, lo que no pasa en ella abiertamente, no es raro que ocurra en secreto y, a pesar de la prohibición, muchos turcos conocen tan bien como el mejor prelado alemán el sabor de un buen vaso de vino. Ése era el caso de Su Alteza turca. En la mesa abierta, en la que normalmente comía (como parte de su sueldo) el superintendente general, es decir, el Mufti, y tenía que rezar antes de la comida el «todos los ojos»^[23] y, después, la acción de gracias... no se pensaba siquiera en el «vi» ni en el «no».



Una vez levantada la mesa, sin embargo, aguardaba a Su Alteza, generalmente en su gabinete, una buena botellita. Un día, el Gran Sultán me hizo un disimulado guiño amistoso para que lo siguiese a su gabinete. Apenas nos habíamos encerrado en él, sacó de un armarito una botella y dijo: «Münchhausen, sé que vosotros, los cristianos, sabéis apreciar un buen vaso de vino. Me queda una sola botellita de *tokai*. Tan exquisito no lo habéis probado en vuestra vida». Diciendo esto, Su Alteza me sirvió y se sirvió a sí mismo un vaso, chocándolo luego con el mío... «¿Eh, qué decís? ¿No es verdad? ¿No es algo superexquisito?»...



«El vinillo no está mal, Alteza —respondí yo—, pero, con vuestra venia, he de

decir que en Viena, con el augusto emperador Carlos VI^[24], lo he bebido mucho mejor»... «¡Amigo Münchhausen, respeto vuestra palabra! Pero es imposible que haya otro *tokai* mejor. Recibí esta botellita de un caballero húngaro, que me dijo que era rarísima»... «¡Una broma, Alteza! De un *tokai* a otro hay gran diferencia. Los húngaros no suelen excederse en sus regalos. ¿Qué os apostáis a que, en el plazo de una hora, directamente y sin intermediarios, os consigo de las bodegas imperiales una botella de *tokai* que os parecerá muy distinto?»...



«Münchhausen, creo que desvariáis»... «No desvarío. Directamente, de la bodega del Emperador en Viena, os conseguiré en una hora una botella de *tokai* muy distinto de este vinillo peleón»... «¡Münchhausen, Münchhausen! Os queréis burlar de mí y eso no lo consiento. Por lo demás, sé que sois hombre generalmente veraz, pero... casi pensaría que estáis balandroneando»... «¡Nada de eso, Alteza! Hagamos la prueba. Si no cumplo mi palabra —pues soy enemigo jurado de toda fanfarronada— Vuestra Alteza me hace cortar la cabeza. Sin embargo, mi cabeza no es grano de anís. ¿Qué ofrecéis a cambio?»...



«¡Está bien! Os tomo la palabra. Si al sonar las cuatro no está aquí la botella de *tokai*, os costará la cabeza sin remisión. No dejo que me tome el pelo ni mi mejor amigo. Sin embargo, si cumplís lo prometido, podréis sacar de mi cámara del tesoro tanto oro, plata, perlas y piedras preciosas como pueda transportar el mozo más robusto»... «¡Sea en buen hora!», respondí yo, pedí pluma y tintero y le escribí a la

Reina y Emperatriz María Teresa el siguiente billete: «Vuestra Majestad, como heredera universal, habrá heredado también, sin duda, la bodega de Vuestro Augusto Señor Padre. ¿Podría suplicaros que, con el portador de la presente, me enviarais una botella de ese *tokai* que a menudo he bebido con Vuestro Padre? ¡Sólo del mejor! Pues se trata de una apuesta. Os corresponderé cuando pueda y, por lo demás, me reitero, etcétera».



Como eran ya las tres y cinco, le di el billete enseguida, directamente, a mi criado corredor, para que se quitara los pesos de los pies y se dirigiera inmediatamente a Viena. Luego, el Gran Sultán y yo nos bebimos el resto de su botella, en espera de otra mejor. Dio el cuarto, dio la media, dieron los tres cuartos y no se oía ni veía a nadie. Paulatinamente, lo confieso, empecé a sentir algo de sofoco, porque me pareció que Su Alteza miraba de cuando en cuando el cordón de la campanilla para llamar al verdugo. Es verdad que me dio permiso para dar un paseo por el jardín y tomar aire fresco, pero me siguieron unos genios obedientes que no me perdían de vista.



Con ese miedo, y cuando la aguja señalaba ya cincuenta y cinco minutos, envié a buscar rápidamente a mi escucha y a mi tirador. Vinieron sin demora, y el escucha se tendió en el suelo para oír si mi corredor llegaba de una vez. Con espanto no pequeño por mi parte me comunicó que el tunante se encontraba en algún lado, lejos de allí, sumido en el más profundo de los sueños y roncando con todas sus fuerzas. Apenas hubo oído eso mi buen tirador, corrió a una terraza un tanto elevada y, poniéndose de puntillas, exclamó apresuradamente: «¡Por mi vida! El muy haragán está echado bajo

una encina en Belgrado, con la botella junto a él. ¡Espera! Que te voy a hacer cosquillas»... Y diciendo esto se echó a la cara sin tardanza su Kuchenreuter y disparó toda su carga contra la copa del árbol. Una granizada de bellotas, ramas y hojas cayó sobre el durmiente, lo despertó y, como temía haber dormido demasiado, le hizo mover las piernas tan aprisa que, con su botella y un billete de puño y letra de María Teresa, llegó a las tres cincuenta y nueve minutos al gabinete del Sultán. ¡Qué júbilo! ¡Ay, cómo se relamía el Grandísimo Sibarita!...



«Münchhausen —me dijo— no lo toméis a mal si me guardo esta botella para mí solo. Vos sois mejor visto en Viena que yo y podréis conseguir más»... Diciendo esto, encerró la botella en su armarito, se guardó la llave en el bolsillo del pantalón e hizo sonar la campanilla para llamar a su tesorero... ¡Qué argentino sonido tan agradable a mis oídos!... «Ahora os tengo que pagar la apuesta... ¡Oíd! —le dijo al tesorero que entraba en la estancia—. Dejad que mi amigo Münchhausen saque de la cámara del tesoro todo lo que el hombre más fuerte pueda transportar». El tesorero se inclinó ante su señor hasta dar con la nariz en el suelo, y a mí me sacudió el Gran Sultán muy cordialmente la mano, dejándonos marchar.



Como podéis imaginaros, señores, no tardé ni un momento en hacer efectiva la orden de pago: hice llamar a mi forzudo, con su larga sogá de cáñamo, y me dirigí a la cámara del tesoro. Lo que dejó allí mi hombre fuerte, después de liar su fardo, no tendríais mucho interés en cogerlo. Me dirigí con mi botín al puerto, fleté el mayor buque mercante que pude encontrar y, bien cargado, me hice a la vela con toda mi servidumbre, a fin de poner a salvo mi presa antes de que ocurriera algún contratiempo. Lo que temía sucedió.



El tesorero había dejado abiertas las puertas de par en par —evidentemente, no era muy necesario cerrarlas—, había corrido a todo correr al Gran Sultán y le había informado debidamente de lo bien que había cumplido su orden. Aquello había alterado no poco al Gran Sultán, y el pesar por su precipitación no tardó. Había ordenado enseguida al Gran Almirante que me persiguiera apresuradamente con toda su flota y me hiciera comprender que aquello no era lo apostado.



Por ello, cuando todavía no me había adentrado dos millas en el mar, vi a toda la flota de guerra turca venir hacia mí a toda vela, y debo confesar que mi cabeza, que apenas se había reafirmado un tanto en su sitio, comenzó a tambalearse otra vez. Sin embargo, mi soplador, que andaba por allí, dijo: «¡No tema Vuestra Excelencia!». Luego se dirigió al puente de popa de mi barco, se situó de modo que una de las ventanas de su nariz apuntase hacia la flota turca y la otra a nuestras velas, y sopló con tal fuerza, que no sólo hizo retroceder a la flota —no mal provista de mástiles, velas y jarcias— hasta el puerto, sino que también mi barco, en pocas horas, fue felizmente empujado hasta Italia.



Mi tesoro, sin embargo, me aprovechó muy poco. Porque en Italia, a pesar de la

apología del señor bibliotecario Jagemann de Weimar^[25], la pobreza y la mendicidad son tan grandes y la policía tan pésima que, por de pronto —quizá porque soy un alma demasiado bondadosa—, tuve que dar la mayor parte a los mendigos callejeros. El resto, sin embargo, me lo robó en mi viaje a Roma, en la santa campiña de Loreto, una banda de salteadores de caminos. La conciencia no debe de haberles remordido mucho a aquellos caballeros. Porque su botín fue aún tan considerable que, a cambio de la milésima parte, aquella honesta gente hubiera podido comprar para sí, sus herederos y los herederos de sus herederos la remisión de todos sus pecados pasados y futuros, en la mejor y más acreditada casa de Roma...



No obstante, señores, es realmente mi hora de dormir. ¡Que descanséis!





CAPÍTULO XII

Séptima aventura marina, con la historia auténtica de un compañero de batallas, que hizo su aparición como narrador al marcharse el Barón

Al concluir la anterior aventura, el Barón no se dejó entretener más sino que se fue realmente, dejando a la concurrencia del mejor humor. Sin embargo, antes prometió contarles en la primera ocasión propicia las aventuras de su padre, que sus oyentes esperaban con impaciencia, junto con otras muchas anécdotas curiosas.

Cuando cada uno a su manera comentaba la charla que el Barón acababa de dar, uno de los asistentes, compañero de batallas del Barón, a quien había acompañado en su viaje a Turquía, observó que no lejos de Constantinopla podía verse una enorme pieza de artillería, mencionada especialmente en sus *Curiosidades*, recientemente publicadas, por el Barón Tott^[26]. Lo que dijo, tal como lo recuerdo, fue lo siguiente: «Los turcos habían situado no lejos de la ciudad, sobre la ciudadela, a orillas del famoso Simoenta^[27], una gran pieza de artillería. Estaba totalmente fundida en cobre y disparaba unas bolas de mármol de, por lo menos, mil cien libras de peso. Yo tenía muchas ganas de dispararla, dice Tott, sólo para poder juzgar debidamente su eficacia. Todos los que me rodeaban temblaban y se estremecían, porque tenían por seguro que castillo y ciudad se derrumbarían al hacerlo. Por fin cedió un tanto el miedo, y recibí autorización para disparar la pieza. Para ello hicieron falta no menos de trescientas treinta libras de pólvora, y la bala, como antes dije, pesaba mil cien libras. Cuando el artillero se aproximó con la mecha, la multitud que me rodeaba retrocedió cuanto pudo. A duras penas convencí al Bajá, que se acercó preocupado, de que no había ningún peligro. Hasta al artillero, que debía disparar siguiendo mis instrucciones, le latía fuertemente el corazón. Yo ocupé mi puesto en un murillo de

fortificación situado detrás de la pieza, di la señal y sentí una sacudida como la de un terremoto. A una distancia de trescientas brazas, la bala se rompió en tres pedazos; éstos volaron sobre el estrecho y rebotaron en el agua contra la montaña de enfrente, llenando de espuma el canal en toda su anchura».

Esto es, señores, en la medida en que lo recuerdo, lo que dice el Barón Tott sobre el mayor cañón del mundo conocido. Cuando el Señor de Münchhausen y yo visitamos aquellos lugares, nos hablaron del disparo de esa enorme pieza de artillería por el Barón Tott, como ejemplo de intrepidez extraordinaria.

Mi protector, que no podía soportar que un francés lo aventajase, se echó al hombro esa misma pieza, saltó, después de haberla equilibrado bien, de cabeza al mar y nadó con ella hasta la orilla opuesta. Desde allí, por desgracia, intentó lanzar el cañón al punto de partida. ¡Como digo, por desgracia! Porque se le fue de las manos precisamente cuando tomaba impulso para lanzarlo. La consecuencia fue que el cañón cayó en medio del canal, donde está ahora y donde probablemente seguirá hasta el Día del Juicio.



Ésta, señores, fue la verdadera razón de que las relaciones entre el Señor Barón y el Gran Sultán se estropearan por completo. La historia del tesoro, que le había granjeado anteriormente su malevolencia, había sido olvidada hacía tiempo, porque el Gran Sultán tiene donde coger y pudo llenar pronto otra vez su cámara del tesoro. El Barón se encontraba aquella última vez en Turquía por invitación personal del Gran Sultán, y quizá estaría aún allí si la pérdida de esa malhadada pieza de artillería no hubiera irritado tanto al terrible turco, que dio orden irrevocable de que le cortaran la cabeza al Barón. Cierta sultana, sin embargo, de la que él se había convertido en gran favorito, no sólo le comunicó enseguida tan sangrientas intenciones, sino que lo escondió en su propia alcoba mientras el oficial encargado de la ejecución lo buscaba con sus esbirros. Aquella noche huimos a bordo de un buque que estaba a punto de zarpar rumbo a Venecia, llegando allí felizmente.

Esta anécdota no le gusta contarla al Barón, porque fracasó en su intento y, además, estuvo a un pelo de perder la vida. Pero como no supone para él desdoro

alguno, suelo contarla yo a sus espaldas de cuando en cuando.

Ahora, señores, conocéis a fondo al Señor Barón de Münchhausen y es de esperar que no dudéis lo más mínimo de su veracidad. Sin embargo, para que tampoco se os meta en la cabeza dudar de la mía —cosa que, en verdad, no podría imaginar—, quiero deciros algo sobre quién soy yo. Mi padre o, al menos, quien era tenido por tal, era por nacimiento suizo de Berna. Allí desempeñaba una especie de supervisión de calles, callejas, callejones y puentes. A esos funcionarios se les llama en el país —mmm— barrenderos. Mi madre había nacido en las montañas de Savoya y tenía un hermoso bulto en el cuello, lo que en las damas de aquellas tierras es muy corriente. Dejó a sus padres muy joven y fue a buscar fortuna a la misma ciudad en que mi padre había visto la luz. Mientras fue soltera, se ganó la vida haciendo toda clase de obras de caridad hacia nuestro sexo. Se sabe que nunca supo negarse cuando se le pedía un favor, especialmente si se le tendía la mano con la cortesía debida. Aquella simpática pareja se encontró por azar en la calle y, como ambos estaban un poco mareados, tropezaron mutuamente y cayeron abrazados en montón. Como, en esa situación, no se sabía cuál de los dos estaba más incapaz y la cosa resultó un poco ruidosa, los dos fueron llevados primero por la ronda y luego a la prisión. Allí comprendieron pronto que su disputa era absurda, se reconciliaron, se enamoraron y se patrimoniaron. Sin embargo, como mi madre volvió pronto a las andadas, mi padre, que tenía un concepto muy alto del honor, se separó pronto de ella, traspasándole los ingresos de un cesto que llevaba a la espalda, para su futuro mantenimiento. Ella se unió entonces a una compañía que vagaba con un teatro de marionetas. Con el tiempo, la suerte la llevó a Roma, donde puso una osterería.

Sin duda, todos habréis oído hablar del Papa Ganganelli, Clemente XIV^[28], y de lo mucho que le gustaban las ostras. Un viernes, cuando se dirigía con gran pompa a la iglesia de San Pedro, a través de la ciudad, para la misa mayor, vio las ostras de mi madre (que, como ella me ha contado a menudo, eran extraordinariamente frescas y hermosas), y no pudo pasar de largo sin probarlas. Su séquito se componía de más de cinco mil personas; a pesar de ello, hizo que todos se detuvieran y envió recado a la iglesia de que no podría decir misa hasta la mañana siguiente. Luego bajó del caballo —porque los papas siempre van a caballo en esas ocasiones—, entró en el establecimiento de mi madre, se comió todo lo que había en materia de ostras y bajó con ella al sótano, donde mi madre guardaba más. Ese aposento subterráneo era cocina, salón y dormitorio de mi madre. Al Papa le gustó tanto que despidió a todos sus acompañantes. En pocas palabras, Su Santidad pasó la noche allí con mi madre. Antes de partir a la mañana siguiente, le dio la absolución general, no sólo de los pecados que ya tenía, sino también de los que se le antojara cometer en lo sucesivo. Pues bien, señores, tengo la palabra de honor de mi madre —¿y quién podría dudar de su honor?— de que yo soy el fruto de aquella noche de ostras.





CAPÍTULO XIII

Continúa el relato del Barón

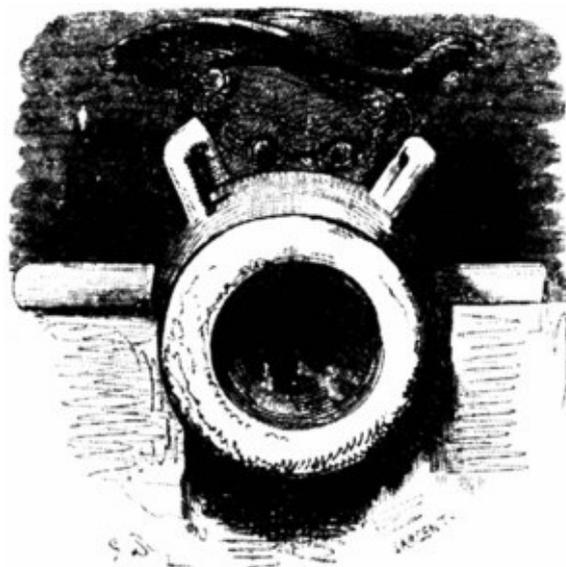
Como puede imaginarse fácilmente, en toda oportunidad le rogaban al Barón que, cumpliendo su promesa, siguiera relatando sus tan instructivas como interesantes aventuras; pero durante largo tiempo fueron inútiles todos los ruegos. Tenía la costumbre muy loable de no hacer nada contra su voluntad, y la más loable aún de no dejarse apartar por nada de tal principio. Por fin, sin embargo, llegó la noche tan esperada en que una carcajada alegre, con la que respondió a las sugerencias de sus amigos, dio a entender con seguridad que estaba de humor para colmar sus esperanzas. «*Conticuere omnes, intentique ora tenebant*»^[29], y Münchhausen comenzó a hablar desde su muy acolchado sofá:



Durante el último asedio de Gibraltar, me dirigí con una flota de aprovisionamiento, mandada por Lord Rodney^[30], hacia esa fortaleza, para ver a mi viejo amigo el general Elliot^[31] que, con su admirable defensa de esa plaza, conquistó laureles inmarcesibles. En cuanto se hubo enfriado un tanto el calor de las primeras efusiones que siempre se producen al encontrarse dos viejos amigos, recorrí la fortaleza, acompañado del General, para conocer el estado de la guarnición y los preparativos del enemigo. Había traído de Londres un excelente telescopio de refracción, adquirido en Dollond^[32].



Con su ayuda, vi que el enemigo se aprestaba a disparar un cañón del treinta y seis contra el punto en que nos hallábamos. Se lo dije al General; miró también por el catalejo y vio que mi suposición era cierta. Con su permiso, hice traer inmediatamente un cañón del cuarenta y ocho de la batería más próxima y lo apunté con tanta precisión —pues en lo que a artillería se refiere, sin que sea alabarme, no he encontrado aún quien me supere— que estaba seguro de dar en el blanco.



Seguí observando muy atentamente al enemigo, hasta que vi que arrimaba la mecha al oído de su pieza, y en ese mismo instante di la señal para que disparasen también la nuestra. Aproximadamente a mitad de camino las dos balas chocaron con terrible fuerza, y los efectos fueron sorprendentes.



La bala enemiga retrocedió con tal violencia que no sólo se llevó limpiamente la cabeza del hombre que la había disparado, sino que separó del tronco otras dieciséis cabezas que encontró en su camino hacia la costa africana.



Sin embargo, antes de llegar a Berbería, rompió los mástiles de tres buques que se encontraban alineados en el puerto y se adentró luego unas doscientas millas inglesas tierra adentro, atravesó la techumbre de la cabaña de un labrador, le rompió los escasos dientes que le quedaban a una abuelita que estaba echada durmiendo y se alojó, finalmente, en el gznate de la pobre mujer. Su marido, que llegó a casa poco después, intentó extraerle la bala; cuando vio que era imposible, se decidió rápidamente y la empujó con un palo dentro del estómago, del que salió por su conducto descendente natural. Nuestra bala se portó muy bien. No sólo rechazó a la otra de la forma que acabo de describir, sino que, de acuerdo con mis intenciones, prosiguió su camino, sacó de su cureña el cañón que acababa de ser utilizado contra nosotros y lo arrojó con tal violencia contra la cala de un buque, que le perforó el casco. El buque comenzó a hacer agua y se fue a pique con mil marineros españoles y un número considerable de soldados que se encontraban en él... Sin duda fue una hazaña muy notable. No obstante, en modo alguno reclamo todo el mérito. Es verdad que corresponde a mi ingenio la idea original, pero la casualidad me ayudó hasta cierto punto. Descubrí luego que, por error, habían cargado nuestro cañón del cuarenta y ocho con doble cantidad de pólvora, lo que explica sus inesperados efectos, sobre todo en lo que se refiere al rechazo de la bala enemiga.



El general Elliot me ofreció, por tan extraordinario servicio, un despacho de oficial; yo, sin embargo, decliné el honor y me contenté con su agradecimiento, que me expresó personalmente aquella misma noche en la mesa, en presencia de todos los oficiales, de la forma más honrosa.



Como siento gran simpatía por los ingleses porque, sin lugar a dudas, son un pueblo extraordinariamente valiente, me impuse el deber de no abandonar la fortaleza hasta haberles prestado algún otro servicio, y en un plazo de unas tres semanas se me

presentó una buena ocasión para ello. Me vestí de sacerdote católico, salí a escondidas de la fortaleza alrededor de la una de la mañana, y llegué felizmente, a través de las líneas enemigas, al centro de su campamento.



Allí entré en una tienda en la que el conde d'Artois^[33], con el comandante en jefe y varios oficiales, trazaba planes para asaltar la fortaleza a la mañana siguiente. Mi disfraz me protegía. Nadie me rechazó y pude oír sin dificultad cuanto pasaba. Finalmente, se fueron a la cama y me encontré con todo el campamento, incluidos los centinelas, sumido en un profundo sueño. Inmediatamente empecé mi trabajo, desmonté todos sus cañones —más de trescientas piezas, desde las del cuarenta y ocho hasta las del veinticuatro— y los arrojé al mar, a una distancia de tres millas.



Como no conté con ninguna ayuda, fue el trabajo más difícil que he realizado nunca, quizá con la excepción del que, según me han dicho, tuvo a bien contarles, recientemente, un conocido mío en mi ausencia, es decir, cuando nadé hasta la otra orilla con la enorme pieza de artillería descrita por el Barón de Tott... En cuanto acabé, llevé todas las cureñas y armones al centro del campamento y, para que el chirriar de las ruedas no lo alertara, los trasladé de dos en dos bajo mis brazos... Formaban un magnífico montón, por lo menos tan alto como el peñón de Gibraltar...

Entonces hice fuego con un pedazo de cañón de hierro del cuarenta y ocho y un pedernal enterrado a veinte pies bajo el suelo, en un muro construido por los árabes, encendí una mecha e incendié el montón entero. Me había olvidado decir que, antes, había arrojado encima todos los carros de municiones.



Juiciosamente, había colocado en la parte baja lo más inflamable, de forma que, en un instante, todo estuvo en llamas. Para alejar cualquier sospecha, fui uno de los primeros en hacer ruido.



El campamento entero, como podéis imaginaros, se quedó estupefacto, y la conclusión general fue que los centinelas habían sido sobornados y se habían empleado siete u ocho regimientos de la fortaleza en aquella tremenda destrucción de su artillería.



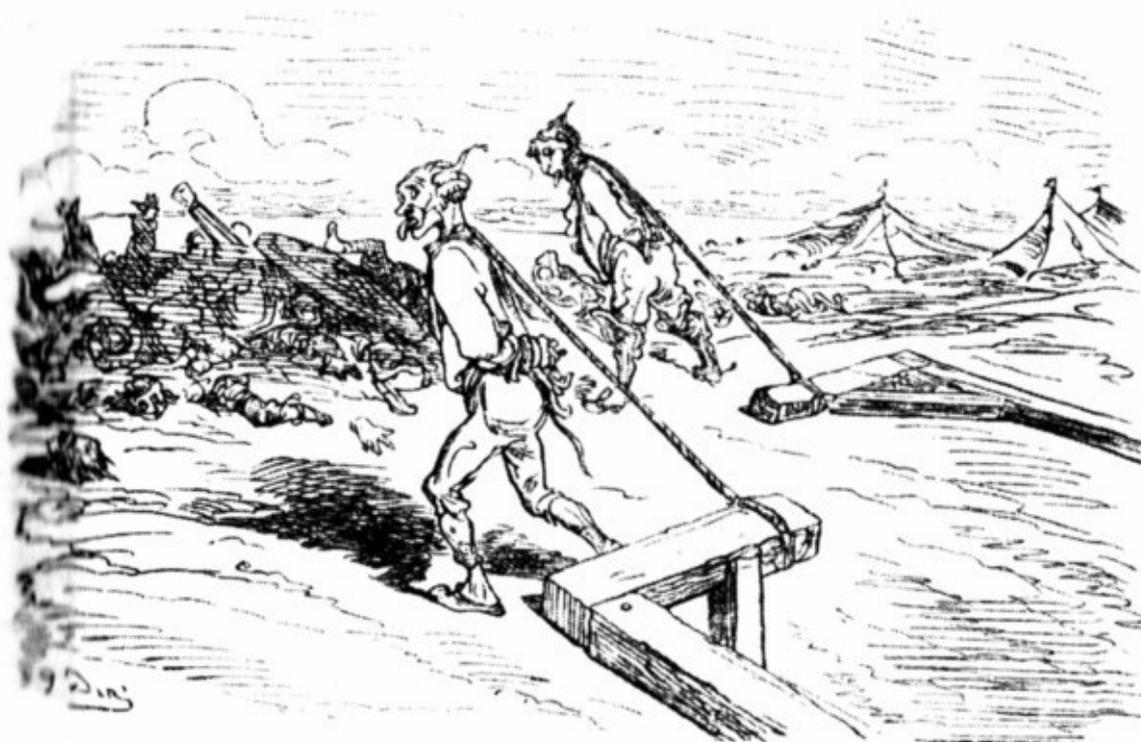
El Sr. Drinkwater, en su historia de ese famoso asedio, describe una gran pérdida sufrida por el enemigo como consecuencia de un incendio que se declaró en su campamento, pero no sabe decir la causa^[34]. Y difícilmente podría hacerlo, porque todavía no se la había revelado a nadie (aunque fui yo solo quien, con el trabajo de esa noche, salvé Gibraltar), ni siquiera al propio general Elliot. El conde d'Artois huyó aterrorizado con su escolta; sin detenerse para nada, corrieron sin parar durante una quincena, hasta llegar a París. El miedo que se apoderó de ellos por aquel terrible incendio hizo también que, durante tres meses, no pudieran disfrutar del más ligero refrigerio y que, como los camaleones, vivieran del aire.

Unos dos meses después de haber prestado ese servicio a los sitiados, estaba desayunando una mañana con el general Elliot cuando una granada (no tuve tiempo de hacer que sus morteros siguieran el mismo camino que sus cañones) entró en la habitación cayendo sobre la mesa. El General, como hubiera hecho casi todo el mundo, dejó la habitación al instante, pero yo cogí la granada antes de que explotase y la llevé a la punta del peñón. Desde allí, vi sobre un promontorio de la costa, no lejos del campamento enemigo, una aglomeración considerable de personas, pero no pude distinguir a simple vista qué hacían. Recurrí a mi telescopio y vi que dos de nuestros oficiales, uno un general y otro un coronel, que sólo la noche anterior habían

estado conmigo y que se habían introducido alrededor de la media noche en el campamento español como espías, habían caído en manos del enemigo e iban a ser colgados.



La distancia era demasiado grande para poder lanzar la granada a mano. Por fortuna, recordé que tenía en el bolsillo la honda que con tanto provecho utilizara otrora David contra el gigante Goliat. Puse en ella mi granada y la lancé enseguida en medio del círculo. Al caer estalló, matando a todos los que allí estaban, excepto los dos oficiales ingleses que, para su suerte, acababan de ser colgados en alto.



Sin embargo, un fragmento de granada dio contra la base del patíbulo, que se derrumbó inmediatamente. Apenas pisaron *terra firma* nuestros dos amigos, miraron a su alrededor tratando de averiguar las causas de aquella catástrofe inesperada y, como vieron que centinelas, verdugo y el resto habían tenido la ocurrencia de morirse antes, se libraron mutuamente de sus incómodas ataduras, corrieron a la orilla del mar, saltaron a una embarcación española y obligaron a los dos hombres que había en

ella a remar hacia uno de nuestros buques. Pocos minutos después, mientras le contaba precisamente lo ocurrido al general Elliot, llegaron sanos y salvos y, tras mutuas explicaciones y felicitaciones, celebramos aquel día memorable de la forma más alegre del mundo.





Todos vosotros, señores —lo puedo ver en vuestros ojos— deseáis oír cómo llegó a mis manos un tesoro tan importante como la honda mencionada. ¡Está bien! La cosa se explica así. Debéis saber que desciendo de la mujer de Urías, con la que, como se sabe, David vivía en relación muy estrecha. Con el tiempo, sin embargo —como suele ocurrir muchas veces—, Su Majestad se mostró sensiblemente más frío hacia la condesa (pues ésta es la dignidad a la que fue promovida el primer trimestre después de la muerte de su marido). Una vez se pelearon por una cuestión muy importante, a saber, el punto en que fue construida el Arca de Noé y dónde, después del Diluvio

Universal, se detuvo. Mi antepasado pretendía ser gran conocedor de la antigüedad y la condesa era presidenta de una sociedad de estudios históricos. Sin embargo, él tenía el defecto de muchos grandes señores y de casi todas las personas insignificantes: no podía soportar que lo contradijeran; y ella tenía el defecto de su sexo: quería tener razón en todo; en pocas palabras, se separaron. Ella le había oído hablar a menudo de esa honda como de un gran tesoro, y consideró apropiado llevársela, seguramente para que la recordara. No obstante, antes de que hubiera podido salir del Estado, se echó en falta la honda, y nada menos que seis hombres de la guardia del rey persiguieron a la condesa. Ella, sin embargo, se sirvió tan bien del instrumento robado que a uno de sus perseguidores —que quizá quería distinguirse por su celo y por eso se había adelantado un tanto a los otros— le acertó de lleno en el mismo sitio en que Goliat recibió su golpe mortal. Cuando sus compañeros lo vieron caer muerto, consideraron lo mejor, tras una deliberación larga y sensata, comunicar lo ocurrido en el primer lugar apropiado, y la condesa consideró lo mejor continuar su viaje reventando caballos hasta Egipto, en donde tenía en la corte amigos muy bien situados... Hubiera debido decirnos antes que, de los muchos hijos que Su Majestad había tenido a bien tener con ella, la condesa se llevó al irse a uno que era su predilecto. Como a ese hijo el fértil Egipto le dio aún una hermana, la condesa le dejó en su testamento, en una cláusula especial, la famosa honda; y desde él llegó finalmente a mis manos, casi siempre por línea directa.



Uno de sus poseedores, mi tatarabuelo, que vivió hace unos doscientos cincuenta años, conoció, en una visita que hizo a Inglaterra, a un poeta, que era ciertamente un

plagiario pero también un gran cazador furtivo y se llamaba Shakespeare. Ese poeta, en cuyos escritos —quizá como compensación— practican ingleses y alemanes una caza furtiva tan aborrecible, pedía prestada a veces la honda y mataba con ella tanta caza de Sir Thomas Lucy^[35], que apenas pudo escapar al destino de mis dos amigos de Gibraltar. Encarcelaron al pobre hombre y mi antepasado consiguió la libertad de una forma muy extraña. La reina Isabel, entonces en el trono, se sintió, como sabéis, en sus últimos años, hastiada de sí misma.



Vestirse, desvestirse, comer, beber y otras muchas cosas que no es preciso mencionar habían convertido su vida en una carga insoportable. Mi antecesor hizo que pudiera prescindir de todas esas cosas a su antojo o hacerlas sólo por persona interpuesta. ¿Y qué creéis que pidió a cambio de aquella incomparable demostración de artes mágicas?... La libertad de Shakespeare... La reina no hubiera podido hacer nada que le agradeciera más. Aquel alma de Dios había cobrado tanta afición al gran poeta, que hubiera dado días de su vida para prolongar la de su amigo.

Por lo demás, señores, puedo aseguraros que el método de la reina Isabel de vivir sin alimento alguno, por original que fuera, tenía poca aceptación entre sus súbditos, sobre todo entre los *beef-eaters*^[36] como se les llama habitualmente hasta hoy. Ella misma tampoco sobrevivió a su nueva costumbre más de ocho años.



Mi padre, de quien había heredado yo esa honda poco antes de mi viaje a Gibraltar, me contó la siguiente anécdota curiosa, que también sus amigos habían escuchado de él con frecuencia y de cuya veracidad no dudará nadie que haya conocido a aquel noble anciano. «Durante mi viaje —dijo— pasé largo tiempo en Inglaterra y un día fui a pasear por la orilla del mar, no lejos de Harwich. De pronto, con la mayor rabia, me atacó un furibundo caballo marino. Yo no tenía más que la honda, con la que le lancé dos piedras a la cabeza tan atinadamente, que con cada una acerté en un ojo del monstruo. Entonces me subí a su lomo y metí al animal en el mar, pues en el momento mismo en que perdió la vista perdió también su ferocidad y fue todo lo dócil imaginable. Le puse la honda en la boca a guisa de brida, y cabalgué con la mayor facilidad por el océano. En menos de tres horas llegamos los dos a la orilla opuesta, lo que supone un recorrido de unas treinta millas marinas.



»Lo vendí por setecientos ducados en Helvoetsluys, al dueño de “Las tres copas”, el cual lo exhibió como animal muy raro e hizo con él mucho dinero»... Un dibujo de ese animal se encuentra hoy en Buffon... «Si extraña fue mi forma de viajar —siguió diciendo mi padre—, las observaciones y descubrimientos que hice en mi viaje fueron mucho más extraordinarios aún. El animal, sobre cuyo lomo me sentaba, no nadaba sino que corría con velocidad increíble por el fondo del mar, levantando millones de peces, muchos de los cuales eran muy distintos de los corrientes. Unos

tenían la cabeza en mitad del cuerpo, otros en la punta de la cola. Algunos se sentaban en grandes círculos y cantaban coros indeciblemente bellos; otros construían, con agua sólo, los edificios transparentes más espléndidos, rodeados de columnas colosales en las que una materia, que sólo puedo imaginar como el fuego más puro, se agitaba con los colores más agradables y los movimientos ondulantes más sugestivos. Muchas de las estancias de esos edificios estaban preparadas, de la forma más ingeniosa y cómoda, para el apareamiento de los peces; en otras se cuidaba y vigilaba su delicada puesta; y una serie de amplias salas estaba destinada a la educación de los jóvenes peces. En su aspecto exterior, el sistema que observé — pues, naturalmente, el interior lo entendía tan poco como el canto de los pájaros o el diálogo de los saltamontes— tenía una semejanza tan notable con lo que encontré en mi vejez en los filantropinos y otros establecimientos similares^[37], que estoy seguro de que alguno de sus supuestos inventores hizo un viaje semejante al mío y sacó sus ideas más del agua que del aire. Por lo demás, de lo poco que os he contado podéis deducir que existen muchas cosas aprovechables y muchas abiertas a la especulación... Sin embargo, proseguiré mi relato.



»Entre otras cosas, llegué a una formidable cadena de montañas, tan altas por lo menos como los Alpes. En las laderas había una multitud de árboles de múltiples variedades. En ellos crecían langostas, cangrejos, ostras, almejas, mejillones, bígaros, etc., de los cuales, a veces, uno solo hubiera bastado para cargar un carro y el más pequeño hubiera tenido que ser arrastrado por un mozo de cuerda... Todo lo que de esas especies es arrojado a nuestras costas y se vende en nuestros mercados son miserables desechos que las aguas arrancan de las ramas, más o menos como la fruta

pequeña y mala que el viento sacude del árbol... Los langosteros parecían los más cargados; sin embargo, los cangrejeros y ostreros eran los árboles más altos. Los pequeños bígaros crecen en una especie de arbustos que están siempre al pie de los ostreros y se enroscan a ellos casi como la hiedra a las encinas. Observé también el efecto, muy curioso, de un barco hundido. Según me pareció, el barco había chocado con la cumbre de una montaña que se encontraba sólo a tres brazas bajo la superficie del agua y, al hundirse, había dado la vuelta. Al hacerlo, tropezó con un gran árbol langostero y desprendió varias langostas, que cayeron sobre un árbol cangrejero que había debajo. Ahora bien, como eso ocurrió probablemente en primavera y las langostas eran todavía jóvenes, se unieron con los cangrejos y produjeron un nuevo marisco, parecido a los dos. Por su rareza, intenté llevarme un ejemplar, pero por una parte me resultaba demasiado pesado y por otra a mi Pegaso no le gustaba detenerse; además, había recorrido ya más de la mitad del camino y estaba, precisamente, en un valle, por lo menos a quinientas brazas bajo la superficie del mar, en donde yo empezaba a encontrar molesta la falta de aire. Mi situación no era tampoco muy agradable desde otros puntos de vista. Tropezaba de vez en cuando con grandes peces que, en la medida en que podía deducirse de sus fauces abiertas, no dejaban de sentirse inclinados a devorarnos. Ahora bien, mi Rocinante estaba ciego, y sólo gracias a mi conducción cuidadosa pude escapar a las filantrópicas intenciones de aquellos hambrientos caballeros. Así pues, galopé bravamente, intentando llegar cuanto antes a terreno seco.

»Cuando estaba ya bastante cerca de la costa holandesa y el agua sobre mi cabeza no debía de tener más de veinte brazas, me pareció que había una figura humana ante mí, en vestido femenino, echada sobre la arena. Creí observar en ella algunos signos de vida y, cuando me acerqué, vi que, en efecto, movía la mano. Se la cogí y llevé a la mujer, como si fuera un cadáver, hasta la orilla. Aunque en aquella época no se había progresado tanto en el arte de resucitar muertos como en nuestros días, en que en cada taberna de pueblo hay un tablero con instrucciones para recuperar ahogados del reino de las sombras, los inteligentes e incansables esfuerzos de un farmacéutico local lograron, sin embargo, reanimar la chispa de la vida que aún alentaba en aquella mujer. Ésta era la cara mitad de un hombre que mandaba un buque de Holvoetsluys y que, poco antes, había zarpado del puerto. Desgraciadamente, con las prisas, se había llevado a una mujer que no era la suya. Esto se lo comunicó enseguida a ella alguna de esas vigilantes diosas protectoras de la paz del hogar y, como la mujer estaba convencida de que el derecho matrimonial era tan válido en mar como en tierra, siguió a su marido, rabiosa de celos, en una embarcación abierta e intentó, en cuanto llegó al alcázar del otro buque y tras una conversación intraducible, reafirmar sus derechos de forma tan decidida, que su querido compañero juzgó prudente retroceder unos pasos. El triste resultado fue que los contundentes derechos de ella dejaron en

las olas las huellas que debían haber dejado en las orejas de su marido, y como aquéllas (las olas) estaban más dispuestas a ceder aún que él, la mujer no encontró hasta el fondo del mar la resistencia esperada... Allí me hizo hallarla mi mala fortuna, a fin de que hubiera una pareja feliz más en la Tierra.

»Puedo imaginarme fácilmente las bendiciones que me dirigió su esposo cuando, a su regreso, descubrió que su tierna mujercita, salvada por mí, aguardaba el suyo. Sin embargo, por mala que fuera la jugarreta que le hice a aquel pobre diablo, mi alma estaba libre de culpa. El motivo de mis actos fue simple y puro amor a la Humanidad, aunque no puedo negar que las consecuencias fueron terribles».

Y hasta ahí, señores, llega el relato de mi padre que me recordó la famosa honda, la cual, por desgracia, después de haber permanecido tanto tiempo en mi familia y haberle prestado importantes servicios, tuvo su último destino, al parecer, en las fauces del caballo marino. Al menos hice de ella el uso que os he contado, al devolver a los españoles, sin abrir, una de sus granadas, salvando a mis dos amigos de la horca. En esa noble utilización, mi honda, que estaba ya un tanto gastada, resultó sacrificada. El pedazo mayor se fue con la granada y el pedacito que me quedó en la mano se encuentra ahora en el archivo de mi familia donde, con varias antigüedades importantes, se conserva para recuerdo eterno.

Poco después dejé Gibraltar y volví a Inglaterra. Allí sufrí el mayor chasco de mi vida. Tuve que ir a Wapping para vigilar el embarque de varias mercancías que quería enviar a uno de mis amigos de Hamburgo y, cuando hube terminado, pasé en mi viaje de regreso por el muelle de la Torre. Era mediodía; yo estaba terriblemente cansado y el sol me resultaba tan insoportable que me metí en uno de los cañones para descansar un poco. Apenas estuve allí, caí inmediatamente en el sueño más profundo. Ahora bien, era precisamente 4 de junio^[38] y a la una se disparaban todos los cañones para celebrar ese día. Los cañones habían sido cargados por la mañana y, como nadie podía sospechar que yo estaba allí, fui disparado sobre las casas a la otra orilla del río, al patio de un granjero, entre Berdmonsey y Deptford. Caí en un gran montón de heno y —como puede explicarse fácilmente por el fuerte atontamiento— allí me quedé sin despertar. Unos tres meses después el heno se hizo tan atrozmente caro, que el granjero pensó que haría un buen negocio deshaciéndose de sus reservas. El montón en que yo estaba era el mayor del patio y contenía por lo menos quinientas carretadas. Así pues, empezaron a cargar por él.



El ruido de las personas que ponían sus escaleras para subir al montón me despertó; todavía medio dormido y sin tener la menor idea de dónde estaba, quise levantarme y caí sobre el propietario del heno. No sufrí en la caída el menor daño, pero el granjero sí y hartó grave; quedó muerto bajo mí porque, sin querer, le rompí el cuello. Para mi tranquilidad supe luego que el tipo era un detestable judío, que guardaba siempre los productos de sus tierras hasta lograr un enorme encarecimiento y poder venderlos con exorbitantes beneficios, de forma que su muerte violenta fue para él merecido castigo y para las gentes un verdadero alivio.

Por lo demás, podéis imaginaros fácilmente, señores, cuál no sería mi sorpresa

cuando recuperé por completo el sentido y, tras pensarlo mucho, relacioné mis pensamientos actuales con aquéllos con los que, tres meses antes, me había dormido, y cuál no sería el asombro de mis amigos de Londres, cuando, después de tantas averiguaciones inútiles, aparecí otra vez de repente.

Bebamos ahora un vasito y luego os contaré otra de mis aventuras marinas.



CAPÍTULO XIV

Octava aventura marina

Sin duda habréis oído hablar del último viaje de exploración al Norte, del capitán Phipps, hoy Lord Mulgrave^[39]. Yo acompañé al capitán, pero no como oficial sino como amigo. Cuando habíamos llegado a un grado bastante alto de latitud norte, cogí mi telescopio —que ya os presenté en la historia de mi viaje a Gibraltar— y contemplé las cosas que me rodeaban... Porque, dicho sea de paso, estimo conveniente siempre mirar de cuando en cuando a mi alrededor, sobre todo en los viajes... A una media milla de nosotros flotaba un iceberg, mucho más alto que nuestros mástiles, y vi sobre él a dos osos blancos que, según me pareció, estaban empeñados en una lucha acalorada. Inmediatamente me eché la carabina al hombro y me dirigí hacia el hielo, pero me encontré, apenas hube llegado a la cumbre, con un camino indeciblemente duro y peligroso. A menudo tuve que saltar terribles abismos, y en otros sitios la superficie estaba tan lisa como un espejo, de forma que mi avance era un continuo caer y levantarse. Por fin llegué a tiro de los osos y, al mismo tiempo, vi que no luchaban entre sí sino que jugaban. Empecé a calcular el valor de sus pieles —porque cada uno de ellos era tan grande, por lo menos, como un buey bien cebado—; sin embargo, precisamente cuando me disponía a echarme a la cara la carabina, se me resbaló el pie derecho, caí de espaldas y, por la violencia del golpe, perdí por completo el conocimiento durante una media horita. Imaginaos mi asombro cuando desperté y vi que una de las fieras que acabo de nombrar me había dado la vuelta, poniéndome de bruces, y en aquel momento me cogía por la pretina de mis pantalones nuevos de cuero. La parte superior de mi cuerpo quedaba bajo su vientre y mis piernas sobresalían. Sólo Dios sabe a dónde me hubiera arrastrado aquella bestia; sin embargo, saqué mi cuchillo —éste que ven aquí— y le di un tajo al oso en la pata trasera izquierda, cortándole tres dedos. Inmediatamente me dejó caer y se puso a rugir espantosamente. Recogí mi carabina, disparé contra él mientras huía y pronto se desplomó. Mi disparo había dormido para siempre a uno de aquellos animales sedientos de sangre, pero varios miles, que yacían durmiendo en el hielo en un radio de media milla, se despertaron. Todos acudieron a todo correr. No había que perder

tiempo. Yo sí que estaba perdido si no se me ocurría algo rápidamente... Y se me ocurrió... Aproximadamente en la mitad del tiempo que un cazador experimentado necesita para despellejar a una liebre, despojé al oso muerto de su abrigo, me envolví en él y metí mi cabeza dentro de la suya. Apenas había terminado, se congregó a mi alrededor toda la manada. Sin embargo, mi artimaña tuvo éxito. Se acercaron uno tras otro, me olfatearon y, al parecer, me tomaron por su hermano Martín. Sólo me faltaba la corpulencia para parecerme totalmente a él, y muchos de los osos jóvenes no eran mayores que yo.



Cuando todos ellos me hubieron olfateado y hubieron olfateado el cadáver de su difunto compañero, parecieron volverse muy sociables; además, yo sabía imitar todos sus gestos bastante bien; sólo en gruñidos, rugidos y bramidos me aventajaban. Con todo, aunque hiciera el oso, seguía siendo hombre:... empecé a pensar cómo sacar el mejor partido posible de la confianza surgida entre yo y aquellos animales.

Había oído decir en otro tiempo a un viejo cirujano militar que una herida en la espina dorsal significa la muerte instantánea. Decidí hacer un experimento. Cogí de

nuevo mi cuchillo y se lo clavé en el cuello al mayor de los osos próximos, entre las paletillas. Fue un golpe muy arriesgado y sentí no poco miedo, porque una cosa era segura: si la bestia sobrevivía a la cuchillada, me destrozaría. Sin embargo, mi intento tuvo éxito; el oso se desplomó muerto a mis pies, sin decir esta boca es mía. Entonces me propuse liquidar a los otros de la misma forma, y no me fue difícil, porque aunque veían caer a sus hermanos a derecha e izquierda, no recelaban nada. No pensaban en las causas ni las consecuencias de su caída; y era una suerte para ellos y para mí... Cuando los vi a todos muertos a mis pies, me sentí como Sansón, después de haber liquidado a los mil.

Para abreviar: volví al buque y pedí tres miembros de la tripulación para que me ayudaran a desollar a los osos y llevar a bordo los jamones. En pocas horas terminamos y cargamos con ellos todo el barco. Lo que sobró lo tiramos al agua, a pesar de que no me cabe duda de que, debidamente salado, hubiera sabido tan bien como los perniles.



En cuanto volvimos, envié unos jamones en nombre del capitán al Lord del Almirantazgo, otros al Lord del Tesoro, varios al Lord Mayor y al ayuntamiento de Londres, unos pocos a empresas mercantiles y el resto a mis propios amigos. De todas partes me testimoniaron las gracias más cordiales; la ciudad, sin embargo, correspondió a mi regalo de forma muy expresiva, mediante una invitación a cenar todos los años, en el día de las elecciones a Lord Mayor.

Las pieles de oso se las envié a la emperatriz de Rusia como abrigo de invierno

para Su Majestad y la Corte. Me dio las gracias en una carta de su puño y letra, que me remitió por medio de un enviado extraordinario y en la que me ofrecía compartir con ella los honores de su lecho y su corona. No obstante, como nunca me ha atraído la dignidad real, decliné los favores de Su Majestad con las expresiones más corteses. El mismo embajador que me trajo la misiva imperial tenía encargo de esperar y llevar a Su Majestad personalmente mi respuesta. Una segunda carta que recibí de la emperatriz poco después me convenció de la firmeza de su pasión y la nobleza de su espíritu... Su última enfermedad, tal como —¡alma delicada!— había confiado al príncipe Dolgorucki^[40] en una conversación, se había debido exclusivamente a mi crueldad. No sé qué ven en mí las señoras; pero la emperatriz no es la única de su sexo que me ha ofrecido su mano desde un trono.

Algunas personas han difundido la calumnia de que el capitán Phipps no llegó en su viaje tan lejos como hubiera podido llegar. En esto tengo que defenderlo. Nuestro barco seguía un rumbo muy exacto hasta que lo cargué con una cantidad tan enorme de pieles de oso y jamones que hubiera sido una locura intentar ir más lejos, ya que apenas estábamos en condiciones de navegar con viento fresco, por no hablar de las montañas de hielo que hay en las altas latitudes.

El capitán ha manifestado luego lo mucho que le desagrada no haber participado en la gloria de aquel día, que él, muy enfáticamente, llama «el de las pieles de oso». Además, me envidia un poco el honor de aquel triunfo e intenta por todos los medios disminuirlo. A menudo hemos reñido al respecto e incluso ahora nuestras relaciones son un tanto tirantes. Entre otras cosas, afirma claramente que no debiera considerarse como mérito engañar a los osos, porque me cubrí con su piel; él hubiera podido mezclarse con ellos sin disfraz, y lo hubieran tomado por oso.

Evidentemente, es ésta una cuestión que considero demasiado delicada y difícil para que un hombre, que se precia de tener corteses maneras, discuta sobre ella con nadie, y mucho menos con un noble par.



CAPÍTULO XV

Novena aventura marina

Hice otro viaje por mar desde Inglaterra, con el capitán Hamilton. Nos dirigíamos a las Indias orientales. Yo llevaba conmigo un perro perdiguero del que podía afirmar, en el sentido literal de la expresión, que valía su peso en oro; jamás me decepcionó. Un día en que, según las observaciones más exactas que podíamos hacer, estábamos por lo menos a trescientas millas de tierra, mi perro se quedó de muestra. Lo contemplé durante casi una hora con asombro, se lo dije al capitán y a todos los oficiales de a bordo, y opiné que debíamos de estar cerca de tierra, porque mi perro olfateaba caza. Esto provocó una carcajada general que, sin embargo, no cambió en nada el buen concepto que tenía de mi perro.

Después de mucho discutir a favor y en contra, le dije finalmente al capitán, con la mayor seriedad, que tenía más confianza en la nariz de mi Tray que en los ojos de todos los marineros de a bordo, y en consecuencia le aposté osadamente cien guineas —la suma que habíamos convenido por el viaje— a que, antes de media hora, encontraríamos caza.

El capitán —hombre de noble corazón— se rió otra vez y rogó al Sr. Crawford, nuestro médico de a bordo, que me tomara el pulso. El médico lo hizo así y declaró que yo estaba totalmente sano. Entonces se produjo un cuchicheo entre los dos, del que pude entender con claridad la mayor parte.

—No está en sus cabales —dijo el capitán—, y no podría aceptar su apuesta honorablemente.

—Yo soy de otro parecer —respondió el médico—. Está perfectamente cuerdo. Lo que pasa es que confía más en el olfato de su perro que en la inteligencia de todos los oficiales de a bordo... Perderá la apuesta sin duda, pero se lo merece.

—Una apuesta así —continuó el capitán—, no podría aceptarla jamás. Sin embargo, resultará tanto más honrosa para mí si, después, le restituyo el dinero.

Durante esa conversación, Tray seguía en la misma postura, lo que me confirmó aún más en mi opinión. Repetí mi apuesta por segunda vez, y fue aceptada.

Apenas habíamos sellado el acuerdo con un apretón de manos cuando unos marineros, que pescaban en el gran bote atado a popa del barco, capturaron un tiburón descomunal, que enseguida subieron a bordo. Comenzaron a abrir el pez y — ¡ya veis!— encontraron no menos de seis parejas de perdices vivas en el estómago del animal.

Aquellas pobres criaturas habían estado tanto tiempo en esa situación, que una de las perdices estaba incubando cinco huevos, de los cuales uno acababa de abrirse precisamente cuando rajaron al tiburón.

Criamos aquellos perdigones con una camada de gatitos que pocos minutos antes habían venido al mundo. La vieja gata los quería tanto como a cualquiera de sus hijos de cuatro patas, y le sentaba muy mal cuando alguna perdiz volaba demasiado lejos y no quería volver inmediatamente... En cuanto a las restantes perdices, había entre ellas cuatro hembras, de la cuales siempre estaba alguna empollando, de forma que durante todo nuestro viaje tuvimos siempre abundante caza en la mesa del capitán... Al pobre Tray, en agradecimiento por las cien guineas que me había hecho ganar, le daba a diario los huesos y, de vez en cuando, un ave entera.





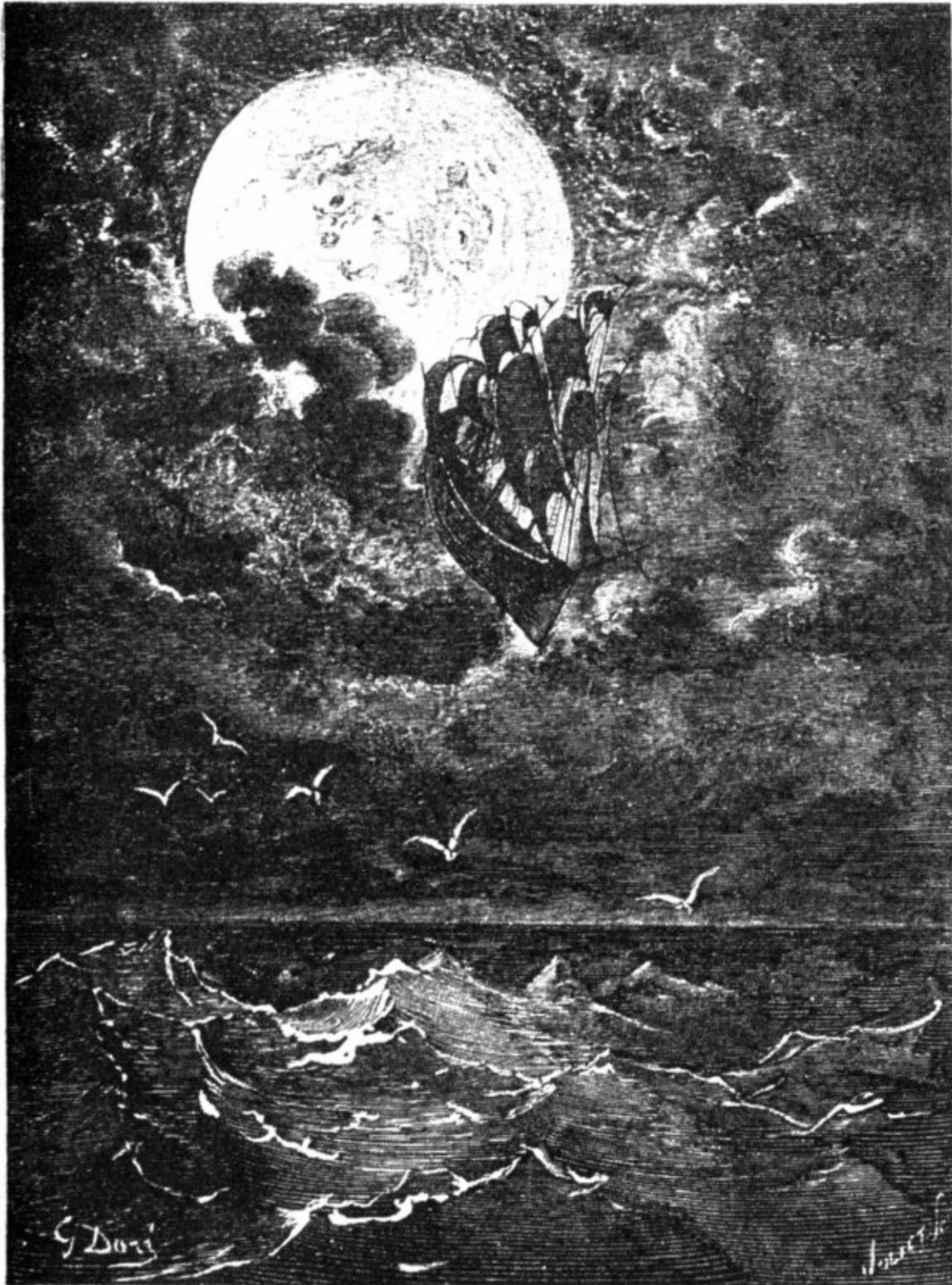
CAPÍTULO XVI

Décima aventura marina

Segundo viaje a la Luna

Ya os he contado, señores, en otra ocasión, un viajecito que hice a la Luna para recuperar mi hacha de plata. Volví luego de una forma mucho más agradable y permanecí allí tiempo suficiente para informarme debidamente de varias cosas, que os describiré tan exactamente como mi memoria lo permita.

A un lejano pariente mío se le había metido en la cabeza la idea de que debía existir necesariamente un pueblo de tamaño parecido al que encontró Gulliver en el reino de Brobdinag. Para buscarlo emprendió un viaje de exploración y me rogó que lo acompañase. Por mi parte, no había considerado nunca ese relato más que una bonita fábula y creía tan poco en Brobdinag como en El Dorado; sin embargo, el hombre me había nombrado su heredero y, en consecuencia, le estaba obligado por su amabilidad. Llegamos felizmente a los mares del Sur sin encontrar nada digno de mención, salvo unos hombres y mujeres voladores que bailaban el minué o hacían cabriolas por los aires, y otras menudencias por el estilo.



Al decimoctavo día, después de pasar junto a la isla de Otahití, un huracán levantó nuestro buque por lo menos mil millas sobre la superficie del mar y lo mantuvo bastante tiempo a esa altura. Por fin, una brisa fresca hinchó nuestras velas y avanzamos con velocidad increíble. Llevábamos viajando seis semanas sobre las nubes, cuando descubrimos un gran país, redondo y brillante, parecido a una isla resplandeciente. Atracamos en un puerto adecuado, saltamos a la orilla y vimos que el país estaba habitado. Divisamos bajo nosotros otra tierra, con ciudades, árboles,

ríos, lagos, etcétera que, según nos imaginamos, era el mundo que habíamos dejado... En la Luna —pues ésa era la isla centelleante en que habíamos desembarcado—, vimos grandes figuras que cabalgaban sobre buitres, cada uno de los cuales tenía tres cabezas. Para daros una idea del tamaño de aquellas aves, puedo deciros que la distancia de un extremo al otro de sus alas era seis veces superior a la de la mayor maroma de nuestro barco... Lo mismo que nosotros cabalgamos por este mundo sobre caballos, los habitantes de la Luna volaban cabalgando sobre esas aves.



El rey estaba en aquellos momentos en guerra con el Sol. Me ofreció un puesto de oficial; sin embargo, yo decliné el honor que Su Majestad me brindaba.

Todo es en aquel mundo extraordinariamente grande; una mosca ordinaria, por ejemplo, no es mucho menor que una oveja nuestra. Las armas principales de que se sirven los habitantes de la Luna en la guerra son los rábanos, que se utilizan como armas arrojadas y matan instantáneamente a quien resulta herido por ellos. Los escudos están hechos con setas, y cuando acaba la temporada de los rábanos las puntas de espárrago desempeñan su papel.

Vi allí también algunos nativos de Sirio, a los que el espíritu comercial induce a las mismas correrías. Tienen el rostro de grandes perros alanos. Los ojos se encuentran a ambos lados del morro o, más bien, en la parte inferior de la nariz. No tienen párpados y, para poder dormir, se tapan los ojos con la lengua. Por lo común, son de veinte pies de altura; sin embargo, ninguno de los habitantes de la Luna tiene menos de treinta y seis. El nombre de estos últimos es un tanto extraño. No se llaman seres humanos, sino criaturas cocineras, ya que, lo mismo que nosotros, cocinan sus alimentos con fuego. Por lo demás, el comer les ocupa poco tiempo; se abren el

costado izquierdo y se meten de una vez toda la ración en el estómago; luego lo cierran de nuevo hasta que, transcurrido un mes, les llega otra vez el día. Por consiguiente, en todo el año no hacen más que doce comidas... un sistema que todo el que no sea un comilón o un sibarita debiera preferir al nuestro.

Los placeres del amor son totalmente desconocidos en la Luna, porque tanto entre las criaturas cocineras como entre el resto de los animales no hay más que un sexo. Todo crece en los árboles que, sin embargo, se diferencian mucho entre sí en la variedad de sus frutos y el tamaño de sus hojas. Los árboles en que crecen las criaturas cocineras u hombres son mucho más hermosos que los otros, tienen ramas largas y derechas y hojas carnosas, y sus frutos son nueces de cáscara muy dura y, por lo menos, seis pies de largo. Cuando están maduras, lo que puede verse por su cambio de color, se recolectan con gran cuidado y se guardan tanto tiempo como se estima oportuno. Si se quiere revivir a las semillas de esas nueces, se las arroja en un gran caldero de agua hirviente y, en pocas horas, se abren las cáscaras y saltan afuera las criaturas.

Las mentes de éstas han sido ya formadas por la Naturaleza, antes de que vengan al mundo, para un fin determinado. De una cáscara sale un guerrero, de otra un filósofo, de una tercera un teólogo, de una cuarta un jurista, de una quinta un granjero, de una sexta un campesino, y así sucesivamente; y todos empiezan enseguida a perfeccionarse con la práctica en lo que, anteriormente, sólo conocían en teoría... Saber con certeza por la cáscara lo que hay en ella es difícil, pero un teólogo lunar de mi época causó sensación al decir que estaba en posesión del secreto. Sin embargo, se le hacía poco caso y, en general, se le tenía por chiflado.

Cuando las gentes de la Luna se hacen viejas no mueren, sino que se volatilizan y evaporan como el humo.

No sienten necesidad de beber, ya que no tienen más evacuaciones que el aliento. Tienen un solo dedo en cada mano, con el que pueden hacerlo todo tan bien o mejor que nosotros, que tenemos cuatro dedos además de los pulgares.



La cabeza la tienen bajo el brazo derecho y, cuando van de viaje o emprenden un trabajo en el que hayan de moverse mucho, la dejan por lo común en casa, porque pueden consultarle lo que quieran aunque estén alejados de ella. Los nobles de entre los habitantes de la Luna, cuando quieren saber lo que pasa entre las gentes del pueblo, no suelen mezclarse con esas gentes. Se quedan en casa, es decir, se queda en casa su cuerpo y envían sólo a la cabeza, que puede estar presente de incógnito y luego, a voluntad de su dueño, regresar con la información recogida.



Las pepitas de las uvas de la Luna son exactamente iguales a nuestro granizo, y estoy totalmente convencido de que, cuando una tormenta sacude en la Luna las uvas de sus tallos, las pepitas caen a nuestra Tierra, formando el granizo. Creo también que muchos vendedores de vinos conocen desde hace tiempo esta opinión mía; por lo menos, con frecuencia he recibido vino que parecía hecho de pepitas de granizo y sabía exactamente igual que el vino de la Luna.

Casi había olvidado una circunstancia curiosa... El vientre les sirve a los habitantes de la Luna lo mismo que a nosotros una bolsa; meten en él lo que necesitan, y lo abren y cierran a voluntad, lo mismo que el estómago, porque no están cargados de intestinos, hígado, corazón y otras entrañas, lo mismo que no llevan vestidos; tampoco tienen en todo el cuerpo ningún miembro que el pudor les obligue a cubrir.

Pueden quitarse y ponerse a voluntad los ojos, y ven lo mismo cuando los tienen en la cabeza que cuando los tienen en la mano. Si, por casualidad, pierden o se lesionan uno, pueden pedir prestado o comprarse otro, y utilizarlo igual que los propios. Por eso se encuentran por doquier en la Luna personas que trafican con ojos; y sólo en eso son todos los habitantes caprichosos: tan pronto están de moda los ojos verdes como los amarillos.

Comprendo que estas cosas resulten extrañas; sin embargo, cualquiera que abrigue la menor duda puede ir a la Luna y convencerse de que me he ajustado a la verdad como, quizá, muy pocos otros viajeros.



CAPÍTULO XVII

Viaje a través del mundo junto con otras aventuras curiosas

Si he de juzgar por vuestros ojos, señores, antes me cansaría yo de contaros acontecimientos extraordinarios de mi vida que vosotros de escucharlos. Vuestra amabilidad me resulta demasiado halagadora para terminar mi relato, como me había propuesto, con el viaje a la Luna. Así pues, escuchad si os place otra historia más, que iguala en verosimilitud a la última, pero quizá la supere aún en curiosidad y rareza.

Los viajes a Sicilia de Brydone^[41], que había leído con placer inusitado, me hicieron sentir deseos de visitar el monte Etna. En mi viaje hacia allí no me ocurrió nada de extraordinario. Quiero decir para mí, porque sin duda otros muchos hubieran encontrado muchas cosas sumamente extraordinarias y, para sufragar los gastos del viaje, hubieran relatado detalladamente al público lo que para mí son pequeñeces cotidianas con las que no quisiera fatigar la paciencia de ningún hombre de bien.

Una mañana salí temprano de una cabaña situada al pie del volcán, totalmente decidido a investigar y explorar la estructura interna de esa sartén, aun a costa de mi vida. Tras una penosa caminata de tres horas, me encontré en la cumbre de la montaña. Precisamente en aquellos momentos rugía, y llevaba ya rugiendo tres semanas. El aspecto que tenía en aquellas circunstancias se ha descrito con tanta frecuencia que, si las descripciones pudieran describirlo, yo llegaría de todas formas demasiado tarde; y si no pueden —como no pueden, según mi experiencia— lo mejor será que no pierda el tiempo ni os haga perder la paciencia intentando lo imposible.

Di tres veces la vuelta al cráter —que podéis imaginaros como un enorme embudo— y como vi que, de esa forma, sacaba poco o nada en limpio, tomé, en pocas palabras, la decisión de saltar adentro. Apenas lo hube hecho, me encontré en una estufa terriblemente caliente y mi pobre cuerpo resultó



lastimosamente magullado y chamuscado, en muchas de sus partes nobles y menos nobles, por las cenizas al rojo que constantemente brotaban.



Por lo demás, por mucha que fuera la fuerza con que las cenizas ascendieran hacia mí, el peso con que mi cuerpo se hundía era considerablemente mayor, y en corto tiempo llegué felizmente al fondo. Lo primero que sentí fueron terribles clamores, ruidos, gritos e imprecaciones, que parecían rodearme... Cerré los ojos y hete aquí que estaba en compañía de Vulcano y de sus cíclopes. Aquellos señores — que mi buen juicio había relegado hacía tiempo al reino de las falacias— se peleaban desde hacía tres semanas por cuestiones de orden y jerarquía, lo que había causado el desorden del mundo superior. Mi aparición restableció inmediatamente en la concurrencia la paz y la concordia. Vulcano cojeó hasta su armario y trajo tafetanes y pomadas, que me aplicó con sus propias manos; y en pocos segundos mis heridas habían sanado. También me ofreció algunos refrescos, una botella de néctar y otros vinos generosos, de los que suelen beber dioses y diosas. Tan pronto como me hube repuesto un poco, me presentó a su esposa Venus y le ordenó que me ofreciera todas las comodidades que mi situación exigía. La belleza de la habitación a la que me condujo, la voluptuosidad del lecho en el que me acomodó, el divino encanto de todo su ser, la delicadeza de su tierno corazón... todo ello está muy por encima de las posibilidades de expresión del lenguaje, y su solo recuerdo me produce vértigos.



Vulcano me hizo una descripción muy exacta del monte Etna. Me dijo que no era más que un amontonamiento de las cenizas que salían de su fragua, porque, con frecuencia, se veía forzado a castigar a su gente, arrojándoles furioso tizones ardientes, que ellos esquivaban con gran habilidad y lanzaban al mundo para ponerlos fuera de su alcance. «Nuestras desavenencias —siguió diciendo— duran a veces varios meses, y esos fenómenos que provocan en el mundo son lo que vosotros los mortales, según creo, llamáis erupciones. El monte Vesubio es también otro de mis talleres, al que me conduce un camino que recorre por lo menos trescientas cincuenta millas bajo el mar... Las mismas desavenencias producen allí análogas erupciones».



Por mucho que me gustasen las lecciones del dios, más me gustaba la compañía de su esposa, y quizá no hubiera dejado nunca aquel palacio subterráneo si algunos parlanchines maliciosos y solícitos no le hubiesen puesto a Vulcano la mosca detrás de la oreja, encendiendo una poderosa hoguera de celos en su noble corazón... Sin el menor aviso previo, una mañana, mientras me disponía a ayudar a la diosa en su *toilette*, me llevó a una estancia que yo no había visto nunca, me sostuvo sobre lo que me pareció un profundo pozo y: «Mortal ingrato —dijo—, vuelve al mundo de donde viniste». Diciendo esas palabras, me dejó caer en el abismo, sin darme un segundo para defenderme. Caí y caí con velocidad siempre creciente, hasta que el miedo que se apoderó de mi mente me privó de todo sentido. De pronto, sin embargo, fui despertado de mi desvanecimiento al caer de improviso en una enorme extensión de agua, iluminada por los rayos del sol. Desde joven, sabía nadar bien y hacer toda clase de habilidades en el agua. Por ello me sentí enseguida como en casa y, en comparación con la terrible situación de la que acababa de librarme, aquélla me pareció paradisíaca... Miré a todos lados, pero por desgracia no vi por todos lados más que agua; también el clima en que me encontraba ahora se diferenciaba muy desagradablemente del de la forja de Maese Vulcano. Por fin distinguí a cierta distancia algo que parecía una roca asombrosamente grande y parecía avanzar hacia mí. Pronto vi que era un iceberg.



Después de mucho buscar, encontré por fin un sitio por el que pude subir a él y trepar hasta su punta más alta. Sin embargo, con gran desesperación por mi parte, tampoco desde allí pude divisar tierra. Finalmente, poco antes del anochecer, vi un barco que se acercaba a mí. En cuanto estuvo suficientemente cerca, grité; me respondieron en holandés; salté al mar, nadé hacia el barco y fui izado a bordo. Pregunté dónde estábamos y me respondieron: en los mares del Sur. Aquel descubrimiento desveló de pronto todo el enigma. Estaba claro que había caído desde el monte Etna, a través del centro de la Tierra, en los mares del Sur: un camino que, en cualquier caso, es más corto que alrededor del mundo. Hasta entonces nadie lo había intentado más que yo y, si lo vuelvo a hacer, realizaré sin falta observaciones mucho más detenidas.



Tomé algún refrigerio y me fui a la cama. Sin embargo, los holandeses son un pueblo rudo. Les conté mis aventuras a los oficiales tan franca y simplemente como a vosotros, señores, y algunos de ellos, sobre todo el capitán, pusieron cara de dudar de mi veracidad. Con todo, me habían recogido amistosamente en su buque, tenía que vivir por completo de sus favores y por consiguiente, de buena o de mala gana, tuve que tragarme la afrenta.



Pregunté a dónde nos diríamos. Me respondieron que iban en busca de nuevos descubrimientos y que, si mi relato era cierto, sus intenciones se habrían cumplido con creces. Estábamos en aquellos momentos, precisamente, en la ruta que había seguido el capitán Cook, y llegamos a la mañana siguiente a Botany Bay^[42]... un lugar al que el Gobierno inglés, en verdad, no debiera enviar a los bribones como castigo, sino a los hombres de mérito como recompensa, por lo generosamente que ha

repartido allí la Naturaleza sus mejores dones.



Nos quedamos sólo tres días; al cuarto, después de nuestra partida, estalló una terrible tempestad, que en pocas horas destrozó todas nuestras velas, hizo astillas nuestro bauprés y derribó nuestro mastelero, que cayó, precisamente, sobre el recipiente que guardaba nuestro compás, haciendo pedazos brújula y caja. Todo el que ha navegado conoce las trágicas consecuencias de tal pérdida. No sabíamos qué hacer. Por fin se calmó la tempestad, a la que siguió un viento fresco y constante. Llevábamos navegando tres meses y, forzosamente debíamos de haber recorrido un enorme camino, cuando de repente observamos en todo lo que nos rodeaba un cambio asombroso. Nos sentíamos ligeros y alegres; nuestras narices se llenaban de los más agradables perfumes balsámicos; y también el mar había cambiado de color y no era ya verde, sino blanco.



Poco después de aquellos cambios maravillosos, divisamos tierra y, no lejos de nosotros, una ensenada hacia la que navegamos y que resultó ser muy amplia y profunda. En lugar de agua, estaba llena de leche de exquisito sabor. Bajamos a tierra y... la isla entera se componía de un gran queso. Quizá no lo hubiéramos descubierto

si una circunstancia especial no nos hubiera puesto sobre la pista. En efecto, había en nuestro barco un marinero que sentía una aversión natural hacia el queso. En cuanto bajó a tierra, perdió el sentido. Al volver en sí, nos rogó que le quitásemos el queso de debajo de los pies y, cuando miramos, vimos que tenía toda la razón, porque, como queda dicho, la isla entera no era más que un enorme queso. De él viven en su mayor parte los habitantes, y todo lo que se consume durante el día crece otra vez durante la noche. Vimos una multitud de vides, con uvas grandes y hermosas que, al ser exprimidas, daban sólo miel. Los habitantes eran criaturas agraciadas que caminaban erguidas, en su mayoría de nueve pies de altura; tenían tres piernas y un brazo y, cuando eran adultos, un cuerno en la frente, del que se servían con mucha habilidad. Hacían carreras por la superficie de la leche y se paseaban por ella sin hundirse, con tanta facilidad como nosotros por un prado. También crecía en aquella isla o aquel queso mucho trigo, con espigas que parecían esponjas terrestres, en las que había panecillos totalmente cocidos y a punto para comer. En nuestras correrías por el queso descubrimos siete ríos de leche y dos de vino.



Tras un viaje de dieciséis días llegamos a la orilla opuesta de aquélla en que habíamos atracado. Allí encontramos toda una extensión de ese fermentado queso azul que tanto gusta a los verdaderos aficionados al queso. En lugar de haber en ella gusanos, crecían los árboles frutales más excelentes, como cerezos, albaricoqueros y muchos otros que no conocíamos. En aquellos árboles, que eran asombrosamente altos, había muchos nidos de pájaros. Entre otros, nos llamó la atención un nido de martín pescador, cuya circunferencia era cinco veces mayor que la cúpula de la iglesia de San Pablo en Londres. Estaba hábilmente entretejido con árboles enormes, y había en él por lo menos —esperad... porque me gusta ser preciso—, por lo menos quinientos huevos, de los que cada uno era aproximadamente del tamaño de un gran

tonel.



No sólo podíamos ver a las crías dentro, sino también oírlas piar. Cuando, con mucho esfuerzo, rompimos uno de aquellos huevos, saltó fuera un polluelo sin plumas, considerablemente mayor que veinte buitres adultos. Apenas habíamos puesto en libertad al animalillo, descendió el viejo martín pescador, cogió entre sus garras a nuestro capitán, se remontó con él una milla, lo golpeó violentamente con sus alas y lo dejó caer al mar.



Los holandeses nadan todos como ratas; pronto estuvo el capitán otra vez con nosotros, y volvimos al barco. Sin embargo, no seguimos la antigua ruta y, por ello, encontramos muchas cosas totalmente nuevas y extrañas. Entre otras, cazamos dos bueyes salvajes, que tienen sólo un cuerno que les crece entre los ojos. Luego sentimos haberlos matado, porque supimos que los habitantes los domestican y, lo mismo que nosotros a los caballos, los utilizan como montura y tiro. Según nos dijeron, su carne es excelente, pero para un pueblo que vive sólo de leche y queso, totalmente inútil.



Cuando estábamos todavía a dos días de viaje de nuestro buque, vimos tres personas colgadas por los pies de un árbol elevado. Pregunté qué habían hecho y me dijeron que habían estado en el extranjero y, al volver a casa, habían mentado a sus amigos describiéndoles lugares que no habían visto y contando cosas que no habían ocurrido. Encontré su castigo muy justo, porque no hay deber más alto para un viajero que el de atenerse estrictamente a la verdad.

En cuanto llegamos al barco, levamos el ancla y salimos de aquel país

extraordinario. Todos los árboles de la orilla, entre los que había algunos muy grandes y altos, se inclinaron dos veces ante nosotros, al mismo tiempo, volviendo luego otra vez a su posición vertical.

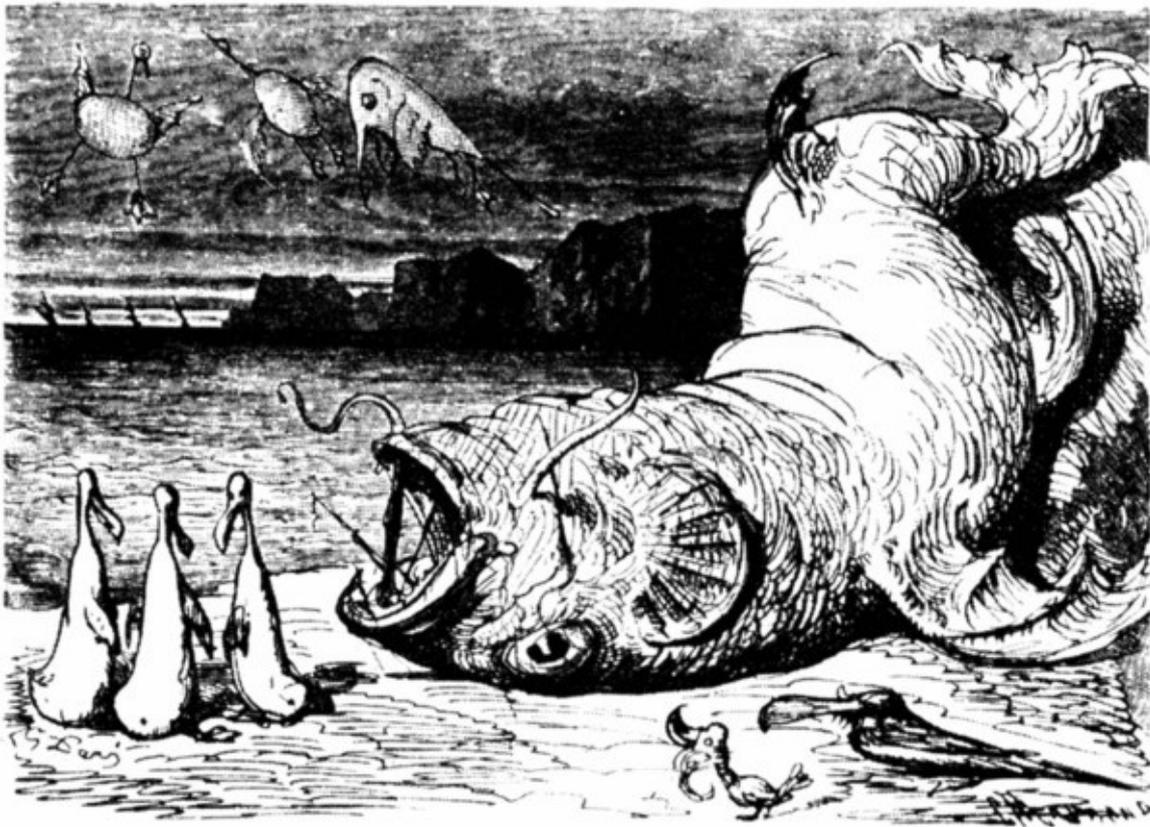
Cuando llevábamos tres días navegando —el cielo sabe hacia dónde, porque seguíamos sin brújula—, llegamos a un mar que parecía casi totalmente negro. Probamos la supuesta agua negra y vimos que era vino del más excelente. Tuvimos que vigilar para que los marineros no se embriagara... Sin embargo, la alegría no duró mucho. Pocas horas después nos vimos rodeados de ballenas y otros animales desmesurados, entre los que había uno cuyo tamaño no pudimos determinar, a pesar de todos los catalejos a que recurrimos. Por desgracia, no apercibimos al monstruo hasta que estuvimos bastante cerca y, repentinamente, cogió a nuestro barco —con todos sus mástiles y velas desplegadas— con sus dientes, en comparación con los cuales el mástil del mayor buque de guerra era un simple palillo. Después de habernos tenido algún tiempo en su boca, la abrió bastante, tragó una inmensa cantidad de agua y arrastró hasta su estómago a nuestro buque que, como podéis imaginaros, no era ningún bocadito. Allí nos quedamos, tan inmóviles como anclados en un día de calma. No se puede negar que la atmósfera era un tanto cálida y poco agradable... Encontramos anclas, calabotes, embarcaciones, barcasas y un número considerable de buques, cargados y descargados, que el monstruo se había engullido. Todo lo que hacíamos tenía que ser a la luz de las antorchas. Para nosotros no había ya sol, luna ni planetas. Por lo común, dos veces al día teníamos marea alta y otras dos nos encontrábamos en seco. Cuando el animal bebía, subía la marea, y cuando soltaba sus aguas, embarrancábamos. Según un cálculo moderado, bebía generalmente más agua que la que contiene el lago de Ginebra, el cual tiene una circunferencia de treinta millas.



En nuestro segundo día de cautiverio en aquel reino de tinieblas, me atreví a hacer con marea baja —como llamábamos el tiempo en que el barco reposaba sobre el fondo—, en unión del capitán y de algunos oficiales, una pequeña expedición. Naturalmente, todos nos habíamos provisto de antorchas, y encontramos a unos diez mil hombres, de todas las naciones. Precisamente querían celebrar una asamblea, para tratar de cómo recuperar la libertad. Algunos de ellos llevaban ya varios años en el estómago del animal. Cuando el presidente iba a informarnos de las razones que nos habían reunido, a nuestro pez le entró sed y comenzó a beber; el agua penetró con tal violencia que inmediatamente tuvimos que retirarnos a nuestros buques, so pena de correr el riesgo de ahogarnos. Varios de nosotros sólo pudimos salvarnos nadando y a duras penas.



Unas horas más tarde tuvimos más suerte. En cuanto el monstruo hubo desaguado, nos reunimos de nuevo. Fui elegido presidente y propuse ensamblar dos grandes mástiles, encajarlos en cuanto el monstruo abriera la boca y, de esa forma, impedirle que la cerrara. La propuesta fue aprobada unánimemente y, para ejecutarla, se eligió a cien hombres fuertes. Apenas habíamos preparado los dos palos, se presentó la oportunidad de utilizarlos. El monstruo bostezó e, inmediatamente, acuñamos nuestros mástiles ensamblados, de forma que uno de los extremos quedó, a través de la lengua, contra la parte inferior de su boca y el otro contra la superior; realmente le hubiera sido imposible cerrar la boca aunque nuestros mástiles hubieran sido mucho más débiles.



En cuanto todo estuvo a flote dentro del estómago, tripulamos algunos botes, cuyos remos nos devolvieron al mundo a ellos y a nosotros. La luz del día, después de un encierro de unos —calculados aproximadamente— catorce días, nos sentó indeciblemente bien... Cuando todos nos hubimos despedido de aquel espacioso estómago de pez, formábamos exactamente una flota de treinta y cinco buques de todas las naciones. Dejamos nuestros mástiles clavados en la boca del monstruo, para evitar a otros la horrible desgracia de verse encerrados en aquel espantoso abismo de tinieblas y suciedad.

Nuestro primer deseo fue saber en qué parte del mundo nos encontrábamos y, al principio, fuimos incapaces de adquirir certeza alguna. Por fin descubrimos, tras algunas observaciones, que estábamos en el mar Caspio. Como este mar está totalmente rodeado de tierra y no tiene comunicación con otras aguas, nos resultaba por completo incomprensible cómo habíamos llegado allí. Sin embargo, uno de los habitantes de la isla de queso, que había llevado conmigo, nos dio una explicación muy lógica. En su opinión, el monstruo, en cuyo estómago habíamos estado encerrados tanto tiempo, nos había llevado por algún paso subterráneo... En cualquier caso, allí estábamos y nos alegrábamos de estarlo, de forma que tan pronto como pudimos bajamos a la orilla. Yo fui el primero en saltar a tierra.



Apenas había puesto los pies en seco, un gran oso me atacó. ¡Ah!, pensé, me vienes muy a propósito. Cogí con cada mano una de sus zarpas delanteras y se las apreté como bienvenida con tanta cordialidad, que empezó a berrear horriblemente; yo, sin embargo, sin dejarme conmovir, lo sostuve así hasta que se murió de hambre. Con eso me granjeé el respeto de todos los osos y ninguno osó atravesarse otra vez en mi camino.

Me dirigí de allí a San Petersburgo, donde recibí de un viejo amigo un regalo que me fue extraordinariamente querido, a saber, un perro de caza que procedía de la famosa perra que, como ya os conté una vez, dio a luz mientras perseguía a una liebre. Por desgracia, poco después me lo mató un cazador desmañado que, en lugar de dar a una bandada de perdices, le dio al perro que la había levantado. Como recuerdo, me hice con la piel del animal esta casaca que, involuntariamente, cada vez que voy al campo, me señala dónde hay caza. En cuanto estoy suficientemente cerca para poder disparar, se desprende uno de los botones de la casaca y descende en el sitio donde está la pieza; y como siempre tengo el gatillo amartillado y pólvora en mi cazoleta, no se me escapa ninguna... Como podéis ver, sólo me quedan tres botones, pero en cuanto empiece la temporada haré poner dos nuevas hileras a mi casaca.

Visitadme entonces y no os faltará distracción. Por lo demás, por hoy quedo a vuestro servicio, deseándoos a todos un agradable descanso.



Notas

[1] Injustamente, porque la historia ha demostrado que, a pesar del escepticismo de sus contemporáneos, los *Travels to discover the sources of the Nile* (Edimburgo, 1790), de James Bruce, tenían muy poco de fantásticos. <<

[2] «Wer bist du, Fürst, dass ohne Scham, / zerrollen mich dein Wagenrad, / zerschlagen darf dein Ross?» («¿Quién eres, príncipe, para que, sin sonrojo, / arrollarme puedan las ruedas de tu carroza / y pisotearme los cascos de tu caballo?»).

<<

[3] Hasta el título de Bürger apunta directamente al *Schelmuffsky kuriose und sehr gefährliche Reisebeschreibung zu Wasser und Land* (1696) de Christian Reuter. <<

[4] Juego de palabras que podría traducirse diciendo que todas las aventuras del Barón de Münchhausen son verdaderas, «sin parar *mientes* en dónde ocurran». <<

[5] Aunque en la edición de Insel Verlag no figura, me ha parecido oportuno conservar este pequeño chiste de Bürger, que aparece en otras ediciones. <<

[6] Aguardiente de arroz o de palma. <<

[7] Burkhard Christoph von Münnich (1683-1767), noble alemán al servicio ruso desde 1721 que, como mariscal de campo, desempeñó un importante papel en la reconquista de Azov. <<

[8] Alusión al famoso caballo de Alejandro Magno. <<

[9] Pedro I (1672-1725), fundador de San Petersburgo. Rusia, que buscaba una salida al mar, fue derrotada y hubo de entregar Azov. <<

[10] Se refiere a la de 1741. En realidad, el zar Iván no fue enviado a Siberia sino a las proximidades del Leningrado actual; Münnich fue condenado a muerte y su pena conmutada luego. <<

[11] De la opereta *Die verwandelten Weiber oder der Teufel ist los* («Las mujeres transformadas o el diablo anda suelto»), libreto de Christian Felix Weisse (1726-1804) y música de Johann Adam Miller (1728-1804). <<

[12] De la opereta *Die Jagd* («La caza»), de los mismos autores. <<

[13] Canción de mediados del siglo XVIII, de autor desconocido. <<

[14] Conocida canción de Paul Gerhardt, que hoy se canta todavía en la iglesia evangélica. <<

[15] François Blanchard (1753-1809), aeronauta francés que, el 5 de enero de 1785, atravesó por primera vez en globo, con el norteamericano Davis Jeffries, el canal de la Mancha. <<

[16] Un pie parisién tenía 0,32 m. <<

[17] *Georg Rex (Nota del autor)*. <<

[18] Bürger arremete otra vez contra el astronauta Blanchard que, efectivamente, había recibido copiosos regalos de Luis XVI y de varios nobles. <<

[19] Una leyenda decía que el cuerpo de Mahoma se encontraba en un ataúd de hierro, que dos imanes mantenían flotando en el aire. <<

[20] Personaje bíblico «de pies ligeros como un corzo salvaje» (*Samuel* II, 2, 19). <<

[21] Johann Andreas y Johann Jakob Kuchenreuter fueron famosos fabricantes de armas de fuego. <<

[22] Famoso personaje de Shakespeare (*Las alegres comadres de Windsor, Enrique IV*).

<<

[23] Alusión al Salmo 145, 15: «Todos los ojos esperan en ti, / Tú les das el alimento a su tiempo». <<

[24] Carlos VI (1685-1740), padre de la emperatriz María Teresa. <<

[25] Christian Josef Jagemann (1735-1804), gran difusor de la cultura italiana en Alemania, había publicado en el *Deutsches Museum*, en 1786, un artículo titulado «Ehrenrettung Italiens wider die Bemerkungen des Herrn Hauptmann von Archenholz» («Reivindicación de Italia, en contra de las observaciones del capitán von Archenholz»). <<

[26] François de Tott (1730-1793), diplomático francés, cónsul en Crimea, que escribió unas *Mémoires sur les Turcs et les Tartares* (Amsterdam 1784, 4 tomos). <<

[27] El Simois o Simoenta, río del Asia Menor que, en la época troyana (*Ilíada* IV, 475 y XII, 22; *Eneida* I, 100), antes de que cambiara de curso, recibía las aguas del Escamandro para desembocar en el Helesponto. <<

[28] Giovanni Vincenzo Antonio Ganganelli (1705-1774), de agitado papado. Los rumores sobre su envenenamiento fueron persistentes, pero totalmente infundados.

<<

[29] «Callaron todos, escuchando con rostros atentos» (*Nota del autor*). (*Eneida*, II, 1.)

<<

[30] George Bridges Rodney (1719-1792), almirante inglés, primer barón de Rodney.

<<

[31] George Augustus Elliot, Lord Heathfield (1717-1790), general inglés que defendió Gibraltar del asedio francoespañol de 1779-1783. <<

[32] John Dollond (1706-1761), óptico inglés que introdujo importantes perfeccionamientos en esa clase de telescopios. <<

[33] Probablemente el que luego fue Carlos X (1757-1836) y, después de 1789, capitaneó las expediciones de la nobleza francesa huida contra la Revolución. <<

[34] John Drinkwater (1762-1884), coronel inglés, cuenta en su crónica del sitio de Gibraltar, publicada en 1785, que en la noche del 26 al 27 de noviembre de 1781 un incendio destruyó las baterías españolas. <<

[35] (1532-1600). Gobernador de Stratford en tiempos de Shakespeare, quien lo caricaturizó. <<

[36] Comedores de carne de animal vacuno. Nombre que se daba a los soldados de la guardia real, a menudo por aquéllos a quienes hubiera gustado comer esa carne, pero no podían hacerlo por motivos económicos (*nota del autor*). <<

[37] El primero de los filantropinos —establecimientos docentes orientados a los conocimientos prácticos, la formación de la voluntad y la educación física— fue creado en Dessau, en 1774, por Johann Bernhard Basedow (1723-1790). <<

[38] Cumpleaños del rey reinante (*nota del autor*). Jorge III <<

[39] Constantin John Phipps (1744-1792), navegante inglés que, en 1773, intentó abrirse paso hacia la India a través de las regiones polares, llegando hasta los 80° 48' de latitud norte. Escribió un *Journal of a Voyage towards the North Pole* (Londres, 1774). <<

[40] (*Sic.*) Todos los Dolgoruki, oriundos de Rurik, participaron activamente en la política rusa de aquellos tiempos. <<

[41] Patrick Brydone (1741-1818), viajero y físico inglés, autor de *A Tour through Sicily and Malta* (Londres, 1773). En la versión de Raspe el nombre se transformaba cómicamente en Drybones (Huesos Secos). <<

[42] James Cook (1728-1779), evidentemente, no necesita presentación. Botany Bay, puerto situado al sur de Sidney, fue la primera colonia penitenciaria inglesa en Australia. <<